

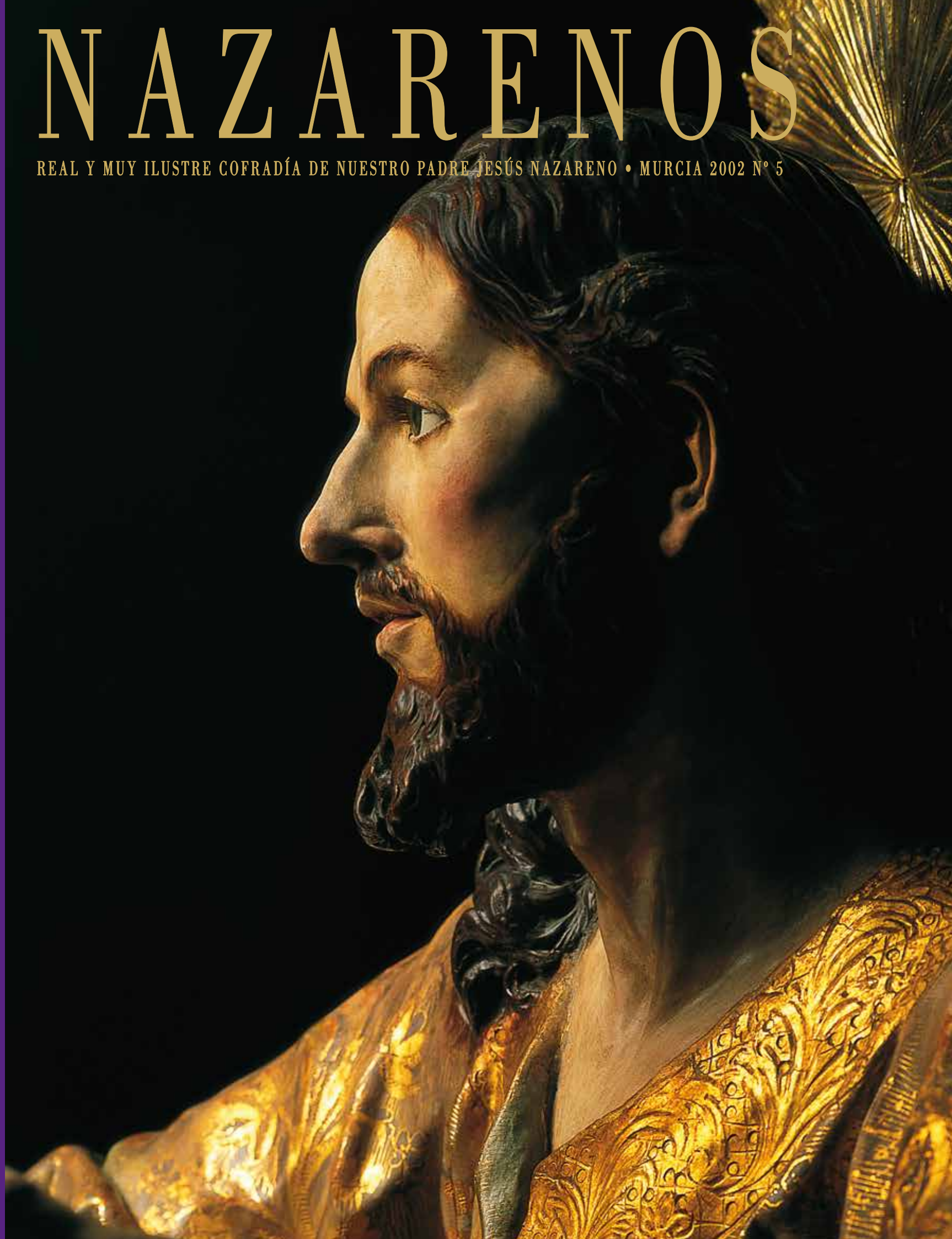


NAZARENOS

NAZARENOS

REAL Y MUY ILUSTRE COFRADÍA DE NUESTRO PADRE JESÚS NAZARENO • MURCIA 2002 N° 5

N° 5 • 2002







Editorial

Los recientes acontecimientos de nuestra querida Cofradía, y sin pedirlo, aunque sin negar nuestra satisfacción por la encomienda, nos han puesto al frente de esta responsabilidad de todos, sacar a la luz el número 5 de nuestra revista "Nazarenos".

No se nos escapa la dificultad de nuestra tarea, pues no es escasa la calidad de quienes nos precedieron, que con sus innegables conocimientos, preparación y esfuerzos desinteresados han consolidado esta publicación anual, con una calidad formal y de contenidos de difícil superación, y por ello, de todos esperamos benevolencia por el resultado.

Es momento de agradecimientos. Hemos abusado de la amistad de nuestros colaboradores a los que hemos pedido el oportuno artículo, sin ofrecer nada a cambio, más que la satisfacción de contribuir al buen fin de esta revista. Coincide además que la cualificación personal y profesional de quienes nos han honrado con sus trabajos es de altísimo grado, por lo que, si cabe, el agradecimiento es aún mayor, ya que somos conscientes de lo apretado de sus agendas, habiendo sabido encontrar un hueco para atender nuestra, puede ser que inoportuna, petición. Como no, agradecer también a aquellos a los que sin tener que llamar, solícitos y sintiendo como suya la labor de contribuir en el esfuerzo sin distinción, de prestar cualquier ayuda sin necesidad de ser requerida, siempre gratificante, pero aún más en situaciones especiales, se han presentado con sus artículos y colaboraciones que verán, si Dios quiere, la luz en estas páginas.

También nuestra gratitud a la denominada junta gestora de la Cofradía, y de forma muy especial a su presidente, don Ricardo Martínez-Moya Asensio, no solo por la confianza inmerecida que ha depositado en este consejo de redacción para la confección de esta revista, sino muy especialmente por el excepcional esfuerzo personal asumido con la tarea que se le encomendó, abandonando tiempos y presencias también fundamentales en su vida, como su familia y su trabajo habitual, que sin duda se habrán resentido, y ello pese a que ninguna queja en tal dirección hayamos percibido.

Finalmente, y no por el orden de su importancia, nuestro agradecimiento, como humildes miembros de esta Cofradía, a nuestro obispo, don Manuel Ureña, quien se ha ocupado y preocupado que, respetando nuestra honrosa tradición, sigamos, como hijos fieles de la Santa Madre Iglesia, nuestro camino de salvación dentro de esta institución, en la difícil, y no siempre bien comprendida por algunos, tarea de salvaguarda los auténticos fines de una Cofradía.

Ha sido tiempo de cambios. Es una Cofradía viva, en constante crecimiento que disfruta y soporta el enorme peso de una hermosa tradición, y de un inigualable patrimonio, y de la que siempre surgirán miembros de ella dispuestos, con todas sus limitaciones, a apoyar su hombro, al igual que nuestros queridos hermanos estantes, para acometer cuantos oficios sea menester como para que este humilde soporte salga a la luz.

Consejo de redacción



Índice

<i>Exhortación pastoral del obispo de Cartagena a las Hermandades y Cofradías de la Diócesis</i> Manuel Ureña Pastor	4	<i>Salves de pasión</i> Juan José López Franco	55
<i>Carcoma</i> Ricardo Martínez-Moya Asensio	6	<i>Mi amigo Ochando</i> Carmelo López García	58
<i>Viendo salir la procesión</i> Ramón Luis Valcárcel Siso	8	<i>De cómo convertir la plata en oro. Historia y técnica</i> Blanca López Spreafico	61
<i>El Nazareno de los nazarenos</i> Miguel Ángel Cámara Botía	11	<i>Recuerdo</i> Juan Antonio Martínez Meseguer	63
<i>Cirineos de Jesús</i> José Alarcón Ros	12	<i>Bajo un capuz morao</i> Toñi Mateos	65
<i>Una nueva singladura en la Cofradía de Jesús</i> Silvestre del Amor García	13	<i>Imágenes para una procesión.</i> Carlos Moisés García	68
<i>Viernes Santo</i> Manuel Avellaneda	14	<i>El Convento Agustino de Murcia en el origen de la Cofradía de Nuestro Padre Jesús</i> Vicente Montojo Montojo	70
<i>Francisco Salzillo y el Viernes Santo</i> Cristóbal Belda Navarro	15	<i>Nuestro Padre Jesús, historia viva de Murcia</i> Joaquín Moya-Angeler Sánchez	75
<i>Rostros de Jesús en las imágenes de Salzillo</i> José T. Bernal-Quirós Casciaro	22	<i>La restauración del retrato de Francisco Salzillo</i> Amparo Muñoz Fernández	77
<i>La mirada del fotógrafo</i> José Cabañas	24	<i>Como recuerdos de años pasados...</i> Esteban de la Peña Ruiz-Baquerín	81
<i>Huellas de la Caída</i> Alberto Castillo Baños	25	<i>Un Ángel de altos vuelos</i> José Emilio Rubio Román	83
<i>Doña Teresa Malo de Molina de la Cierva</i> Rafael Cebrián	27	<i>La luz en Murcia</i> Juan Ruiz Pardo	85
<i>El vestido de la Dolorosa</i> José Cuesta Mañas	29	<i>En torno a los rostros salzillescos: impresiones de un pintor</i> Francisco Saura Mira	86
<i>Ese inquieto temblor estremecido</i> Antonio Díaz Bautista	34	<i>Historia y presente</i> Juan Torres Fontes	91
<i>La Pardo Bazán visita la iglesia de Jesús</i> Francisco Javier Díez de Revenga	36	<i>Semana Santa en los 60</i> Carlos Valcárcel Siso	93
<i>Una procesión y un balcón</i> José Ramón Díez de Revenga Torres	39	<i>Tratamiento de desinsectación de los pasos procesionales y esculturas del Museo Salzillo de Murcia</i> Nieves Valentín	95
<i>El legado de Salzillo como "causa común"</i> Carlos Egea Krauel	41	<i>Recuerdos de ayer y hoy.</i> <i>La Mañana del Viernes Santo.</i> <i>Día de Pasión.</i> José Valera Sánchez	101
<i>Romancero de procesiones</i> Francisco J. Flores Arroyuelo	43	<i>Un Viernes Santo sin túnica</i> F. Ignacio Villanueva Jover	103
<i>El destino es morado</i> Lola García	47	<i>Auroros en Jesús</i> Adrián Ángel Viudes	105
<i>Nuevos tiempos para una antigua Cofradía</i> Antonio Gómez Fayrén	49	<i>Solidaridad nazarena</i> Pedro Zamora García	107
<i>Lágrimas de dolor</i> Antonio González Barnés	51	<i>Sangre Morada</i> Oscar Zamora Romero de Castellón	110
<i>Amanecer en Viernes Santo</i> Juan Pedro Hernández González	52		
<i>Oiga, señor, ¿la uva es natural?</i> Carlos López Franco	53		

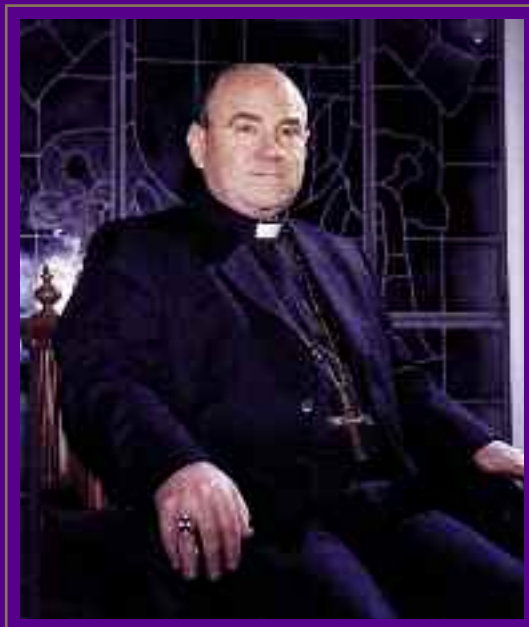


Exhortación pastoral del obispo de Cartagena a las Hermandades y Cofradías de la Diócesis

Queridos hijos e hijas de las Hermandades y Cofradías pasionarias de la Diócesis de Cartagena. Ante todo deseo expresaros el gozo que experimenta mi corazón de padre y pastor al comprobar la unanimidad e interés con que cada año acudís en demanda de unas palabras mías que os sirvan de orientación en vuestro andar nazareno. Como los primeros cristianos, teniendo un mismo corazón, habéis decidido acudir “a la enseñanza de los Apóstoles” (Hechos 2, 44) como norte para vuestra vida cofrade.

Pido a Dios que, así como los cristianos de la primera hora “perseveraban en la oración, con un mismo sentir en compañía de María, la madre de Jesús, y de sus hermanos” (Hechos 1, 14), también vosotros, cristianos de este comienzo de siglo, perseveréis en el camino de fraternidad que habéis emprendido.

Hermandad o Cofradía no significa otra cosa que comunión viva entre hermanos, cuyo fundamento es Jesucristo. La unidad de la comunidad eclesial, y vosotros sois una comunidad eclesial, no es de orden sociológico ni psicológico o cultural. Los lazos que la estrechan proceden de ese amor de Dios “que ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado” en el Bautismo y que al configuraros con Jesucristo nos ha hecho hijos del Padre, convirtiéndonos a su vez en hermanos. Vuestras relaciones cofrades son, pues, ante todo, relaciones de fraternidad.



La unión con Jesucristo crea un alma grande, capaz de fomentar la unión con todos aquellos que vamos encontrando en el camino de la vida y, de modo particular, con quienes estamos ligados por los vínculos de la gran familia cofrade. No es suficiente pertenecer a una Hermandad o Cofradía para ser verdaderamente hermano o cofrade.

Es necesario estar efectivamente unidos, pues el Señor nos dejó un distintivo por el que el mundo había de reconocer a sus seguidores: “Si os tenéis amor unos a los otros” (Juan 13, 35). Esa unidad externa que caracteriza vuestras procesiones ha de ser imagen de vuestro armónico orden interior: orden de orientaciones de vida, de compromiso moral y religioso, que exige una intensa preparación espiritual (Juan Pablo II).

Debe ser tal vuestro modo de vivir como miembros de una Hermandad o Cofradía, que aquellos que os vean se enciendan en deseos de pertenecer a la misma familia nazarena. Que el ver cómo os amáis sea lo que atraiga el interés por vuestras agrupaciones, antes que el mero boato externo, el afán de figurar o la simple diversión. Ojalá que cuantos os contemplan, y son numerosísimos los hombres y mujeres que os miran, puedan decir como decían de los primeros cristianos: “Mirad cómo se aman”.

Vuestro testimonio personal de cristianos ejemplares constituye un motivo fundamental para hacer creíble que ese Cristo de talla que ostentáis en

vuestras procesiones sigue vivo. Cómo sería posible creer en la veracidad de vuestro entusiasmo hacia determinada imagen o en la rectitud de ese apasionamiento, si mientras no regateáis vuestro tiempo, vuestro esfuerzo y vuestro dinero hacia ese Cristo de madera, regateaseis todo eso a Cristo vivo, real, verdadera y sustancialmente presente, con su cuerpo, con su alma y con su divinidad en la Eucaristía y por el que nos hacemos “concorpóreos con Él” y entre los demás al recibirle en la comunión eucarística.

Por eso os decía en mi exhortación pastoral del pasado año que “sería deseable que las Hermandades y Cofradías se integraran en la misa dominical de sus parroquias, animando la celebración litúrgica”. De ese modo saldréis fortalecidos para superar vuestras divisiones y vuestra vida cofrade se irá convirtiendo progresivamente en la verdadera imagen de Cristo. Convertiréis vuestras procesiones y todo vuestro actuar nazareno en un incentivo para que muchos conozcan de verdad a Jesucristo.

Si el Cristo que representan vuestras procesiones pasionarias es un Cristo roto, sangrante, deshecho y muerto, en definitiva entregado por los hombres para salvarlos a todos, cómo sería posible que vosotros, que sois su cuerpo, andarais con “piques” y rencillas entre hermanos. Esa verdad de nuestra unión con Jesucristo en la Eucaristía queda patente en si amamos o no amamos de verdad a nuestros hermanos, en cómo tratamos a los demás y en especial a nuestra familia cofrade y nazarena, en la voluntad de reconciliación, en el perdón a quienes nos hieren u ofenden. Y esa unidad sólo Cristo la puede realizar en nosotros. No es obra de nuestro esfuerzo ni de nuestro ingenio. Es un don gratuito de Dios que Él concede a todos los que se le acercan y lo piden con humildad y sincero corazón.

Que la Madre del Amor Hermoso interceda ante su hijo Jesús a fin de que seáis transparencia del amor infinito del Padre hacia los hombres.



DOLOROSA



Carcoma

Con los datos a mi disposición en los momentos en que escribo estas líneas, que dan por probable que el Sr. obispo apruebe el texto de nuestras nuevas constituciones, abrumadoramente votadas en cabildo extraordinario del día 15 de octubre pasado, entra en lo previsible que sea la última ocasión en que pueda dirigirme a los lectores de esta revista en mi actual condición de presidente de la junta gestora surgida por nombramiento episcopal de 31 de octubre del año 2000.

Ante esta hipótesis, entiendo oportuno hacer unas reflexiones y obligado expresar unos agradecimientos.

En este tiempo transcurrido he constatado la total disposición de las diferentes instituciones y autoridades, que han tenido alguna relación con la Cofradía, para atenderla, ayudarla, oírla y prestarle todo el apoyo que ha necesitado, que ha sido mucho. Sería difícil hacer enumeración completa de los destinatarios de mi agradecimiento sin incurrir en omisiones involuntarias; por ello, a todos doy públicamente las más expresivas, sinceras y sentidas gracias.

No obstante, debo concretar un especial agradecimiento a quienes, desde la cabeza de las instituciones, sirven de síntesis para lo que deseo expresar. A nuestro obispo, D. Manuel Ureña, siempre dispuesto a escuchar nuestros problemas y aconsejarnos sabiamente; a nuestro presidente, D. Ramón Luis Valcárcel, tan sensible a las necesidades de la puesta en marcha del nuevo Museo Salzillo; a nuestro alcalde, D. Miguel Ángel Cámara, que ha dado solución inmediata a todas las cuestiones que

se le han solicitado, colaborando también de forma generosa en todo lo referente al citado Museo; al presidente y al director general de nuestra primera institución financiera, mis buenos amigos D. Ramón Ojeda y D. Carlos Egea, respectivamente, sin cuya importantísima ayuda habría sido imposible el gran futuro que, para la Cofradía y el Museo, se vislumbra en el futuro inmediato, y al Cabildo Superior de Cofradías, en cuyo seno siempre encontré apoyo, comprensión y consejo.

Soy consciente que la Cofradía tiene con ellos una deuda de gratitud.

La reflexión.

En el tramo intermedio del año 2000, a través de una política de acoso y derribo, basada siempre en verdades a medias, cuando no en rotundas falsedades, impulsada por los mismos que la han impulsado en el año 2001 -este al menos es mi personal convencimiento y algunas pruebas de ello tengo-, las personas que entonces regían la Cofradía y el Museo, que, cuando menos (creo que mucho más), merecían un respeto que no se les tuvo, no se sintieron en situación de soportar la presión y dimitieron.

El Sr. obispo, ante una serie de circunstancias que nunca se me explicitaron, pero que son fáciles de presumir, entendió que debía ordenar lo preciso para que la norma rectora de la Cofradía fuera adecuada a los tiempos actuales, y para ello me otorgó el inmenso honor de presidir una junta gestora en la que ordenó fuera acompañado por Pepe Alarcón y Roque Ortiz, que, además de unas magníficas cualidades personales, tienen para mí la añadida de una vieja amistad familiar que me ha permitido “verlos nacer”.



DETALLE DEL ROSTRO DE NUESTRO PADRE JESÚS

Podía parecer -prensa, enemistades, disensiones, dimisiones, comentarios, etc.- que la Cofradía tenía graves problemas de división y enfrentamiento, pero quienes eso pensaron (o esperaron, que todo es posible) se equivocaron de pleno.

Prueba de dicho/s error/es es que en este año transcurrido, la Cofradía ha celebrado varios cabillos con unas cifras de asistencia inusitadas y con unas votaciones cuyos resultados sólo hermandad cristiana, unidad, integración, comprensión y consenso demostraban, pese a que algunos de los temas

tratados en ellos prometían, al decir de algunos (escasos como se vio), una fuerte polémica.

Ello, por esta vía de reflexión, me conduce a una enorme alegría al comprobar que el mal de la Cofradía, en realidad, se circunscribía a los xilófagos, llamados normalmente carcoma, que hoy está erradicada en lo que se refiere a la madera y enseres, y que, por cierto, nunca supuso una gravedad como la que se dijo y publicó por personas desinformadas.

Muchas gracias a todos, hayan “chutado” hacia un campo o hacia otro, porque de todos he aprendido.

Viendo salir la procesión

La procesión morada zigzaguea por la ciudad desde primera hora de la mañana. Ha brotado de la ermita de Jesús Nazareno y se ha derramado por calles y plazas impregnándolas de pasión, arte y devoción.

El particular vía crucis del Viernes Santo murciano se inicia en la plaza San Agustín. El sol se ha levantado por Monteagudo, pero aún no se ha enseñoreado del cielo, que parece teñido a esa hora del color de las túnicas penitentes o de la confortadora láguena. La plaza es un hervidero de gente que se agolpa, especialmente, en el jardincillo que ocupa el solar de lo que un día fue mercado, y antes plaza de toros, y convento de agustinos...

Fiel a sus tradiciones, la Cofradía mantiene esa peculiar vuelta en torno a la plaza que permite al es-

pectador avisado y transeúnte, nunca al sedentario, ver cómo asoman los "pasos" por la angosta puerta del templo y seguir después su recorrido durante los muchos metros de circunvalación sin apenas moverse del sitio.

Cuando la procesión arranca, el espectáculo está en la vecina calle Doctor Quesada, donde los mayordomos de cetro reluciente tratan de organizar una marea morada que enarbola cruces, y triunfan cada año en el empeño, convirtiendo en ordenada procesión aquel revoltillo aparentemente ingobernable.

Pero los nazarenos que andamos esa hermosa mañana camuflados de paisano debemos centrarnos de inmediato en uno de los momentos mágicos del Viernes Santo: la salida de los tronos, sobre todo de los más voluminosos.



BOCINAS A LA SALIDA DE LA PROCESIÓN



Con resultar imponente la salida de *La Santa Cena* es sobrecogedora la aparición de *La Oración en el Huerto*. La maniobra es delicada, hasta peligrosa, llegado el caso, pero los avezados estantes, guiados por la voz firme del cabo de andas, salen airoso del trance un año más. Mejor para todos, y muy especialmente para ellos, porque seguro que habrán oído contar más de una vez lo que les pasó a aquellos antecesores suyos que dañaron la sublime efigie del Ángel y perdieron por ello el altísimo privilegio de cargar sobre sus hombros la maravilla de Salzillo.

Un reflejo que brota sorpresivamente del interior de la iglesia anuncia el *Beso de Judas*. Lo que brilla, y lo primero que vemos aparecer, es la espada de San Pedro, dispuesta a caer sobre el criado de Caifás, manejada por el brazo férreo del apóstol.

El “paso” de *Los Azotes* precede a la *Verónica*. Son, seguramente, los “pasos” menos valorados de la magna procesión morada, pero su estudio pormenorizado ofrece muestras indiscutibles del talento del maestro. Y, lo que son las cosas, la menuda *Verónica*, la imagen que se cayó poco antes de la Guerra a su paso por los soportales de la Catedral, tiene hoy el privilegio de recibir en su rostro doliente el legendario rayo de sol destinado otrora a la *Dolorosa*. El paulatino alargamiento de la procesión, conjugado con la altura de los edificios sitios frente a la iglesia de Jesús, han dado lugar a esta curiosidad que, como es natural, a la inmensa mayoría de los espectadores les pasará desapercibida un año tras otro.

Sale después *La Caída*. Ese rostro de Cristo no requiere explicaciones. Sólo hay que mirar. Dicen que hay una noche en que la luna llena, caprichosa ella, penetra por una ventana de la vieja ermita y se posa delicadamente en el rostro del Señor de *La Caída*.

Y llega el turno del milagroso *Nazareno*. La devoción y el respeto que infunde la imagen se deja sentir de inmediato. La multitud calla en su presencia. Los espectadores se levantan y hacen la señal de la



LA VERÓNICA A LA SALIDA DE LA IGLESIA DE JESÚS

cruz. Son 400 años, prácticamente ininterrumpidos, recorriendo las calles de Murcia, acudiendo puntual a la cita con los murcianos. Las generaciones se han ido sucediendo a ambos lados de la carrera, vistiendo la túnica, ocupando un puesto bajo los pasos... Y el *Nazareno* siempre ahí. Siempre.

El *Discípulo* amado marca con el índice el camino a la Madre. Van hacia el Calvario.

Y con la vista puesta todavía en la *Dolorosa*, el público se arremolina sin apenas aguardar a que pase el piquete. El golpeo marcial de los tambores se confunde con el chasquido de las sillas al plegarse. La pasión está en la calle. Como cada Viernes Santo, la obra de Salzillo se ha hecho ambulante para emoción de propios y asombro de forasteros.





El Nazareno de los nazarenos

La ciudad ha despertado en la mañana más luminosa de nuestra Semana Santa entremezclando aromas de incienso y azahar. El primer rayo de sol ha secado las

lágrimas de María Dolorosa y el golpe seco del estante en la tarima del primer trono resuena en la plaza San Agustín. El redoble del tambor apagando su sonido en terciopelo marca el paso del Señor. El dorado metal de los carros de bocinas hace guiños al infinito mientras su burla te pellizca el corazón. La brisa mueve el paño de la *Verónica* y el rostro pintado por Pedro Cano parece como si buscara con la mirada su espejo en el Nazareno de los nazarenos.

La procesión está en la calle y serpentea por una Murcia que quiere llenarse de Salzillo, de barroquismo, de fe, de devoción... La Murcia eterna espera un año más a la centenaria Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno, a la forma más murciana de mostrar la pasión según la entienden las gentes de esta tierra.

Y uno, como espectador, se tiene que detener en los detalles para entender la magnitud de la gran muestra artística-religiosa que pasa ante sus ojos. No sé las veces que he seguido el índice del Ángel de *La Oración en el Huerto* buscando ese cáliz oculto entre las ramas de una palmera; he fijado la mirada en la expresividad del sayón que golpea con espinos la espalda del Nazareno buscando explicación a ese injustificado odio; me ha asombrado el dulce sueño de Juan en el paso de *La Cena* y la manifiesta traición de



NUESTRO PADRE JESÚS POR LAS CALLES DE MURCIA

Judas reflejada en su gesto; no he encontrado más dulzura en el dolor de Jesús que la que refleja su cara en *La Caída*; he querido ver a Juan caminar y a Pedro descargar el golpe de su espada... porque las

tallas policromadas de Salzillo te aproximan de igual forma al principio y al final del gesto, del movimiento, de la expresividad.

He querido contemplar la procesión teniendo como retablo el imafronte de nuestra incomparable Catedral, pero también en la estrechez de la calle Trajería o San Nicolás, en la que desde un balcón puedes ser un comensal más de *La Santa Cena* y al final quedarte con la duda de dónde luce más o dónde volverás a "descubrirla" el próximo año.

Es el momento en el que quiero encontrarle los ojos a Nuestro Padre Jesús Nazareno, cuando más me miro por dentro, más entiendo y comprendo lo que es el Viernes Santo murciano. Es el misticismo de su mirada, el pálido color de su rostro, la fragilidad de sus manos, la forma de mecerse su pelo y la sangre que brota de la frente, la contraposición a los dorados, a las policromías, a la gracia y al barroquismo salzillesco. En ese momento es cuando asimilo que entre tanta belleza Él es el Nazareno de los nazarenos, el Señor de los *moraos*, la luz que más brilla en el Viernes Santo, el referente al que van dirigidas súplicas y plegarias de cuantos sabemos lo que es vestir una túnica y sentir a Murcia desde el espíritu nazareno.



Cirineos en Jesús

Y a uno que pasaba por allí, que venía del campo, a Simón Cirineo, el padre de Alejandro y de Rufo, le forzaron a que llevara la cruz de Jesús. Así cuenta San Marcos la presencia del Cirineo en la Pasión de Jesús. Y ha sido ese personaje quien me hizo caer en la cuenta de cuantos como él contribuyen a llevar la Pasión de Cristo en Murcia durante la Semana Santa y particularmente en nuestra Cofradía.

Son personas que pasan desapercibidas, nunca están en los primeros sitios, pero su trabajo silencioso, tradicional, ayuda a sacar la Cofradía adelante, ayudan a llevar el madero de Cristo despojado de todo.

Fue precisamente el responsable de sacar cada año nuestras cruces del almacén, quien se encarga de repararlas, limpiarles el polvo de su letargo, de colocarlas de forma casi secular junto a los carteles que anuncian donde están (y otra vez más, machaconamente, la Pasión; Cena, Oración, Prendimiento... quien me hizo reflexionar en todos los que como él se encuentran con la Cruz, trabajando de forma casi oculta por y para la Cofradía.

A vosotros van dedicadas estas simples pero más que sinceras líneas. A Luis Cánovas, que desde crío con su padre, saca las cruces para luego retirarlas del hombro del cofrade cansado y disponerlas en su orden hasta el año siguiente, a su sobrino que ha decidido tomar el testigo y a toda su gente; a Evaristo, el "carpintero de la casa", que sin saber como es, sé que está ahí; a la bordadora de Escudos, quien con nerviosismo te apremia por teléfono: "Cuantos vamos a tener que ha-



DON LUIS CÁNOVAS EN LA RECOGIDA DE LA PROCESIÓN.

cer este año", como si de una millonada se tratase; a las modistas y sastres que saben como tienen que cortar la túnica... y en poco tiempo, pues el Viernes Santo siempre llega apretando; a esos ángeles de Astrapace que este año nos han vuelto a preparar las cajas de caramelos de forma matemática; a los paracaidistas que desfilan y nos hacen sentir que son "Cofrades de Honor"; a tantos oficios que son

otros tenedores de la buena tradición que hay que conservar, a los que desde este rincón y creo que en nombre de toda la Cofradía de Nuestro Padre Jesús, quiero agradecerles su trabajo.

Pero Simón de Cirene se encontró con la Cruz de forma inesperada. No era su Cruz y la tomó. He tenido el honor de estar viviendo de cerca, la intensa entrada de nuestra querida Institución en este nuevo siglo; de la Cofradía, si Dios lo quiere, de otros cuatrocientos años. En esa intensidad, a pesar del cuidado y cariño con el que se pretenden hacer las cosas, con la responsabilidad que cada momento demanda, se ha podido pasar el peso de la cruz, de forma inesperada, a quien quizá no le correspondía y ha estado para tomarla. A ellos, uno por uno, mi admiración, respecto y solicitud de perdón.

Los "Cirineos" a los que el Nazareno llama, enseñan que la grandeza de la Cofradía está en todos los hombres y mujeres que la forman, sin distinción ni condicionamiento, y que bajo la protección de Nuestro Padre Jesús Nazareno han sido la historia de nuestro pasado y la garantía de nuestro futuro.



Una nueva singladura en la Cofradía de Jesús

El que comenzó en vosotros la obra buena, Él mismo la lleve a término. Así reza la liturgia de la Iglesia, y así es también mi saludo para vosotros, cofrades de Nuestro Padre Jesús Nazareno.

El comienzo del acta de constitución de la junta gestora de la Cofradía hace una presentación del acto que va más allá de la simple crónica protocolaria: *"En la ciudad de Murcia, siendo las 11 horas de la mañana del día 3 Noviembre del año 2000, año de gracia del Jubileo de la Encarnación, reunidos en Palacio episcopal, bajo la presidencia del Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Manuel Ureña Pastor, obispo de la Diócesis de Cartagena, estando presentes el Delegado episcopal en el Secretariado Diocesano de Hermandades y Cofradías, D. Silvestre del Amor García, y los miembros del Cabildo Superior de Cofradías de Murcia..."*

La nueva singladura de la Cofradía de Nuestro Padre Jesús comienza en un *Año de Gracia*, año en que celebrábamos los dos mil años del nacimiento de Jesús. Y era lógico que lo que abría para la Iglesia una nueva etapa de su camino, supusiera para vuestra Cofradía un nuevo rumbo, como parcela que sois de la Iglesia de Cristo.

Y al igual que un día Jesús, después de haber hablado a la muchedumbre desde la barca de Simón, invitó al Apóstol a "remar mar adentro" para pescar: "Duc in altum" (Lc 5,4), el día 3 de noviembre, en la persona de nuestro Sr. obispo, Cristo os invitaba a *elaborar unos nuevos estatutos que estén en consonancia con el Concilio Vaticano II y la legislación eclesiástica.* (Del decreto de constitución de la junta gestora.)

San Lucas nos cuenta que Pedro y los primeros compañeros confiaron en la palabra de Cristo y

echaron las redes. *"Y habiéndolo hecho, recogieron una cantidad enorme de peces."* Vosotros, componentes de la junta gestora y toda vuestra Cofradía, confiando en el mandato de nuestro obispo y habiendo culminado ya la elaboración de los nuevos estatutos, habéis cosechado el respeto y la admiración de todos.

Es cierto que vuestro nuevo camino no ha estado exento de espinas y de lágrimas amargas, pero no es menos cierto que en cada punzada habéis tenido el bálsamo y la cercanía de Nuestro Padre Jesús y de la Iglesia, y en cada lágrima habéis recibido la caricia materna de la madre Dolorosa, junto al calor de muchos hermanos. La experiencia del dolor no ha sido inútil. Podéis hacer vuestras las palabras que Dios nos ha dejado en la Escritura: *"Mis elegidos no han trabajado en vano"*.

Recuerdo unos versos de José María Pemán que podéis poner en vuestros labios, como oración agradecida a Nuestro Padre Jesús Nazareno.

Yo no me quejo, Señor.

Yo sé que es goce el dolor

Si se sufre por amar.

Y el padecer es gozar

Si se padece de amor.

*... Quiero hacer mi vida altar
de un sacrificio de amor.*



Viernes Santo

Ruidos de sillas en formación por las calles y esquinas de la ciudad me despiertan. Algunas voces en la calle resuenan y un hábito de aire fresco me da en el rostro, como el saludo de la madrugada.

El alba se destapa, dibujando los elegantes perfiles de los montes que rodean a Murcia. Poco a poco se va notando un tono de luz que comienza a iluminar la mañana, con una luz limpia, clara y transparente, con esa transparencia especial que lo invade todo.

Las sillas que bordean las calles me conducen, como si formasen el curso de un río, hasta la iglesia de Jesús. Desde lejos me impresiona enormemente y me emociona una gran masa de color morado. La gente se agolpa en la plaza, y por los alrededores se huele a láguenas, revueltos y carajillos. El ambiente se va llenando de un aroma especial, que llega de la huerta temprana. Todo a mi alrededor es belleza, plasticidad, emoción... La puerta de la iglesia se abre y se asoma Salzillo. Estoy en Viernes Santo.



ESTANTE. PINTURA DE MANUEL AVELLANEDA



Francisco Salzillo y el Viernes Santo

La plena disposición de un espacio propio como sede de la Cofradía fue la primera medida adoptada por ésta para conquistar su independencia y la razón por la que emprendió una profunda renovación interna amparada en los nuevos ideales del siglo XVIII. Nada fue fruto del azar. La iglesia, diseñada como un octógono inscrito entre la capilla de la Arrixaca, San Agustín y las dependencias auxiliares de la Cofradía, reproducía el polígono simbólico entendido desde el primer cristianismo como imagen de la muerte y resurrección de Cristo. Esta genial solución, a la vez que se adaptaba a los fines fundacionales de la institución, presentaba unas condiciones espaciales aptas para el culto y para la contemplación de los diversos misterios representados en sus capillas. Todo convergía en ese centro estratégico en el que un día se pensó colocar la imagen del Nazareno para reforzar la importancia jerárquica de su devoción. En igual medida, esta tendencia a valorar sus condiciones centrípetas puso a disposición de la Cofradía unas posibilidades visuales que a la larga transformaron la iglesia en un inmenso escenario para la escultura.

Durante el siglo XVIII las sucesivas reformas (altares, ampliaciones de capillas, retablos, etc.) permitieron acoplar grupos procesionales más voluminosos. Esta nueva etapa se inició en 1736 y tuvo como protagonista a Francisco Salzillo. La cofradía, deseosa de completar el ciclo narrativo de su procesión (recuérdese que desde el siglo XVII habían quedado establecidos cuáles deberían ser los momentos de la pasión escogidos para los "pasos"), encargó al joven imaginero murciano un *Prendimiento*. No sabemos cuál fue la reacción ante la obra, pero el hecho de que

jamás se instalara en la ermita de Jesús prueba que no suscitó gran entusiasmo. El grupo estaba compuesto por tres figuras (Cristo y dos sayones) a la manera del titular californio hecho por Juan Porcel, discípulo de Salzillo. Años más tarde (1748), Francisco Salzillo realizaría para el Viernes Santo un San Juan de vestir, sustituido por su propia obra en 1756. En realidad se trataba de obras menores de las que la Cofradía no dudó deshacerse.

El éxito llegó de la mano de su amigo y protector D. Joaquín Riquelme y Togores, el verdadero renovador de la Cofradía. Él fue quien ideó el proyecto de acentuar el valor centralizador del Nazareno y quien saneó las cuentas hasta el punto de permitir sustanciosas ganancias. Todo había cambiado. La necesidad de atender al gasto anual fue distribuido entre las nacientes clases de mayordomos y de camareros además de las regulares aportaciones de limosnas, donaciones y corridas de toros. Cuando en 1752 mostró D. Joaquín Riquelme su deseo de ofrecer a la Cofradía el "paso" de su propiedad representando *La Caída*, no sólo se fortaleció su posición en el seno de la misma (refrendado posteriormente por el balance económico de 1755), sino la del artista por él promocionado. Salzillo sí triunfaba ahora y lo hacía con un "paso" grande, de difícil composición y eje lateral, en el que se acoplaban perfectamente las figuras. Es fácil imaginar la impresión producida por la obra no sólo por su fuerte expresividad y movimiento, sino también por su gran calidad, habida cuenta del modesto conjunto de piezas que en aquellos momentos integraban el cortejo de Viernes Santo. Desde ese instante hasta 1777, Salzillo se convirtió en el artista exclusivo de la Cofradía de Jesús y en el escultor único



de su desfile. Nadie como él tuvo la oportunidad de decidir el ritmo y la intensidad de su puesta en escena y de trasladar las viejas escenificaciones de los mímicos al lenguaje de la madera. Se hacía realidad la identificación entre teatro e imagería.

La sólida posición de Francisco Salzillo, nombrado cofrade, mayordomo y camarero, trajo consigo felices consecuencias. Un nuevo encargo en 1754 ponía de relieve las cualidades del maestro para afrontar grandes composiciones. *La Oración en el Huerto* fue el primer "paso" llamado a sustituir al anticuado conjunto de vestir del siglo anterior. No se trataba sólo de renovar las viejas "insignias" de la Cofradía, sino también de cambiar su profundo significado simbólico. En esto residía la grandeza de la transformación emprendida de acuerdo con la nueva mentalidad de sus regidores. Había que reemplazar las modestas obras anteriores, nada acordes con la prosperidad vivida, y permitir que este nuevo camino profundizara en algo más que en la simple destreza formal. Aparentemente, el nuevo grupo reproducía a los protagonistas de Getsemaní en las actitudes narradas por los Evangelios. Salzillo hizo algo más. Compuso dos grupos de figuras con sentimientos contrapuestos. En uno, los apóstoles duermen vencidos por el sueño; en otro se alza agonizante Jesús acompañado del Ángel, cuya etérea figura acaba de posarse para reconfortarle. No está claro cuál es el punto más admirable, si la exactísima composición visual, en cuyo punto de fuga se alzan ambas figuras, o la genial alteración de los clásicos componentes iconográficos al situar al mensajero celeste en el mismo plano que Cristo.

El juego de contrastes antes citado (pesada atmósfera de sopor en los durmientes; aire dramático en Cristo) también se traslada a las texturas corporales: luminosidad en el Ángel, conseguida por medio de carnaciones transparentes (lo que acentúa su mítica belleza) frente a la violácea efigie de Jesús, que cae a plomo, vencido por un destino que ni Él mismo

puede cambiar. Hay en Él una mezcla de héroe de tragedia griega, víctima de su propia grandeza, y de Redentor evangélico, consciente de su alta misión.

Ese mismo año (1754) fue el de la *Dolorosa*. Atrás quedaban las tocas de viuda de la vieja *Soledad*, según el modelo de Gaspar Becerra. Ensayado el nuevo tipo iconográfico en la *Virgen del Primer Dolor* californiano y en la de la *Amargura* de los blancos de Lorca, consagró Salzillo el verdadero modelo de *Dolorosa* murciana y, por extensión, levantina. El cambio de *Soledad* a *Dolorosa* es significativo. La *Soledad* es por definición una imagen recogida y angustiada representada en los momentos que siguen a la crucifixión. Este sentimiento era ajeno a la secuencia cronológica del Viernes Santo, cuyo desfile estaba calculado para narrar los pasajes previos a la muerte de Jesús. Salzillo, consciente de ello, alteró el modelo y creó, por tanto, una imagen abierta, declamatoria y expresiva, contraria a una *Soledad* de ejes compositivos cerrados. La perdida y trágica mirada de la nueva obra se equilibró con un suavísimo y difícil juego de policromías atenuado por leves toques rosados en las mejillas. Un gracioso juego de llorosos angelillos puso Salzillo a sus pies para intensificar su dramática actitud.

Fue el imaginero murciano un verdadero dominador de los mecanismos que acentuaban el valor del gesto y de la expresión. Cada detalle de sus esculturas encierra infinitos matices dentro de una forma muy peculiar de interpretar al ser humano: elegancia en los plegados, fuerza contenida en manos y rostros, sublimación de lo menudo, perfecta traducción de las calidades de la materia por medio del color, destreza puesta de manifiesto en las imágenes de la *Verónica* y de *San Juan*, ambas de 1756.

La *Verónica* conjuga esa doble vertiente de elegancia y de dolor. Su rostro es hermoso y expresivo, como corresponde al momento en el que enjugó el rostro de Jesús, milagrosamente impreso en el lienzo. Pronto aflora la atenuación de sentimientos ya



vista en la *Dolorosa*. El cuerpo de la *Verónica* encierra una sensualidad desconocida. La hermosa desnudez de su cuello, terso y limpio, contrasta con la intensidad de su mirada y muy especialmente se prolonga en la elegancia mundana con la que se viste, en la combinación cromática de suaves templetes y dorados y en los vistosos zapatos en los que la expertísima labor de policromado produce una inigualable sensación de realidad. Originariamente llevaba un lienzo con el rostro de Jesús que fue pintado por Salzillo.

San Juan es la escultura de las esculturas. Jamás en el siglo XVIII español estuvo un artista tan afortunado para traducir cuanto la plástica había conquistado: sensación de movimiento, atmósfera propia y calidad formal como respuesta al arte del volumen y de lo tridimensional. La figura de Salzillo se agiganta con esta obra en la que se conjugan la labor del escultor y la del imaginero, pues *San Juan* es a la vez una efigie procesional y una escultura bella en sí misma. Sus diferentes planos escultóricos están conseguidos por medio de un calculado análisis de las leyes de la perspectiva y de la composición: voluminosos e inflados pliegues en su frente, delgadas láminas en su dorso.

La túnica y el manto de *San Juan* son un extraordinario juego de fantasías. Una depurada técnica sirve de soporte al jugoso colorido de ambos para equilibrar la función asignada a la plástica y al color. Aquella reproduce sus ancestrales principios que la convirtieron en una segunda naturaleza, y ésta, por el contrario, le infunde su propia ficción visual. Salzillo rompió con ella la frontera que le condenaba a ser un habilidoso artista en el pequeño formato, pues *San Juan* es un gigante que se alza como un nuevo *Apolo* del Belvedere, en acertada expresión de Julián Gállego y Alfonso Pérez Sánchez.

En efecto, la disposición del santo, en actitud de andar, hace verosímil su figura e introduce un elegante ritmo de formas propio de la sociedad galante



SAN JUAN ENTRANDO A LA PLAZA DE BELLUGA



del siglo XVIII. Pero no es sólo *San Juan* un efebo mundano que marca una nota peculiar y distinta en un desfile procesional. Su elegante postura, la diagonal del rojo manto que cae por sus espaldas (clásica *maniera* salzillesca de sugerir el movimiento asociado a una disposición de los pies iniciando la marcha), encierran una profunda sabiduría inexplicable únicamente por la sola contemplación del natural. La arquitectura corporal que se percibe a través de la túnica no es sólo un apreciable ejercicio de destreza o de sutiles insinuaciones; es un elaborado código en el que se ofrece una auténtica exhibición de sabiduría técnica como combinación perfecta de texturas y de volúmenes, de llenos y vacíos, de forma y color. La atmósfera de *San Juan* es su propia atmósfera, la que corresponde al joven compañero de Cristo, no al hermético autor de las sutilezas del Apocalipsis.

Decían los predicadores del Barroco, en una imagen retórica muy del gusto de la época, que la escultura requería un proceso semejante al que Dios impuso en la creación. Escultor y pintor (como Dios y sus criaturas) habían de caminar al unísono para conseguir un resultado aceptable. Si admirable resulta la labor de talla, no es menor la de su policromía, seguramente aplicada por Patricio Salzillo, haciendo de *San Juan* la quintaesencia de la escultura pintada.

Fue 1763 un año decisivo para el taller de Salzillo y lógicamente para el desfile del Viernes Santo. Dos grandes "pasos" se realizaron en aquel año: *La Última Cena* y *El Prendimiento*, encargados para sustituir al modestísimo conjunto de su padre y al poco afortunado que el propio Salzillo hizo en 1736.

En el primero de ellos, el escultor apuró al máximo las posibilidades iconográficas de un tema muy popular. El mensaje transmitido siempre había venido asociado a la institución de la Eucaristía, sacramento que la Iglesia pretendía exaltar desde los momentos de la Contrarreforma para detener las tesis defendidas por el protestantismo y para fomentar la frecuencia de su práctica. *La Mesa de los Apóstoles*,

aun dentro de su escasa calidad, mantenía ese significado. Salzillo había de afrontar un gran reto: sustituir la obra de su padre y llevar a buen término una complejísima composición de trece figuras. La solución vino dada por las posibilidades de sus fuentes de inspiración. *La Última Cena* era, además de ese momento decisivo para el Cristianismo, la ocasión escogida por Jesús para despedirse de sus seguidores, a los que anuncia la traición de la que va a ser objeto por uno de ellos. Este era el secreto, volver a uno de los episodios más dramáticos, narrado por San Juan, para resolver el arduo problema compositivo planteado. *La Oración en el Huerto* había abordado fantásticas soluciones al centrar el pasaje evangélico en el momento del desfallecimiento de Jesús con el consiguiente desplazamiento de la figura del Ángel, como posteriormente harían Mengs y Giov. Domenico Tiepolo. En ese grupo resolvió Salzillo en tres dimensiones cuanto la pintura anticipó en las dos de un lienzo, según se deduce de ciertos grabados del siglo XVII. Ahora, por el contrario, había que trasladar a la madera los sentimientos provocados por el enigmático anuncio de la traición. Y aquí estuvo la clave de su éxito, en la vuelta al dramático instante, magistralmente interpretado por Leonardo en el Cenáculo de Milán.

Esta renovación iconográfica venía impuesta por el sentido procesional del conjunto y solucionaba los problemas visuales de su composición. El inexplicable mensaje de Jesús ("Uno de vosotros me ha de traicionar") creó una atmósfera de estupor y confusión en la que cada apóstol reaccionó de manera distinta. Había que poner en juego la fina intuición del escultor para profundizar en los sentimientos humanos y que éstos revelaran con exactitud la personalidad de cada cual.

El nerviosismo generalizado creó un vivo juego de giros y torsiones, de miradas sorprendidas y desconfiadas, de manos crispadas y suplicantes. Judas Iscariote, al que iba dirigida la acusación, fue relega-





do al extremo de la mesa; sus facciones son toscas, su mirada torva y extrábica, identificado además por una amarillenta túnica, símbolo del traidor, bajo la que no asoma la clásica camisa huertana.

Tal juego de valores morales, cada rasgo del rostro, cada dirección de las miradas ponen una nota de intranquilidad y desasosiego, únicamente suspendida en la abandonada actitud del apóstol Juan, que, ajeno a todo, duerme seguro en el regazo de Jesús. El nuevo *Prendimiento* hacía realidad el triste presagio de *La Cena*. A fin de no romper la unidad del relato, Salzillo evitó la cerrada composición de su obra anterior (la de 1736, vendida a Orihuela) dando entrada a nuevos actores que, como en los grabados, marcarán la distinta intensidad de cada momento. Con este fin escogió el escultor las dos escenas fundamentales. En una, Cristo es detenido, previa la convenida identificación de Judas; en otra, la violenta actitud de Pedro trata de impedirlo. La vista del espectador va de una a otra, admirando la esquivada actitud de Cristo, que trata de evitar el beso de Judas y la vigorosa anatomía de Pedro al descargar su espada sobre el aterrado Malco.

En ambos grupos, la forma de plasmar los sentimientos es diferente. Cristo y Judas, en sus orígenes imágenes de vestir, deberían de concentrar toda su fuerza en el poder de sus miradas. Salzillo, consciente del limitado campo de expresión con que contaba, apuró las posibilidades de ambas en un barroco juego de significados. En *La Última Cena*, el color y la ubicación de cada apóstol habían impuesto un orden jerárquico en cuyos extremos se situaban Judas y Cristo. Estos dos protagonistas ya no se encuentran separados, sino frente a frente, en una tensa actitud. El resultado de esta frontal oposición iba más allá del sentido literal de los Evangelios. La dignidad de un Cristo, que se ve traicionado, reside en su mirada altiva, en su significado ético, en su altura moral frente a la bajeza de un Judas cuya fea traición se refleja en su rostro faunescos. Al extremo del

"paso", Pedro se abalanza sobre Malco. Se rompe la tensa quietud de la escena. La densa atmósfera anterior da paso a una reacción visceral del apóstol. La figura de Pedro es una genial escultura llena de ricos matices lograda a base de aparentes contradicciones. Pero es que todo el "paso" es un juego dialéctico en el que se pone a prueba el valor de los contrarios: la oposición del bien y del mal, de la serenidad y del arrebatado, del realismo anatómico y de la sutileza del color. Hasta Pedro, firmemente apoyado en el pecho de Malco para descargar con más contundencia el golpe de su espada, delicadamente aparta su túnica para asegurarlo.

Un último encargo lo recibió Salzillo en 1777. También había que sustituir a un "paso" anterior llamado de *Cristo a la Columna*, rehecho tras la riada de San Calixto. *Los Azotes* (popular nombre de *La Flagelación*) fue la más tardía de las obras del imaginero para el Viernes Santo murciano. No hay grandes novedades compositivas; acaso una rica combinación de matices contenida en la diferente intensidad cromática de cada figura y en las líneas y ritmos que sus brazos y cuerpos describen. La figura de Jesús fue la más delicada de todas. De suave y limpia anatomía ocupa el eje del "paso" a cuyos lados, en calculada simetría, hay unos enfurecidos sayones. En segundo plano, otro verdugo, echado en el suelo, completa la escena. Su posición retrasada y la abandonada actitud en que se encuentra, según la visión frontal dominante, le hace pasar desapercibido. Sin embargo, es un calculado estudio de volúmenes, una traducción perfecta de un modelo vivo y real a la manera de los ejercicios propuestos en los aprendizajes académicos.

Cuántas novedades Salzillo había introducido en los anteriores "pasos", en éste será el color el valor dominante. Un extraordinario juego de intensidades cromáticas modula la talla (hecho, por otra parte, perceptible en *La Oración en el Huerto*) y confirma la especial sensibilidad del escultor por el color matizado no sólo por la luz ambiental, sino también por su



consciente aplicación. Las tostadas anatomías de los sayones (deliberadamente exageradas por el bol que sirve de lecho a las mismas) acentúan los contrastes sobre la piel lívida y ligeramente amoratada de Jesús, como si el artista pretendiera hacer una pausa entre la intensidad del momento vivido en *El Prendimiento* y la agitación de *La Caída*.

De esta forma quedó completo el cortejo del Viernes Santo, en el que figuró desde sus orígenes la imagen del *Nazareno* titular. Las viejas escenas del siglo anterior habían quedado renovadas y enriquecido su originario sentido iconográfico, fiel, desde luego, en lo sustancial a la secuencia cronológica de los momentos previos a la pasión. A medida que los nuevos "pasos" iban incorporándose, otros cambios se habían introducido. La procesión era distinta, pues el verdadero mecenazgo impuesto por la Cofradía era el resultado de nueva mentalidad que anuló el sabor arcaico de la antigua procesión agustina, sustituida por la procesión de Salzillo.

A la indiscutible calidad de los nuevos conjuntos se añadió el legado de los clásicos "angelillos", el tono festivo de los "armados", la vistosidad de los "gallardetes". Mayordomos y estantes reformaron sus atuendos de acuerdo con la moda imperante. Los portadores de los "pasos" descubrieron su rostro por razones prácticas; los mayordomos se vistieron con la elegancia propia del siglo XVIII. Había, pues una jerarquía establecida. Los gremios, fieles a sus compromisos, seguían sacando los "pasos"; los penitentes (con cruz o blandón) se entremezclaban con aquéllos; los mayordomos, de rostro descubierto, auxiliaban a los cofrades.

Aunque la salida de la procesión siempre estuvo precedida por diversos ritos (traslado del *Nazareno* al cercano convento de Agustinas, documentado desde 1687; llamada al rezo en común en la madrugada del Jueves al Viernes Santos, origen de la tradicional convocatoria), se relegaron viejas prácticas y otras se conservaron. Las seis de la mañana era la hora convenida; la ermita de Jesús, el lugar de encuentro. Desde allí la ciudad asistía a su anual transformación. Las viejas calles y plazuelas ya no eran las mismas. Un sordo ruido de tambores y músicas, de estremecedoras trompas destempladas, contendían con la belleza visual del cortejo. La puesta en escena era una genial representación de escenarios cambiantes, de luces distintas, de colores matizados. La procesión no era un ininterrumpido desfile de "pasos" y nazarenos; era un quebrado tumulto de voces y de penitentes, de entremezclados sonidos de músicas cercanas cuyas melodías se confundían. Tal fue siempre la imagen del Viernes Santo murciano. Las transformaciones que impuso el paso del tiempo (supresión de la entrada a la Catedral, aniquilación inconsciente de la ciudad tradicional, mayor orden y disciplina, algo por lo que abogaba el obispo Rubín de Celis cuando intentó suprimir los cortejos pasionarios por los tumultos que organizaban) no han variado su grandeza; al contrario, la siguen mostrando como una peculiar manifestación del espíritu humano, pensado para una ciudad que un día fue barroca como su procesión más representativa.



SALLÓN. DETALLE DEL PASO DE LOS AZOTES

Texto del libro *La Pasión según Salzillo. Viernes Santo en Murcia*.



Rostros de Jesús en las imágenes de Salzillo

La gran sensibilidad artística de Francisco Salzillo, unida a su sentido de la realidad y a su profundo sentimiento religioso, dotó a sus obras dedicadas a la pasión de Jesús, aparte de su inigualable valor artístico, de la virtud excepcional de revivir en cada una la expresión y estado de ánimo del momento que representaban; de manera que contemplando la imagen no sólo se aprecia el arte, sino que además se perciben y transmiten los sentimientos que a través de los rasgos fisionómicos quiso plasmar el insigne escultor. Propiedad que si en general se da en la obra de Salzillo se refleja con mayor incidencia, por razones evidentes, en la figura de Jesús. Y aunque ya se contara en nuestro suelo con precedentes como el de Alonso Berruete, considerado el artista más representativo de la plástica del Renacimiento español, y con precontemporáneos como Martínez Montañés, Alonso Cano y Pedro de Mena, es lo cierto que la obra de Salzillo constituye un punto aparte por su profunda subjetividad humana y el encanto de sus imágenes, que lograron ya en su época levantar, a diferencia de los demás, un inmenso fervor popular, al margen de otros aspectos técnicos, personales y únicos, como el de conjugar en su obra la tradición barroca, la influencia italiana y el expresionismo mediterráneo.

Su singular concepción de la figura, su sentido rítmico y expresividad donde mejor pueden contemplarse en su conjunto es, sin duda, en la obra pasionaria de la Cofradía de Nuestro Padre Jesús, en la que aparecen condensadas todas sus múltiples virtudes y especialmente la de cautivar por su profundo sentimiento, conjugando a la vez en sus imágenes el arte y el alma de lo que representan.

De los ocho "pasos" que desfilan, salidos de la mano del escultor, cinco de ellos, *La Santa Cena*, *La Oración en el Huerto*, *El Prendimiento*, *Jesús en la Columna* - más conocido como "los azotes" - y *La Caída*, tienen la figura de Jesús como eje central del trono y cada uno de ellos nos representa y transmite la devoción de un rostro del Hijo de Dios distinto, identificado con el momento y el hecho que el autor quiere representar, para que su contemplación nos lleve a sentir y revivir el instante con absoluta identificación y verismo, dentro de un encendido respeto y admiración.

El Cristo de *La Cena*, con cuyo trono se inicia el desfile procesional, imagen tallada en madera policromada y de tamaño seminatural, presenta un rostro expresivo y sereno, en actitud coloquial, con los labios entreabiertos, insinuando la conversación que mantenía con sus discípulos, la cabeza un poco inclinada hacia la derecha, adoptando una actitud trascendente al solemne momento de la Santa Cena, los ojos abiertos hacia la posición que señala la mano del Santo Cáliz, todo lo cual logra concitar la atención de los apóstoles hacia su figura. Constituye el conjunto una escena coral, solemne y llena de sosiego en su contenido lúdico, única imagen que no incorpora todavía en el rostro los estigmas y señales de la pasión.

La Oración en el Huerto, soberbio conjunto escultórico que por las figuras que lo componen merecería un comentario exclusivo, representa a Jesús, en imagen de vestir, y en el mismo plano del afamado Ángel, en posición de rodillas, apoyando su cabeza, ligeramente girada hacia la izquierda, sobre el brazo izquierdo de la celestial figura. La actitud de Jesús es un compendio del entrecruce de sentimientos del delicado momento: entre la resignación y acep-



tación y la súplica al Padre frente al divino sacrificio, a lo que ayuda la posición de las manos inertes. Los ojos hacia arriba, en posición suplicante, y la boca entreabierta, en espera de la respuesta, transmiten con autenticidad y delicadeza a la vez la trascendente encrucijada que vivió el Hijo de Dios y nos muestra su lado más humano al conjugar la duda con la resignación para la consumación.

El Prendimiento nos presenta a Jesús, en figura tallada en madera policromada y dorada, en actitud de rechazo al beso de Judas, con mirada de cierto desdén y recelo a su intento de acercamiento, pero rostro sereno y digno, una vez superada la situación crítica anterior y aceptado su sacrificio para el bien de la humanidad. Por eso, la cabeza mantiene una simetría con la posición del cuerpo en actitud de dignidad, a la vez que parece dirigirse a San Pedro para recriminarle su comportamiento violento.

Los Azotes, o Jesús en la Columna, tallado en madera policromada y de tamaño natural, representa a Jesús con rostro melancólico y sufrido, pero a la vez resignado y compasivo con sus torturadores, de los que separa la mirada para dirigirla hacia el suelo y con los labios cerrados en una actitud de total aceptación de la pasión. La cabeza inclinada hacia la izquierda y los pómulos amoratados representan el dardo y sufrimiento por los azotes tan dignamente aceptados como rigurosamente ejecutados por los sayones.

Y, finalmente, *La Caída*, con Jesús en imagen de vestir, para algunos la mejor representación de la imagen de Jesús salida de las manos de Salzillo, enjuga a la vez los sentimientos de angustia, soledad y sufrimiento con los de agradecimiento, súplica, compasión y perdón. Su mirada y la posición de la boca entreabierta expresan en lograda armonía escultórica esa suma de sentimientos encontrados que el resto de figuras que com-

ponen el trono ayudan a entender, un Simón de Cirene que pretende aliviar el peso de la cruz, dos sayones en actitud agresiva y el soldado romano que vigila el desarrollo del injusto calvario. La deformación de los pómulos, el fuerte amoratado de los labios y el párpado superior izquierdo atravesado por una espina, todavía darán mas realismo a dichos sentimientos.

Hasta los anacronismos en los ropajes de algunas figuras representan una intencionada concesión del autor a su amor por la sociedad en la que convive y a los personajes de la his-

toria heredada. Detrás de cada imagen de Salzillo hay una intención, un deseo de transmitir con veracidad sentimientos humanos, virtud de los grandes artistas, pero que en su caso alcanza las más altas cotas por la pureza de sus líneas, el detalle y verismo de la composición y la expresividad de los rostros de las imágenes, que a través de sus rasgos insinúan y transmiten convincentemente cualidades del alma que invitan a la reflexión, las mismas probablemente que llevaron al insigne escultor a ejecutar tan extraordinarias obras.



DETALLE DEL CRISTO DE LA CAÍDA

La mirada del fotógrafo

Año tras año desde 1964 (excepto 1970 y 1971, que no salió la procesión por razones obvias climatológicas) he tenido una cita con "los Salzillos"; allí donde estuviera, en Madrid o cualquier otro lugar, he sentido como una fuerza magnética superior, que me ha atraído inevitablemente hacia Murcia.

El Viernes Santo murciano es único en el mundo, ni le falta ni le sobra nada; es sencillamente distinto.

Para mí es un reto anual el que tengo con "los moraos"; un desafío en captar sus imágenes, desde diferentes ángulos; recorriendo calles; buscando decorados diversos; esa expresión de los rostros de Salzillo (que lo convierte en el mejor imaginero religioso del siglo XVIII), esas mil y una formas distintas de impresionar juegos de luces y sombras, en su peculiar festival de colores y matices; es una convocatoria anual, una asignatura pendiente, que no termino de aprobar y que todos los años vengo a examinarme.

Fotografiar, dibujar con la luz, usando los objetivos como pinceles y plasmar en ese lienzo plástico, que es la diapositiva. Día positivo es el Viernes Santo, que nos alimenta el espíritu y nos levita a ver el más allá.

Creo profundamente, que lo importante en el ejercicio del arte es: el estilema, la lingüística, la estilística; como decían los romanos: "Ars-Gratia Artis"



SALLÓN. DETALLE DEL PASO DE LOS AZOTES

(El arte es la gracia del artista), y en esto del arte era un auténtico maestro don Francisco Salzillo y Alcaraz.

Al contemplar los "pasos", por evocación vienen a mi mente de espectador cinematográfico sensaciones de antaño, los famosos films épicos (religioso, bíblico e histórico) historias de

los tiempos de Cristo: QuoVadis?; La túnica sagrada; Ben-Hur; Rey de Reyes; Espartaco; Barrabás; El Evangelio según San Mateo; La historia más grande jamás contada, Jesús de Nazaret, etc., películas que quedaron grabadas mentalmente durante mi infancia, en la década de los cincuenta, y mi adolescencia, en el decenio de los sesenta; recuerdos registrados en la memoria como vivencias, en el resto de mi existencia, como sensaciones de antaño y de siempre, de toda una vida, es decir, ayer, hoy y mañana: el Viernes Santo murciano.

Pienso que todo es peregrino y pasajero, efímero y volátil, pero los rostros de Salzillo han marcado una época y serán eternos.

Admirar, vivir la pasión escenificada; al observar las imágenes, "paso" a "paso", me siento en estado de gracia; es una musa de inspiración poética, estoy en sensación de creatividad y la emoción me embarga, para elevar el espíritu a lo más supremo, a lo divino, algo difícil de explicar con palabras... Es, sencillamente, la mirada del fotógrafo.



Huellas de la Caída

Cuento murciano

Esa mañana hacía mucho frío en aquel despacho del Palacio Episcopal. El edificio estaba orientado al norte de la ciudad y cuando soplaba el gélido viento de la sierra cercana, las centenarias estancias lo acusaban. Sentado ante su mesa de trabajo, el obispo miraba a través de los visillos de la gran balconada y su vista se perdía ante aquel paisaje nevado que la sierra le ofrecía a sus ojos viejos y cansados.

Sentía próxima la hora de la muerte, se lo habían dicho los médicos y tenía la certeza que no tardaría

mucho en llegar. Pero su espíritu, jovial y alegre, había intentado por todos los medios esconder el desasosiego que le causaba la partida definitiva de este mundo. A nadie había dicho nada de su enfermedad, ni siquiera a Fuensanta, su solícita hermana que desde su mayoría de edad había dedicado toda la vida a cuidar de su persona. Fuensanta era guapa y muy atractiva, nunca le faltaron pretendientes, pero prometió a su madre que jamás dejaría al hermano sacerdote y cumplió fielmente con aquel cometido durante todos los días de su vida.



CRISTO Y CIRINEO. PASO DE LA CAÍDA



Solo en aquella fría estancia, el obispo repasaba mentalmente todos los sucesos de su vida. Se vio joven y arrollador entregado a la causa de los más necesitados. Impulsivo en el seminario. Soñador en su primer destino como cura rural. Inteligente y diplomático ya en la capital, en una de las más importantes parroquias y, por último, al frente de aquella Diócesis donde el Papa le había destinado desde hacía más de treinta años. Pero todo ello lejos, muy lejos, de su amada Murcia y del caserío huertano donde nació. De aquella tierra el único objeto que llevaba siempre consigo era una estampa con la cara del Cristo de la Caída perteneciente al “paso” que, unos cien años antes, había tallado el inmortal escultor Francisco Salzillo para la Cofradía de Los Nazarenos. Siempre se sintió cautivado por la belleza de aquella imagen de Jesús. De niño, recuerda, procuraba ver siempre la procesión por las calles del viejo barrio donde se levantaba la iglesia. Cada vez que podía, siendo más mayor, acudía a misa para extasiarse horas y horas mirando fijamente al Señor de la Caída. Ya en el seminario, su viejo preceptor le regaló un buen día una estampa con la cara de aquella imagen y el estudiante la guardó en su libro de oraciones. Jamás se separó de ella. Siempre la tuvo consigo. En la fría mañana de invierno le vienen a la memoria los recuerdos de aquellos días de capellán de las tropas en Cuba cuando besaba la estampa, emocionado, un joven soldado moribundo que era del Rincón de Seca. Esa estampa, ahora, estaba entre sus manos mientras su vista se perdía por el paisaje nevado de la sierra cercana y sus ojos se llenaban de lágrimas recordando su amada tierra murciana.

Murió a los pocos días y su cuerpo, tal y como había dispuesto, fue enterrado sin boato alguno en una cripta de la Catedral de Murcia, a donde fue trasladado en un viejo carruaje tirado por seis mulas. La vieja sotana negra era la única mortaja. No hubo lápida. No había epitafio. Se trataba, simplemente, de un humilde sacerdote de Cristo que se abrazaba a la tierra que le vio nacer, noventa y cuatro años antes.

Verano de 1998: Gracias a los trabajos que se están llevando a cabo en la Catedral de Murcia, para la rehabilitación del primer templo de la Diócesis, ha aparecido una cripta en el subsuelo de la iglesia junto a una de las puertas laterales de acceso al coro.

En el interior se han encontrado restos humanos pertenecientes, sin duda, a personas vinculadas con la Diócesis de Cartagena y que fueron miembros de la misma.

En uno de estos enterramientos, el de un sacerdote, pues se ha encontrado el esqueleto arropado por una sotana en perfecto estado de conservación, ha aparecido una estampa con la cara del Cristo de la Caída de Salzillo. Estampa que tiene más de ciento cincuenta años de antigüedad, tal y como aparece en la fecha de impresión del recordatorio. La estampa se encontraba en las manos del cadáver y junto al lugar que ocupó su corazón.

Los arquitectos restauradores, con el permiso del Cabildo Catedral, han colocado una pequeña losa tallada con el R.I.P. y una diminuta cruz que recuerda el lugar exacto de entrada a esta cripta de la que no se tenía noticia alguna.

22 de enero de 2002: SSMM los Reyes de España, don Juan Carlos y doña Sofía, han inaugurado en la Catedral de Murcia la exposición “Huellas”, que recoge, en más de cuatrocientas obras de arte, la historia de la Diócesis de Cartagena desde sus orígenes hasta el siglo XIX.

Ha llamado poderosamente la atención, entre las obras expuestas, el “paso” de *La Caída* que realizó Francisco Salzillo para la Cofradía de Jesús y que se encuentra situado en una de las naves del templo catedralicio, junto a la entrada del coro.

En el mismo lugar donde, hace cuatro años, apareció una cripta de la que no se tenían noticias en los archivos de la Catedral murciana y en la que permanecen enterrados algunos sacerdotes y dignatarios que pertenecieron a la misma.

Una diminuta cruz y el R.I.P. recuerdan el lugar exacto donde reposan estos restos humanos.



Doña Teresa Malo de Molina de la Cierva

Son ya muchas las generaciones de murcianas y murcianos que con su piedad y dedicación han permitido el esplendor de esta Cofradía desde su legendaria erección canónica el 2 de agosto del año 1600.

Su inigualable patrimonio, honra y orgullo de los murcianos, ha sabido escapar, gracias a ese pueblo generoso y devoto, de tantos acontecimientos turbulentos de nuestra historia. Sus mayordomos, estantes y cofrades han sido y son pieza fundamental en tan larga aventura. Pero sería injusto no recordar a los camareros de las imágenes que transmitiendo su encargo de generación en generación han contribuido de manera singular a la custodia, conservación y



adorno de tan maravillosas escenas de la pasión de Nuestro Señor.

Ha llegado a mis manos un artículo publicado en 1928 en el denominado "Almanaque de la Editorial Levante", en el que, con singular fervor y murcianía, el Excmo. e Ilmo. Sr. don

Francisco Frutos Valiente, en ese tiempo obispo de Salamanca, se refiere a doña Teresa Malo de Molina, camarera que fue de la Dolorosa, y con ocasión del regalo que la misma le hizo de un precioso manto que lució por primera vez en la procesión del Viernes Santo del año 1927.

Mejor sus palabras que las mías en homenaje a la señora Malo de Molina (6-11-1967), y a todos aquellos que han realizado tan afortunada misión, pues

DOÑA TERESA MALO DE MOLINA DE LA CIERVA



VAJILLA Y VIANDAS DEL PASO DE LA CENA



no es menguado el privilegio de contemplar y admirar tan de cerca esas sublimes representaciones de Nuestro Señor y su adorada Madre.

"Una página del álbum de Salzillo"

"¿Quién ha vestido así -mejor no harían sino los serafines del Cielo,- a la inigualable Dolorosa de nuestro inmortal Salzillo?

Con seda tejida por gusanos de nuestra huerta, con plata de nuestros montes, con luz inspirada de nuestros artistas, con suspiros de todos los corazones murcianos, una mujer de alma nobilísima, esposa de un caballero en quien culminan las virtudes tradicionales de la tierrecica amada. Teresa Malo de Molina, de la Cierva (Don Isidoro) matrimonio ejemplar que parece el símbolo de la fusión amorosa de Cartagena y Murcia. ¡Benditos ellos!

De hoy más, ni se verá en la tierra otro ángel tan divinamente desnudo, ni otra Virgen tan divinamente vestida, con este Ángel y esta Dolorosa de la Iglesia de Jesús que es la joyería que abriera en Murcia el genio del Arte, la riqueza de la fé, la gracia de Dios y la esperanza de ver la cara de la Virgen como estará... allá."



DOLOROSA EN LA PLAZA DE LA CRUZ CON EL MANTO RESTAURADO POR JUAN ROSÉN



El vestido de la Dolorosa

Dentro de la extensa producción artística de Salzillo, la Dolorosa es sin duda el modelo iconográfico más repetido, tanto por él como por sus discípulos y seguidores, pero en ningún caso se logró la perfección técnica y emocional que posee la que el primero labrara para la Cofradía murciana de Jesús Nazareno.

Ante la errónea creencia de que las imágenes se hacían de vestir para abaratar costes, habría primeramente que señalar cómo, muy al contrario, estas esculturas resultaban más caras y su mantenimiento más costoso y de más dedicación por parte de sus camareros que las de talla completa o “vestidas de gracia”, según se denominaban en la época. Es por ello que Salzillo sólo usa esta técnica para representar a las figuras principales de sus grupos procesionales. Vemos cómo en todos los “pasos” de la mañana del Viernes Santo murciano, las figuras de Cristo, a excepción lógicamente del de los Azotes por su desnudez, son de vestir (el del Prendimiento se cubrió con telas encoladas en el siglo XIX).

Si las esculturas crísticas fueron configuradas para recubrirlas de ricos tejidos, la imagen de la Virgen, en una tierra de tan sentido amor mariano, no podía ser menos.

Hay que recordar que en la primitiva fundación de la Cofradía la Virgen, advocada de los Dolores, fue cotitular de la misma. La primitiva imagen debió tener la iconografía convencional que a este título mariano se le daba hasta bien entrado el siglo XVIII. Es decir, siguiendo el atuendo de las viudas castellanas o dueñas, cuyo uso se realizó por vez primera en la imagen concebida para ser vestida y ejecutada por el escultor Gaspar Becerra, por indicación de la reina

Isabel de Valois en el siglo XVI y que se extendió rápidamente por todos los reinos de España y Flandes. Éste consistía en vestido y manto negros y con un tocado blanco enmarcando el óvalo de la cara, que les cubría hasta las rodillas como una especie de roquete sacerdotal, las manos generalmente unidas y la mirada baja y angustiada. En resumen presentaría un aspecto similar con el que hoy reconocemos a la Soledad de María.

Salzillo, al concebir la imagen de esta Virgen de la mañana del Viernes Santo, desecha la iconografía de la Virgen de los Siete Dolores, ya que en el auténtico drama sacro que se representa en la procesión, Ella está justo en el momento histórico del denominado cuarto Dolor o la calle de la Amargura, el cuarto dolor.

En esta escultura vamos a encontrar, aparte de su indiscutible belleza y su carisma popular, una serie de innovaciones dentro del género de las imágenes de vestir que hacen que sea una obra de arte única en su género.

Adopta una tipología que nuestro escultor conocería a través de su padre, el de la “Addolorata italiana”, y que vamos a ver en otras obras suyas anteriores a la que nos ocupa (como por ejemplo en la Dolorosa de Santa Catalina), pero adaptándose a la tipología vestidera. Precisamente esta es una de sus grandes aportaciones. Salzillo lo que hace es prácticamente esculpir con tela, ya que todos los recursos técnicos y expresivos, usados en sus tallas completas, están asimismo utilizados en ésta, aun siendo de vestir.

Otra aportación importante es la desaparición del color negro en el atuendo. La aparición del colorido en las ropas de las Dolorosas es mucho más tardía en



otras regiones españolas, en las que no suele verse hasta el siglo XIX. Y por último destacar también la desaparición, bastante temprana, de las tocas monjiles; se presentará con un tocado al modo del almai-azar hebreo que también llevan sus tallas completas.

Lógicamente, con los vestidos naturales se producen las necesarias adaptaciones al material utilizado: el tejido. Éstos darán a la imagen una suntuosidad y un naturalismo mucho mayor. Así vemos cómo en las tallas aparece casi siempre el pico del manto terciado por delante de la imagen recogiendo en uno de los brazos, mientras que en la Dolorosa de la Cofradía de Jesús lleva los picos del manto recogidos en cada uno de sus brazos, lo que le da una mayor ampulosidad al poderlo desplegar por la espalda, sin dejar por ello de tener una gran naturalidad, eso sí, muy estudiada. Pero hasta en ese pequeño detalle encontramos en imágenes similares de otras ciudades, como en la cercana provincia de Albacete, entonces parte integrante de la Diócesis de Cartagena, que el manto, históricamente y aún hoy, es colocado terciado por delante y recogido en un brazo al modo de la ya citada Dolorosa de Santa Catalina (las Dolorosas de Hellín, Tobarra o las desaparecidas de Albacete y Chinchilla).

El movimiento es quizá la gran innovación en esta pieza, y de hecho no aparece en ninguna otra de sus versiones del mismo tema con la claridad y elegancia que en ésta. Éste lo consigue no sólo con la colocación de los pies, en claro sentido de avance: el pie derecho apoya sólo la punta y el izquierdo sobresaliendo de la peana; además incorpora un pequeño giro en las caderas y sobre todo la asimétrica coloca-

ción de los hombros y brazos y el prodigioso movimiento de la cabeza como buscando con la mirada en el infinito la explicación y el consuelo a tanto dolor, sin olvidar la fragilidad de cristal de sus manos suplicantes.



DOLOROSA "CON EL JUEGO DE MUCHACHOS" QUE TANTO ALABABA LUIS SANTIAGO BADO

Todos esos efectos consiguen dar a esta imagen de vestir un concepto escultórico rotundo, en el más estricto y contemporáneo sentido de la palabra.

Esta obra siempre se salvó del histórico menosprecio que los estudiosos hicieron de las imágenes de



vestir. Al hablar de éstas, siempre se decía que el interés radica sólo en las partes talladas y policromadas. Pues bien, esta obra vemos que es mucho más que cabeza, manos y pies; tanto es así que el autor dejó perfectamente definida la forma de colocarle las



DOLOROSA ENTRANDO A LA PLAZA BELLUGA

ropas, dejando incluso patrones para la confección de los mantos. Y, en efecto, esta forma de vestirla es la que ha perdurado prácticamente hasta nuestros días, sin verse afectada por tendencias, modas o contagios de otros lugares.

Solamente cambiará con la inclusión en su atuendo de piezas ricamente bordadas, frente a los espolines y ricos brocados que se usarían desde el principio, ya que estos tejidos, de seda generalmente, aparte de ser los preferidos por la sociedad del siglo XVIII, y ser además los que se imitan en las estofas de las tallas barrocas, por su textura y grosor permiten un fácil y naturalista plegado.

En lo que sí apreciamos que se han producido importantes cambios es en la colocación del tocado. Originalmente se reproduciría el que llevan sus Dolorosas de talla completa, aunque seguramente con la concesión de usar un tejido rico o algún tipo de encaje. Esto lo podemos ver gracias a la popular costumbre de representar en pintura imágenes de bulto redondo de devoción. Así, es posible encontrar algunas de ellas casi contemporáneas al original, dado el éxito obtenido desde el primer momento (en el Museo de Bellas Artes, la iglesia de la Merced de Murcia o en la iglesia de San Miguel de Mula existen ejemplos). El manto se sitúa cubriéndole la cabeza y bajo él una toca blanca que le enmarca la cara y que a veces se le cruza por delante del pecho.

Con el puritanismo propio del siglo XIX, el óvalo de la cara se verá aprisionado completamente por el manto y toca, ocultando el cuello totalmente, en una disposición que recuerda a los tocados monjiles del siglo XVI y XVII. Existen fotografías ya de finales del siglo XIX y de

principios del XX en que aún aparece con el manto y toca cerrados completamente alrededor del rostro. En las fotos que hemos podido ver de los años 20 y hasta bien entrados los 40 del siglo XX, se observa cómo el manto se va abriendo un poco para dejarnos ver me-



jor la cara y cuello de la imagen en una postura menos forzada de las prendas, llegando a un estado que podríamos llamar ideal e inmortalizado en una magnífica fotografía del archivo Belda en la que estando la cabeza totalmente cubierta, sin embargo nos deja ver completamente toda la magnífica talla de la imagen.

Así se la verá hasta los años 50 y 60, en que se impone el colocar el manto completamente caído por detrás de la cabeza, al interpretar de forma errónea el deseo de que sea contemplado por el pueblo el maravilloso tallado del pelo de la Dolorosa.

Uno de los muchos recursos usados por Salzillo en esta auténtica creación del tipo de Virgen doliente levantino, es el del tratamiento del pelo.

Para representar la expresión del dolor, en el momento en que Ella va tras su Hijo por la calle de la Amargura, pero sin aspavientos ni crispaciones que descompongan sus rasgos faciales de bella mujer madura, el artista utiliza unas carnaciones muy pálidas, sin apenas toques de color, aportando una lividez a la piel próxima al desmayo. El pelo está completamente pegado al cráneo, como mojado, con el aspecto propio de los estados febriles y de extrema ansiedad. El pelo en la parte superior de la cabeza, que de cualquier modo, por su posición, nunca es visible al espectador, está totalmente pegado y sin ningún artificio de ondulaciones o rizos que lo modelen; por el contrario, sobre el lado derecho asoma un vigoroso mechón de pelo que se retuerce con un volumen cabría decir “laocontiniano”, potenciando el giro de la cabeza y la tensión del trágico momento que representa.

Según la forma de colocarle manto y tocas a la imagen en los últimos 50 años, es decir, dejándolos caer totalmente por detrás de la cabeza, nos permitía ver, en todo caso, el pelo de la parte superior de la misma, pero el volumen del manto nos seguía impidiendo ver la talla realmente importante como es la del mechón lateral. Pero además nos daba una visión de la Virgen completamente impensada para el mismo Salzillo o las gentes de su época y es el represen-

tar a una Dolorosa con la cabeza descubierta. Si observamos las representaciones de los personajes de la pasión en cualquier época de la historia del arte, veremos que la única mujer que siempre aparece con la cabellera al descubierto es María Magdalena, como elemento iconográfico de la profesión que profesara antes de su conversión.

Por todo ello pensamos que la forma en la que se debe llevar el manto ateniéndonos a las más elementales normas de respeto hacia el concepto original de la obra de arte y el sentido religioso que la inspiró, es sin duda cubriéndole la cabeza con el mismo. Pero eso no debe hacer que nos impida contemplar en modo alguno toda la belleza de cada uno de los detalles que tan bella escultura posee.

De este modo se intentará que, aun ajustándonos a los cánones históricos, se pueda admirar cada pormenor de su talla y su policromía desde los más numerosos posibles puntos de vista.

En la Semana Santa del año 2001 ya se pudo ver a la Dolorosa en la calle con el manto colocado sobre la cabeza y con las aberturas laterales suficientes para que permitiera poder ver el perfil completo de la imagen y el famoso mechón, tomando una posición intermedia entre la costumbre, la tradición y el rigor histórico que una escultura de esta dimensión artística, una imagen de tan sentida devoción y una de los iconos más populares dentro de la memoria visual de los murcianos se merece.

Lo que no debe ofrecer duda es la atención, el cuidado, el respeto y el estudio necesarios por parte de los responsables de tan preciado legado histórico-artístico para que los cambios sean lo más sutiles posibles y que las fórmulas que se utilicen siguiendo unos criterios u otros contenten, a ser posible, a la mayoría de sus cofrades, devotos y admiradores en general de la obra del más grande artista que dio la fértil tierra murciana, pero no olvidando nunca el criterio primero de todos y es el que el mismo Salzillo concibió para su Dolorosa





Ese inquieto temblor estremecido

El Barroco no es, como suelen enseñar los guías de turismo, la simple profusión decorativa, sino algo mucho más profundo y complejo: un angustiado anhelo por detener el tiempo inexorable, por conservar el palpito irreplicable de cada momento. Fue Quevedo quien dijo, en dos estupendos endecasílabos, que “huyó lo que era firme y solamente/ lo fugitivo permanece y dura”. Este encanto por lo fugaz nos explica la preferencia obsesiva del artista barroco por el sonido, la luz, el agua y los vegetales, es decir, por las cosas que apenas duran, que se escapan de las manos antes de que nos demos cuenta. Atenazado por el vértigo del fluir incesante, se empeña el arte barroco en usar el artificio y el trampantojo para recrear el instante volandero, la sensación, que, apenas nacida, se mudó en recuerdo. Por eso, la visión barroca de la pasión de Cristo se llena de elementos móviles, de aditamentos vibrátiles y oscilantes, que tiemblan estremecidos cuando la procesión sale a la calle.

Está llena la mañana del Viernes Santo murciano de leves temblores y sutiles vibraciones, tiritonas de frío y miedo, trémulos sollozos de dolor y sutiles aleteos de esperanza. Cuando la recuerda uno, siempre igual y siempre nueva, viene a la memoria una imagen estremecida y oscilante, de apresurada pulsación. Hay un ir y venir de enaguas, lazos y encajes blancos, de plateados báculos y negras cruces. Un oscilar de cordones amarillos y gruesos rosarios. Un revoloteo de moradas túnicas y medias bordadas. Tiene cada paso su temblor, su propio palpitir dolorido, y hasta la propia luz mañanera, al derramarse sobre el morado cortejo, tiembla en el aire, como un dorado insecto suspendido sobre el cáliz de una flor.

Tiembla el blanco mantel que cuelga de la mesa de *La Cena*. Su agitación es todavía alegre y confiada, como si la elegancia rococó de las puntillas y calados aún no supiera nada del drama inminente, que se está anunciando sobre el gran bodegón barroco de la mesa. Es un paño de altar, ornamentado por pacientes manos monjiles, que pone su cándida blancura al servicio del pan y el vino, que pronto serán sacrificados. Su graciosa revolera, cuando aparece por la puerta de la iglesia, entre los grises y sombras de la primera hora, es un soplo de esperanza, que nos proclama cómo el Amor del Maestro permanecerá con nosotros, en la Eucaristía, cuando Él se haya marchado.

El trémulo oscilar del olivo y la palmera de *La Oración en el Huerto*, son tristes y temerosos, como la angustiosa madrugada de Getsemaní. Es la hora de la soledad y la espera. Es el momento del divino miedo, del sudor de sangre y del esplendoroso ángel confortador. Las hojas del olivo son agudas como cuchillos amenazadores; las palmas, meciéndose sobre el cielo lívido del amanecer, son palmas de martirio.

Vendrá, de pronto, el tumulto del *Prendimiento* y habrá un rayo de plata vibrando en la curva espada, que empuña el nudoso brazo de San Pedro. Es la protesta airada contra la gran injusticia, el destello desesperado, que quiere evitar lo inevitable, la reacción fulminante de quien no puede comprender la mansa aceptación del sacrificio por Jesús. Pero el fulgor del sable de Pedro es efímero, como toda empresa humana. Vuelta la hoja a su vaina, se apagará su temblor. No lo advertirá el Discípulo hasta que el gallo quiebre con su canto el claro cristal de la mañana y venga el agitado estremecimiento del llanto.



Los espinos, que enarbolan los sayones de *Los Azotes*, tiemblan con odio y rabia, prestos a caer sobre el torso inocente del Maestro y hacer brotar en él cárdenos claveles. Es el suyo el trepidar de la violencia, el fragor de la guerra, el espantoso vibrar de la maldad, el estremecimiento horrible del disparo y el bombardeo, de la tortura y el exterminio.

El paño de la *Verónica* tiene un airoso temblor de cariño y consuelo. Su vuelo de paloma ha querido enjugar el sudor de Cristo, aliviar su sufrimiento, acariciando su rostro desencajado. Es el amor femenino, poniendo una gota de dulzura en el amargo trance del Salvador y guardando en la blanca tela la impronta de su divina efigie.

Tiembla por todas partes la escena de *La Caída*. La cuerda, que ciñe el cuello de Jesús, oscila cruel. El cabello desmelenado de la Víctima parece agitarse, pidiendo inútilmente un momento de respiro. La tensión inmisericorde de la sogla vibra cruel frente al desmadejamiento exangüe de quien ya no puede más.

La andadura de *Jesús Nazareno* es temblorosa e insegura. El peso de la cruz la hace vacilar. Un leve aliento de brisa matutina pretende refrescar el divino rostro y mueve su cabello ensangrentado. A sus pies, un

apretado racimo de capillos embojados oscila a cada paso, prometiendo el milagro de la resurrección, que llegará con un glorioso revuelo de blancas mariposas.

El caminar, juvenil y decidido, de *San Juan* es todo movimiento y soltura. Corretea la luz bulliciosa, cabrilleando inquieta sobre los oros de su túnica y un aro de plata espejea sobre su cabeza adolescente, que mira hacia adelante, buscando al Maestro cuando los otros lo han abandonado.

Por fin, cuando una luz blanca y gloriosa se ha hecho ya dueña de la mañana, sale *María Dolorosa* con las manos alzadas y un lloroso agitar de vestiduras. Tiemblan en un sordo lamento las estrellas que nimban su rostro demudado. Se estremece la perla que resbala por su mejilla de lirio. Los rayos luminosos vibran en la puerta de la iglesia, deteniendo la salida de la Madre, empujándola de nuevo hacia adentro, para evitarle el terrible momento de ver con sus ojos el sufrimiento del Hijo. Pero ella se abre paso entre la luz avasalladora, que la traspasa con sus puñales de plata. Cuando ya está fuera son nuestros corazones los que palpitan con un hondo sollozo contenido ante el dolor de la Madre, ante el dolor de todas las madres del mundo.



PASO DE LA CENA



La Pardo Bazán visita la iglesia de Jesús

Nadie sabía, porque no había constancia de ello entre los estudiosos de los viajeros por Murcia, que la gran novelista gallega del siglo XIX doña Emilia Pardo Bazán (La Coruña, 1851-Madrid, 1921) visitara Murcia en otoño de 1899 con la finalidad de acudir a la iglesia de Jesús a ver los “pasos” de Salzillo, tal como le había recomendado en Roma, algún tiempo antes, su amiga la murciana marquesa de Salinas. Doña Emilia viajó en aquellas fechas a Cartagena, Elche, Orihuela y Murcia, y escribió cuatro artículos con el título común de “Por tierras de Levante”, que publicó en una revista olvidada, titulada *Letras de Molde*, en enero, febrero y marzo de 1900.

La revista, en la que también publicaba el poeta murciano Vicente Medina, ha sido rescatada del olvido por el profesor de la Universidad de Zaragoza Dr. Jesús Rubio Jiménez, quien ha reeditado los cuatro artículos de doña Emilia, con anotaciones y comentarios, en la revista *Murgetana* de la Real Academia Alfonso X el Sabio de Murcia, en el número 105, de 2001. Como el profesor Rubio da cuenta de todas las circunstancias en que se produce el viaje a Murcia y del interés de las impresiones de doña Emilia cuando visita nues-

tra privativa iglesia, me limito en esta colaboración a transcribir literalmente lo que la magnífica autora de *Los pazos de Ulloa* y *La madre naturaleza* escribe sobre la iglesia de Jesús y los “pasos” de Salzillo, no sin antes dar las gracias a mi amigo Jesús Rubio por haber publicado este descubrimiento y por autorizarnos a reproducirlo en la revista de la Cofradía.

También quiero señalar previamente, para que

ningún lector se vea sorprendido, que en 1899, por lo que cuenta doña Emilia, las instalaciones de la iglesia de Jesús debían de ser muy rudimentarias y precarias, de manera que los visitantes, que tenían que sortear ciertas dificultades burocráticas para que les dejaran ver la iglesia, no tenían luego la oportunidad de ver las imágenes del gran Salzillo en las condiciones más óptimas. Doña Emilia, que se entusiasma ante el arte de nuestro escultor, tan



NUESTRO PADRE JESÚS. TITULAR DE LA COFRADÍA

distinto de las representaciones religiosas de su tierra gallega, se marcha, sin embargo, algo enfadada, sobre todo porque no puede admirar como quisiera la belleza de la Dolorosa. Ella lo cuenta mucho mejor que lo puedo hacer yo, y por eso cedo la palabra a la muy expresiva y genial escritora doña Emilia Pardo Bazán, condesa de Pardo Bazán:



"No piense nadie que es empresa fácil, en la propia Murcia, admirar las obras de Salzillo. En España nunca está el arte a mano, sino recatado, defendido y celado como si al comunicarse se amenguase. Si a veces se encuentran por los suelos, en las sacristías y en los desvanes de las iglesias, prendas de verdadero valor, otras es preciso sostener un asedio para ver cosas que no siempre tienen importancia. Lo raro es que los objetos de arte aparezcan bien custodiados y cuidados, pero accesibles al público, al viajero especialmente.

No encontré en Murcia a mi amiga y compañera de peregrinación la marquesa de Salinas, que hace años, entre esplendores artísticos de Roma, me invitó a visitar a Salzillo en Murcia, y supongo que me hubiese guiado en mi exploración. Hallándose esta señora en el campo, para huir del calor, y quizá de los mosquitos, que en Murcia son tercos, pregunté en la fonda y me dirigieron al Museo provincial donde, en efecto, no existe una sola escultura, que, a mi ver, pueda llamarse de Salzillo, porque no le honraría la paternidad de las dos figuras exageradas y defectuosas que como de Salzillo se enseñan allí. Perdida más de una hora en el Museo, logré por fin saber que la mayor parte de los trabajos de Salzillo están en la

iglesia llamada de Jesús Nazareno y allá dirigí mi coche, a ganar tiempo y ver los santos antes de que cayese la tarde. No había contado con la huéspeda o sea con las dificultades a que antes me refería. Para contemplar las obras de Salzillo hay que sacar permiso en casa de un título, el Hermano Mayor de la Cofradía a que pertenecen. Lleno esta fórmula, y el portero de la casa, sin enterarse de mi nombre, sin mirarme, me entrega una papeleta de autorización. Y digo: si al fin se autoriza sin examen, a todo el que se presenta, ¿no sería más sencillo y menos molesto que en la propia iglesia autorizasen?

Poseedora ya del documento, vuelvo a la Iglesia de Jesús y lo primero que me enseñan es un *Nazareno* que me hace exclamar:

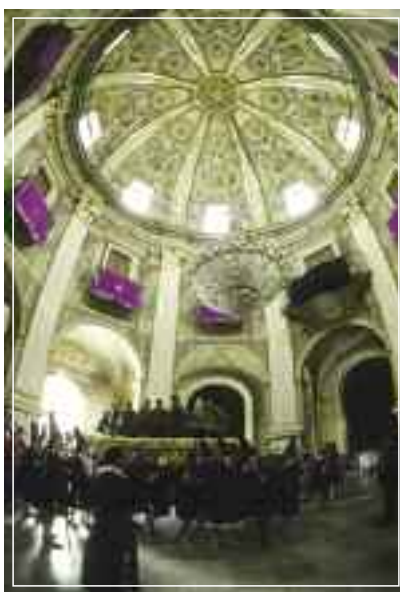
—¡Esto no puede ser de Salzillo!

—No señora —contesta la murcianita pálida que enseña la iglesia— no es de Salzillo; pero... ¡es de mucha devoción!

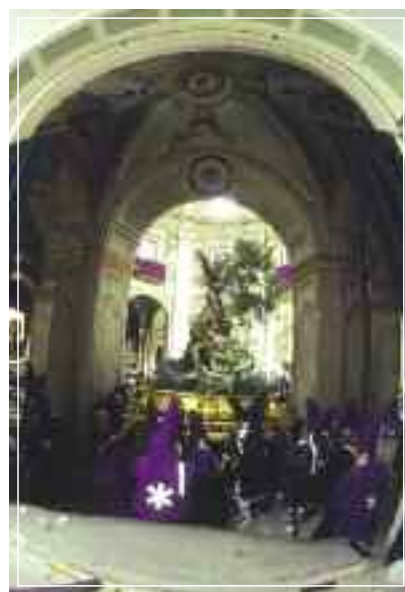
Pagada la deuda devota al *Nazareno*, me apresuro a aprovechar la escasa luz del día que resta para ver, por fin, a Salzillo. El *Prendimiento* es desde luego lo que atrae mis miradas. No concibo cosa más bella que aquel Jesús, que presenta la mejilla al beso de Judas. Los grabados y las fotografías apenas



VISTA INTERIOR DE LA IGLESIA DE JESÚS CON EL PASO DE LA CENA



RETORNO DEL PASO DE LA CENA A LA IGLESIA DE JESÚS



INTERIOR DE LA IGLESIA DE JESÚS CON LA ORACIÓN EN EL HUERTO



consiguen dar idea de esta efigie. El dolor; la resignación; el *desdén* y la *piedad* juntos; la repulsa que la traición infunde y la amargura de la decepción engendra; las dos naturalezas de Cristo, la humana que protesta y sufre, la divina que desde lo alto perdona, jamás las habrá sorprendido el arte con mejor acierto que en la cabeza morena, de delicadas facciones, de modelado viril, que respira, llora y padece, del Jesús de Salzillo. Hay quien prefiere otra maravillosa escultura que veo después: otro Jesús, el de la *Oración en el Huerto*; a mí, el del *Prendimiento* me impresiona más. De los dos momentos supremos del drama moral –el de aceptar el cáliz y el de comprobar la ingratitud del discípulo y amigo– el artista ha sentido todavía mejor el segundo. Lo más conmovedor de la Pasión es el Huerto, el drama es ya de sangre y de crueldad material, con azotes, sogas, cruz, lanzadas; en el Huerto es el alma la que sufre, y de sus ansias brota el sudor de la agonía... Salzillo ha comprendido la sublimidad del Huerto, ese Olimpo del alma cristiana, iniciada en los misterios dolorosos y que le inspiró los mejores, sin duda, de sus Pasos: el *Prendimiento* y la *Oración*.

En los Pasos, que ya representan episodios de la Pasión propiamente dicha, se observa que han trabajado los discípulos de Salzillo. Ciertos sayones no revelan la mano del maestro. En la *Cena*, en cambio, el conjunto de figuras es de una expresión y una valentía extraordinarias. Y la composición, tan hábil, como noto que es siempre en los grupos de Salzillo que en este viaje se me revela consumado artista, reflexivo y dueño de los secretos, y no resulta fiel hasta el servilismo que muchos le creen; que yo misma le creí juzgándole por su leyenda. Los ángeles de Salzillo, los mancebos, el San Juan, más recuerdan la nobleza de algunas estatuas paganas, la flor de la vida y la beldad andrógina en la adolescencia, que las realidades semi-árabes del tipo humano, el mocito de rojiza encarnadura, ojos de fuego y brazos reconoci-

dos al sol que acabo de ver al pie de una palmera. Formas armoniosas, líneas puras, sin llegar a la finura ideal de lo gótico, ni caer en lo gordinflón del barroquismo, son las de los preciosos ángeles del escultor murciano.

Están los Pasos distribuidos por la iglesia, en capillas diferentes, y para mirarlos es preciso trepar por escaleras de madera y tabladillos de acceso dificultoso. Y menos mal, cuando después de encaramarse, se ven libremente las esculturas. Lo peor es que algunas están encerradas no ya en hornacinas, sino en armarios, cuyos vidrios y barrotes estorban del todo la vista. Y la más encerrada, cautiva, oculta de todas las efigies, es la que la voz pública declara la más bella: la Virgen Madre.

No puedo sino adivinarla. Apenas la divisé. Fue como si por un mirador morisco se entreapareciese una cara descolorida, de soberana hermosura, húmeda de llanto, desencajada de angustia, helada de horror. *Stabat mater*... pero ¡si no la veía!... Y el cautiverio de la señora ¡me sugirió tantas cosas! A la salida, en una especie de antesacristía, me presentaron un álbum, en el cual –lo de costumbre– me rogaban que estampase. Y sin que ahora recuerde las palabras sé que escribí algo semejante a lo siguiente: "Esta raza mítica, celosa, no puede ya emparedar a la mujer; pero todavía esconde y encierra bajo llave a la Virgen Santísima".

Y respiraba mi pluma al rasguear esta *boutade* el descontento de irme sin detallar las perfecciones de la mejor obra de Salzillo".

Tituló doña Emilia, por esto, su artículo "En Murcia. Una cautiva", para reflejar ya desde el mismo título su pena por no poder disfrutar de la belleza de la Dolorosa. De fuerte personalidad y de extraordinaria inteligencia, la Pardo Bazán muestra en las páginas transcritas la que era su tercera gran cualidad: su sensibilidad estética y buen gusto, que, ante los "pasos" de Salzillo, propiciaron un entusiasmo no reprimido y expresado con largueza.



Una procesión y un balcón

Ordenando viejas fotografías familiares son muchas las que aparecen por unas carpetas u otras de la procesión de Jesús, que todas las mañanas de Viernes Santo recorre la ciudad de Murcia para orgullo de propios y asombro de extraños. Son fotografías pertenecientes a diversos años (muchos, sin duda), unas hechas con alguna de mis cámaras, otras regaladas por amigos o familiares. Recogen diversas escenas de la procesión y posiblemente esto mismo le ocurra a muchos nazarenos. Entre las más, las que predominan son las de la salida de la procesión, ese momento único e irrepetible (porque cada año es distinto) en el que muchos murcianos acuden, informalmente, a ver salir la procesión, porque o bien acompañan a algún familiar que desfila en el cortejo penitencial o bien por gusto de volver a gozar del momento esplendoroso de la salida de nuestros “pasos”, y muy especialmente del *Nazareno* o de la *Dolorosa*. ¡Vaya luz! ¡Vaya cromatismo inigualable! La “Cofradía innominada” la llamó mi abuelo Emilio, a principios de siglo, en un recordado artículo.

Entre mis fotos, entre las muchas que guardo de la salida de la procesión hay unas que tienen para mí un significado muy especial. No son de nazarenos (aunque algunos nazarenos pueden verse en ellas). Son de



BALCÓN DE LA COFRADÍA EN LA MAÑANA DE VIERNES SANTO

un balcón y de unas personas que durante muchos años asistieron desde ese balcón a ver salir la procesión. Y entre esas personas destaca la figura entrañable de María Josefa Torres Fontes, cofrade número uno de la Cofradía de Jesús y de su Hermandad de los Nazarenos, que desde que dejó de participar como cofrade en la procesión hasta el año anterior a su muerte, en 1996, la vio salir, acompañada de otros familiares de nazarenos, desde el balcón del Museo Salzillo. Nadie sabe por qué esta nazarena tenía tan singular privilegio, que muchos murcianos nos recuerdan ahora que el balcón permanece cerrado, aunque

puede suponerse fácilmente: su marido, Emilio Díez de Revenga, fue el creador y fundador del Museo Salzillo, presidente de la Cofradía durante veinticinco años, y cuyos méritos son de todos conocidos, y reconocidos por distinciones como la de presidente honorario vitalicio de la Cofradía, primer Nazareno del Año, en 1972; Nazareno del Siglo en 2001.

María Josefa nunca recibió ninguna distinción: la procesión la llevaba por dentro, y su entrañable amor a tantas cosas de la Cofradía (y de Murcia: la Virgen de la Fuensanta, por ejemplo) eran espacios de su intimidad que pocas veces permitía traspasar. Su fe cristiana y sus devociones eran íntimas, aunque siempre proclamó, con su manera de ser, su amor a los demás



EL PRENDIMIENTO A SU SALIDA DE LA IGLESIA DE JESÚS

y su “aggiornamento” constante, como pedía su admirado Juan XXIII. Y uno de los signos de ese “aggiornamento” era asistir cada año, indefectiblemente (a pesar de las dificultades que ello entrañaba para moverse con sus años por Murcia en el día de la procesión), a la salida maravillosa de los “pasos” de Salzillo, especialmente de *La Caída*, de la que era camarera, y, sobre todo, del *Nazareno*, en el que yo salí treinta y tres años de estante. En año 1996, *La Caída* fue de luto y sus estantes llevaron cintas y lazos negros, en voluntario gesto de respeto y de afecto hacia quien tanto amor

había profesado silenciosamente y durante tantos años a la Cofradía. Todos nosotros lo hemos agradecido desde lo más hondo de nuestro corazón.

Me han pedido un artículo para la revista “Nazarenos”, y yo no soy ni hombre de letras ni escritor. Mi relación con las artes gráficas se limita a la fotografía. Por eso, a falta de un texto revelador, quiero hoy ofrecer a la revista de mi Cofradía tan sólo una fotografía; pero una fotografía llena para mí de emoción. Junto a las personas antes citadas, el entrañable Carlos Carrión espera a la puerta del Museo.



El legado de Salzillo como “causa común”

El afán de la Caja de Ahorros de Murcia por recuperar y conservar el rico patrimonio histórico-artístico de la Región de Murcia, y en particular la obra de Francisco Salzillo, es el cauce que ha llevado a nuestra entidad a mantener una relación de colaboración, cada día más estrecha, con la Real y Muy Ilustre Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno, vinculada históricamente a la figura del ilustre imaginero murciano.

Este compromiso queda patente en las diversas actuaciones emprendidas por Cajamurcia para la conservación, puesta en valor y difusión de las obras de Salzillo: restauración del Belén y de los “pasos” de la procesión del Viernes Santo, edición de libros y catálogos sobre la figura del imaginero murciano y organización de dos grandes exposiciones del Belén en la Ciudad del Vaticano y en el Palacio Real de Madrid.

Otras acciones más recientes en las que ha colaborado nuestra entidad se centran en la rehabilitación arquitectónica del edificio sede del Museo Salzillo –cuyas obras de reforma y ampliación se iniciaron en mayo de 2000– y su posterior puesta en valor. Estas mejoras conferirán al museo un diseño más moderno y funcional desde el punto de vista expositivo, lo que sin duda contribuirá a hacer más atractivas la visita y la contemplación de las piezas y esculturas que alberga, ya magníficas de por sí.

Además, consciente de la necesidad de mejora que presentaba la iglesia privativa de Nuestro Padre Jesús Nazareno (siglo XVIII), la Caja ha prestado su ayuda a la restauración de la fachada y la cúpula del templo.

Gracias a estos últimos trabajos, se podrá disfrutar en Murcia de un singular conjunto monumental totalmente reformado, enclavado en el límite oeste de la antigua ciudad, que comprende la iglesia de San Andrés (erigida en el siglo XVII), la capilla de la Arrixaca (siglo XVIII), el Museo Salzillo –al que se incorporó la fachada del Palacio Riquelme, del siglo XVI, en la calle Jesús Quesada Sanz– y la iglesia de Jesús. Se recuperará así una parte del patrimonio arquitectónico murciano máspreciado.

Con estas iniciativas, a través de su Fundación, Cajamurcia quiere, una vez más, prestar su apoyo a

la conservación y difusión de la obra de Salzillo con el fin de situar su nombre, su obra y sus indudables aportaciones artísticas en el lugar que merecen. Una causa común que compartimos con la Real y Muy Ilustre Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno y con las instituciones públicas murcianas.

En este contexto pretendemos también dar a conocer las potencialidades culturales de la Región de Murcia como cuna de un legado histórico-artístico merecedor de una adecuada proyección exterior.



DETALLE DEL PASO DE LA CAÍDA





Romancero de procesiones

Cuando leemos algunas de las relaciones o memorias de los viajeros que anduvieron por España durante los siglos XVII y XVIII, pronto vemos que una de las cosas que más les llamaron la atención, junto a las corridas de toros, fue el gran número de procesiones que por los motivos más diversos, como podían ser la festividad de un santo, la celebración de alguna de las advocaciones de la Virgen, la entrada en la ciudad de una reliquia llegada de lejanas tierras, el traslado del Santísimo..., se llevaban a cabo en ciudades como Madrid, Toledo, Sevilla, Valencia... destacando sobre todo la del Corpus y las del Viernes Santo. Las ciudades, esos días, se transformaban: las fachadas de las casas se adornaban con colgaduras y tapices, las calles se poblaban de una multitud que esperaba la hora en que se iniciaba el paso del cortejo con las filas de los cofrades de las diferente hermandades portando hachones encendidos, los miembros de los gremios con sus estan-

dartes, los clérigos, los miembros de la nobleza y los Consejos, los alcaldes de Corte y regidores, Corporaciones municipales, caballeros de las órdenes militares, y en algunas ocasiones los miembros de la casa real, y hasta el mismo rey, con acompañamiento de coros cantando a los acordes de la música..., y desde finales del siglo XVI, los llamados “pasos” o presentaciones plásticas de las diferentes secuencias de la pasión de Jesucristo, que eran portados sobre andas, y por encima de todo, en las que eran consideradas de penitencia, los que

portaban hábitos con capirotos que les ocultaba el rostro en señal de humildad, así como arrastraban cadenas, se flagelaban o se mostraban con la cabeza cubierta de ceniza.

Las descripciones que nos han dejado los escritores costumbristas, como Francisco Santos y otros muchos, nos dicen cumplidamente de los pormenores más diversos acumulados en estas ceremonias piadosas que deben ser comprendidas dentro de lo más representativo de un sentimiento de religiosidad



REPRODUCCIÓN DEL PERIÓDICO "ESTAMPA". IMÁGENES CONFITERÍA ROS



popular, y menos popular, que se amoldó en todo a los presupuestos religiosos emanados del Concilio de Trento y de los que le siguieron. Y junto a todo ello, no faltan en dichas referencias pormenores de todo tipo, entre los que destaca el hecho de que para no faltar a lo dispuesto en el precepto del cumplimiento del ayuno, en determinados días se podían tomar algunos caramelos a modo de recurso para entretener las fuerzas necesarias para cumplir el recorrido fijado, que pronto pasó a llamarse la *carrera*.

Pero junto a la penitencia de los que participaban en la procesión, esos caramelos que se guardaban en rudos papeles pasaron a ser algo más, pues se consideró que eran medios ideales para, en lo que era un obsequio, pasar también algunos mensajes a los conocidos que veían cómo discurría la procesión, y, sobre todo, a las muchachas que ni por un momento escapaban a la vigilancia de sus *dueñas*, celosas siempre de su fama y honra. Y de este modo, los caramelos, aparte de ser un medio de reponer fuerzas y un obsequio, también lo fue para ser utilizado como billete con mensajes cifrados de amor.

Más adelante, sobre todo durante el siglo XIX, en la mayor parte de las ciudades donde las procesiones continuaron haciéndose según las pautas de aquellos siglos, los caramelos vinieron a correr las



REPRODUCCIÓN DEL PERIÓDICO "ESTAMPA"

vicisitudes de las procesiones ante las imposiciones de circunstancias históricas que se dieron en esta centuria, las diversas revoluciones que se siguieron en orden acompasado con las contrarrevoluciones, y con ello, en numerosos casos, cuando les llegó la vez de salir a la calle, éstos desaparecieron en el mayor número de ellas, conservándose solamente en algunas ciudades andaluzas, y sobre todo en Murcia, donde habrían de llegar a ser un motivo folklórico definitorio.

Pero los caramelos de Semana Santa, junto a ser un regalo oportuno o el medio de pasar una confidencia amorosa, el pueblo vio la ocasión de hacer de ello el soporte de una humilde y expresiva *copla* que hoy, en su conjunto, podemos considerar como un verdadero cancionero menor que echamos en falta, salvo algunas pequeñas muestras, en los publicados, como el debido a Alberto Sevilla y otros más recientes. Y así, durante la segunda mitad del siglo XIX, lo que fue canción puramente popular sin ninguna pretensión, pronto pasó a las confiterías de la ciudad que solicitaron de la musa de Martínez Tornel, Frutos Baeza, Baquero, Jara carrillo y otros ingenios que les escribiesen algunas *coplas*.

La fórmula empleada en el caramelo fue la más sencilla, siendo sus ingredientes agua, azúcar del tipo llamado de *florete* y las diferentes esencias



—destacando por su aceptación la de color rosa, dicha de fresa—, para una vez bien mezclados y formada una masa, cocerla hasta obtener un punto de condensación, el llamado *punto de caramelo*, con el que, tras extenderla en el mármol, por último, partirla con un sable en formas rectangulares, hasta que llegaron las máquinas de rodillo manual. Ya sólo quedaba envolverlas con el papel de las coplas. Unas coplas que no se salieron ni lo que se dice un pelo de la ortodoxia más pura. Veamos una:

*"Jesús en el huerto solo
La Virgen el Viernes llora
Semana Santa, Salzilla
Negra mantilla española".*

Algunas de ellas no alcanzaban más allá de ser un canto a lo que eran los caramelos, aunque no faltase alguno que llevaba a un más allá, como el que decía:

*"Son tus besos, caramelos,
con una esencia tan fina,
que uno sólo de ellos basta
para endulzar la vida".*

Otras, en aquellos tiempos en que todo se hacía a mano, sus autores se aventuraron un tanto:

*"Nací entre azúcar y esencia,
Y tus manos me envolvieron,
Para ser feliz del todo,
Morir en tus labios quiero".*

Y algo más:

*"Si fuera cárcel tu boca
y tus dientes carceleros,
caramelo me volviera
porque me metiera dentro".*

Y sin llegar a la procacidad tenemos este ejemplo de que se busca algo más, aunque sin pasarse:

*"El que vaya Viernes Santo
a Jesús por la mañana,
verá de Salzilla el arte
y a las devotas murcianas".*

Desde luego, en estos días nadie corrió el peligro de ser considerado anatema, por el motivo que fuese. Pero, junto a ello, lo que dominó, dentro del gusto de la época, un tanto cursi, por qué no lo vamos a decir, fueron las de tipo religioso, que a su vez no perdían la ocasión de lanzar un "¡Viva Murcia!", de modo semejante a como suelen hacerlo con profusión en otros lugares de la Región Murciana, como encontramos en las coplas que dicen:

*"Semana Santa murciana,
perfume de azahar y pena,
pasión y amor de huertano
orgullo de España entera".*

Una de las confiterías que durante generaciones confeccionó estos caramelos fue la de Ros, que, a su vez, procuraba no dejar pasar la ocasión para que se supiera quien era quien en lo tocante a los caramelos de Semana Santa:

*"Murcia tiene los encantos
de su huerta, de su cielo,
del Malecón, de la Torre,
y de Ros los caramelos*

La pastelería Ruiz Funes pidió a poetas de la localidad como Frutos Baeza, Jaime Campmany, Juan García Abellán, Raimundo de los Reyes, Enrique Soriano, entre otros, que escribiesen algunos versos para los caramelos en lo que ya es una tradición que



ORACIÓN EN EL HUERTO EN LA PLAZA DE SAN AGUSTÍN

ha continuado la confitería Viena. Alguno de ellos dice así:

*Dulce por fuera y por dentro
Dulce por dentro y por fuera
En toda boca me encuentro
Para endulzar a cualquiera
(Juan García Abellán).*

Otro vate se dejó llevar por las asonancias y las zalamerías diciendo:

*Las personas deben ser
Igual que los caramelos:
Exquisita en el trato
Y de agradable recuerdo.
(Frutos Baeza).*

Hace unos años, un grupo de espontáneos en esto del arte de la rima mal que bien traída, confeccionaron unos caramelos para la procesión del Viernes Santo que junto a los versos llevaban dibujos coloreados de los pintores Molina Sánchez y Pedro Serna, con lo que se vino a renovar en parte ese cancionero de los caramelos, y donde hubo de todo, como vemos fácilmente en los que repartió el entonces pedáneo de San Basilio, que hicieron furor y son todavía muchos los murcianos que recuerdan dicha copla sin que le falte una letra, y

otras que podemos considera propias de nuestro tiempo como la siguiente:

*"Este rico caramelo
de esencia de bergamota,
pone la boca de dulce
y pone el cuerpo de jota".*

O la que dice:

*"Si este año mi Maruja
en la procesión no va,
no es que no sea penitenta:
es que la tengo pillá".*

Quizás un día alguien recoja estas letrillas, unas con más pretensiones, otras con la humildad propia de la copla popular, y se haga una antología en la que habrá de todo, con tono procesional y hasta de penitencia, y hasta composiciones surrealistas, como la que sigue:

*"En las naves espaciales
y en la sala de control,
los marcianos siempre llevan
caramelicos de Ros".*

Y con ello habremos alcanzado un pequeño rincón del ingenio del murciano junto a sus devociones y el amor por las cosas de su tierra.



El destino es morado

Siempre he pensado que las vivencias e historias relacionadas con el Viernes Santo, y más concretamente con la procesión de Jesús, forman parte viva de la Cofradía y, por tal causa, me atrevo a contar la siguiente historia.

Me remonto al año 1920. Por esas fechas tenía seis o siete años, y ya sentía una gran emoción cuando veía acercarse al Ángel de la *Oración*. Mi cuerpo vibraba de alegría y sentimiento cuando pasaba por delante, cuando se detenía delante de mí.

Recuerdo que mi familia tenía la costumbre de presenciar la procesión desde los balcones de la Imprenta Sánchez, pues don José y doña Remedios (los dueños) eran muy amigos de nosotros. La imprenta se encontraba en la esquina de Platería hacia Santa Catalina, en donde hoy se encuentra un establecimiento de trajes huertanos.

Cuando asomaba la *Oración* me bajaba corriendo a la puerta para que me diesen caramelos (ya existía la costumbre de obsequiar con caramelos, monas y huevos duros). Resulta que el cabo de andas de di-

cho “paso” era muy amigo de don José y desde el balcón le decía que le diera a la niña rubita que estaba abajo, y me señalaba a mí.

Lo curioso del caso es mi interés porque me diera solamente ese señor que dirigía el trono, pues me miraba con tal dulzura y afecto que me llenaba de felicidad. Se preguntarán ustedes ¿qué tiene de curiosa esta historia? Pues tiene mucho de curioso. Verán ustedes. El destino quiso que con el tiempo fuera la esposa de un hijo del cabo de andas, por lo que me fui convirtiendo en esposa, madre, abuela y bisabuela de cabos de andas de *La Oración en el Huerto*. Después de tantísimos años aún recuerdo la cara de aquel amigo de don José cuando me veía, sin sospechar que llegaría más adelante a casarme con uno de sus hijos.

Por todo esto, el “paso” de la *Oración*, desde que era una niña, después una jovencita y más tarde la esposa del cabo de andas, Pedro Zamora Lucas, ha sido para mí como un sueño, sin pensar nunca que esto me pudiese ocurrir a mí.



NIÑO ENTRE CRUCES



Como dato curioso debo decir que el que después sería mi marido, nunca me dio caramelos, pues nuestro noviazgo fue en plena Guerra Civil, y como todos saben en esos años no salió la procesión. Una vez terminada la contienda y ya convertida en esposa del cabo de andas, nunca me perdí ningún desfile, pues aparte de mi marido, pocos años después empezó a salir también mi hijo, Pedro Zamora García, a los que cada mañana de Viernes Santo vestía con sumo cariño y máxima delicadeza. Cuando falleció mi esposo, año 1964, seguí vistiendo a mi hijo hasta que se casó, llegándome el relevo en su querida esposa Maribel, que es como decir mi hija Maribel. Mi Cristo de la Oración ha permitido que también vea desfilar a mis nietos Pedro, Óscar y Maribel y con su inmensa bondad también a mi bisnieto Pedro Manuel.

Yo le pido todos los días al Nazareno que me dé muchos años de vida para seguir mirando su cara y la de ese Ángel que para mí han sido tan especiales. Aunque tan dentro están en mi alma, que los seguiré mirando desde donde esté; porque yo sé que el alma nunca muere.



ORACIÓN EN EL HUERTO. PEDRO ZAMORA GARCÍA Y PEDRO ZAMORA LUCAS



Nuevos tiempos para una antigua Cofradía

Al final, como garantizaba el sentido de la responsabilidad imperante en la inmensa mayoría de los miembros de la veterana corporación religiosa, las aguas volvieron a su cauce en el seno de la Real y Muy Ilustre Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno. La agitación es propia de los tiempos de mudanza que hemos vivido, pero a la postre debe imperar, e impera, la cordura, la conciencia de que la entidad debe adaptarse a los tiempos, lo que resulta perfectamente compatible con la pervivencia de todo el bagaje religioso, artístico y tradicional adquirido a lo largo de cuatro siglos de historia.

Cuando la autoridad eclesiástica dé el definitivo visto bueno a las renovadas constituciones (cosa que no ha ocurrido en los días en que escribo estas líneas), se abrirá una nueva etapa que debe ofrecernos los mejores frutos. Lo que nos presenta el mañana es, básicamente, una Cofradía más participativa, sin distinción entre los cofrades que cumplen en la procesión distintas funciones u oficios. Todos los nazarenos morados, y no sólo los mayordomos, como sucedía hasta ahora, podrán acceder al gobierno de la entidad, la mayor parte, por medio de su participación en los cabildos generales ordinarios y extraordinarios; los más activos, que es de desear que sean también los más comprometidos, a través de su presencia en la junta de gobierno.

Desaparece, en consecuencia, una estructura que era la propia de una sociedad y un tiempo en el que los mayordomos, miembros por lo general de las familias más notables de la ciudad, eran quienes, por sorteo, corrían con los gastos que generaba el culto y procesión en honor de Nuestro Padre Jesús Nazareno.

Era otra época, otra Murcia, otra Cofradía. Hoy, todos los cofrades arriman el hombro en la noble tarea de sostenimiento de la Hermandad, de conservación del patrimonio heredado para legarlo en las mejores condiciones a la posteridad, de mantenimiento y acrecentamiento de la devoción al Cristo de la cruz a cuestas. Y siendo así las cosas, es de justicia que entre todos participemos en la administración de los bienes que a todos pertenecen, como lo es que la mujer se incorpore también a los puestos de responsabilidad y gobierno, dando así cumplido reconocimiento a lo que es una realidad evidente en nuestra sociedad.

El presidente y su junta de gobierno van a someterse, en adelante, al periódico examen de las urnas, con lo que se pone fin a los mandatos indefinidos y se establece la posibilidad de renovar o no la confianza en un equipo de acuerdo con su trayectoria y gestión. Algo normal en una sociedad democrática y habitual en la mayor parte de las instituciones de todo orden con las que convivimos cada día, sea en el orden político, en el económico o en el social.

En definitiva, la Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno va a disponer, de manera inmediata, de unas reglas que le van a permitir seguir adelante con la labor que siempre ha desarrollado, pero con arreglo a unos esquemas adecuados a la Murcia del siglo XXI y a las demandas de la autoridad eclesiástica, a cuyos dictados están sujetas todas las entidades que forman parte de la Iglesia Católica. Así, nuestra querida y entrañable Hermandad de los Nazarenos estará en disposición de acreditar que los más de 400 años de existencia no la han envejecido, sino, al contrario, la han dotado de esa sabiduría que sólo otorgan la tradición y la historia.





Lágrimas de dolor

Su rostro se ilumina de especial manera al asomarse a la plaza San Agustín. En el camino al Calvario ha contemplado impotente la caída de su amado Hijo y cómo una mujer Samaritana le secaba con un paño su sudor ensangrentado. Ella, que no encuentra consuelo a los pies de una cruz, siente que la besa el primer rayo de sol de la mañana murciana y que toda una ciudad se identifica con su dolor buscándole una mirada que ha perdido en el infinito. Sus brazos abiertos quisieran abrazar el cuerpo

de Jesús el Nazareno, el Rey de los Judíos, el Mesías profetizado, su Hijo y el de José... que expira crucificado.

Y mientras la *Dolorosa* llora y sus lágrimas resbalan por las mejillas, unos angelotes a su alrededor se contagian del mismo sentimiento, y lo mismo le ocurre a no pocos murcia-

nos que a su paso por las estrechas y barrocas calles de la Murcia eterna sienten como si algo les pellizcase el corazón. Si el dolor tiene algo de belleza, lo cual dudo, no podría haber sido mejor expresado que por la gubia de Salzillo. Es el rostro de nuestra *Dolorosa* del Viernes Santo el de la amargura, el que mejor refleja el sufrimiento, el que expresa los suspiros, el que te rompe el alma...

Sobre un jardín de rosas y rodeada de aromas a huerta e incienso, la *Dolorosa* entra en la plaza Cardenal Belluga. Toda la iconografía de la fachada barroca de nuestra Catedral parece enternecerse en su pétrea composición. El monumento se rinde ante el dolor, y el sol, ese sol único de Murcia en la mañana del Viernes Santo, se posa ahora sobre la estrellada corona de la Señora de "los moraos" lanzando destellos hasta ese cielo azul que quiere imitar el color de su manto.



IMAGEN DE LA DOLOROSA

Llora la *Dolorosa* por las calles de Murcia y su dolor causa compasión y devoción. Sus lágrimas son perlas de cristal en las que se ve el corazón de una madre atravesado por el puñal de la sinrazón; sus lágrimas son dos aguamariñas en las que se ahogan sollozos y penas; sus lágrimas son rocío de la ma-

ñana que sólo evaporará súplicas y plegarias...

Señora del Viernes Santo, *Dolorosa* de Murcia, Madre de Nuestro Padre Jesús, Reina de la mañana, Luz de esta tierra... quisiera ser sol, pañuelo, brisa, oración... para secar tus benditas lágrimas, ya que no hay consuelo ni acción que evite tu dolor, el dolor que sólo sabe sentir una madre por la muerte de su hijo.



Amanecer en Viernes Santo

Aún está la noche cerrada y muy en el horizonte se divisan ligeros claros que anuncian la llegada del nuevo día. Se escuchan movimientos de sillas que se dejan en las aceras y, al mismo tiempo, voces entrecortadas indican que se acerca la mañana del Viernes Santo. Es en Murcia una mañana muy especial, ya que tenemos la gran suerte de que nuestros ojos puedan disfrutar de la maravillosa obra del genial Francisco Salzillo.

Cuando ya el sol intenta salir y se retira a su escondite la luna, las puertas de la privativa iglesia de Jesús se abren para dar paso a la procesión que organiza la Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno y, en los alrededores, cientos de nazarenos con túnica morada esperan el gran momento. En el interior de la iglesia los “pasos” dispuestos para salir a la calle sin faltarles ni un solo detalle. Las gentes sentadas en sillas y otros muchos de pie esperan impacientes en la típica plaza San Agustín la salida de todas y cada una de las escenas de la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

En el quicio de la puerta vemos asomar la primera escena: *La Santa Cena*, es la primera misa de la historia, es la institución de la Eucaristía, Jesús ha querido quedarse con nosotros y lo hace por vez primera en ese instante; la carne se estremece al ver con qué majestuosidad avanza lentamente hacia noso-

tros y los ojos se llenan de lágrimas al ver qué amor tan grande tiene Jesús con sus hijos.

Seguidamente *La Oración en el Huerto*, la perla de Salzillo, como dice en su obra el escritor Díaz Cassou, y siguen apareciendo, *El Prendimiento*, *Los Azotes*, *La Verónica*, *La Caída*, y por fin el Titular de la Cofradía, *Nuestro Padre Jesús Nazareno*, que emerge lentamente, con paso vacilante, los pies descalzos, rotos por la dureza del camino y el peso agobiante de la Cruz, esa Cruz que Él no merece y que nosotros hemos ganado día a día. Le pedimos infinidad de cosas,

paz para este mundo, amor y solidaridad entre hermanos, y Él sigue adelante, nos mira y nos hace ver que su amor es tan grande, que por nosotros sufre y muere... San Juan, el discípulo joven, está ya en la calle.

Y por fin un rayo de sol se estrella en el dintel de la puerta del templo para ver salir a la *Madre Dolorosa*, y como afirma Díaz Cassou hablando de la Virgen: “¡Lloráis también por mí, Madre mía!, como por todos los humanos y sentís mis dolores como de todos ... y en la inteli-

gencia misteriosa que se establece entre lo divino y lo humano, y en el acuerdo de estos sentimientos, me conmueven más vuestros dolores, porque siento ¡Señora! que hay en ellos parte de los míos”.

Se cierran las puertas de la iglesia, pues la procesión ya está en la calle y cierta sensación de alivio refresca el ambiente. Se oyen notas musicales que se van alejando poco a poco, y hasta el próximo año.



CRISTO Y ÁNGEL. DETALLE DE LA ORACIÓN EN EL HUERTO



Oiga, señor, ¿la uva es natural?

Son muchos los turistas y curiosos que cada Jueves Santo se acercan a la iglesia de Jesús para disfrutar del “museo andante” que configuran los “pasos” de Salzillo la mañana de Viernes Santo. Es el día que museo y Cofradía unen sus fuerzas para ofrecer una jornada de puertas abiertas a todo el pueblo de Murcia.

Adentrarse en la iglesia de Jesús y contemplar las insignias de Salzillo la tarde de Jueves Santo se convierte en una auténtica delicia. Para todos los que componemos la Cofradía, este día se transforma en una jornada de reflexión: es tiempo de convivencia, emoción y también de nervios, que no desaparecerán hasta momentos antes de la procesión.

La tarde de Jueves Santo el “paso” de *La Cena* brilla con luz propia. Resulta difícil explicar con palabras lo que yo siento al ver la mesa repleta de viandas que con mucho esmero han sido previamente seleccionadas por nuestra camarera.

A las cinco de la tarde, la iglesia de Jesús abre sus puertas para que durante tres horas el público pueda disfrutar de todo el tesoro salzillesco.

El Jueves Santo del año pasado me ocurrió una anécdota muy curiosa que ahora les paso a relatar.

Eran poco más de las cinco de la tarde, yo me encontraba dentro de la iglesia junto a la capilla de la Cena; al lado había un hombre mayor con un niño en brazos. El hombre, entusiasmado, buscaba el lugar idóneo para ver el trono en su totalidad. Ante tanta curiosidad y admiración, se acercó a mí y me preguntó ¿oiga señor, la uva que cuelga de la mesa es natural?.



PASO DE LA CENA

Doña María Luisa Gómez Soubrier es la actual camarera del “paso” de *La Cena* tras la muerte de su madre, en agosto de 1998.

María Luisa cuenta con la inestimable ayuda de un equipo de personas que por tradición y de forma desinteresada colaboran en la preparación y montaje de la mesa la mañana de Jueves Santo.



Ángel, Antonio y Paco forman la columna vertebral de este equipo de trabajo.

Ángel viene cada año desde Albacete, al igual que lo estuvo haciendo su padre durante muchos años para ayudar a doña María Luisa Soubrier.

Antonio, vecino de San Andrés, es perfecto conocedor de la colocación bajo la mesa de tornillos y palometas para la sujeción de bandejas, fuentes y candelabros.

Luego está Paco. Su trabajo consiste principalmente en realizar viajes con su coche y traer algunos alimentos como la fruta, el cordero, etc.

Todas las figuras escultóricas del “paso” son cubiertas con plásticos minutos después de que concluya la misa que oficia don Roberto en la capilla de *La Cena*.

Antiguamente, la uva y la piña eran traídas desde fuera de Murcia; en algunas ocasiones, el ferrocarril procedente de Madrid se convertía en cómplice para que la piña estuviese a su hora en el lugar indicado. Hoy día todos los alimentos se consiguen aquí en Murcia.

La vajilla y los candelabros son de plata y del siglo XVIII; estos últimos han sido restaurados recientemente.

La elección de la fruta resulta muy minuciosa, ya que se buscan piezas muy vistosas en cuanto a tamaño y color: las ciruelas, higos chumbos, fresones, manzanas y peras son entrelazadas y unidas entre sí con un hilo de cobre muy fino, pero a la vez muy resistente; de esta forma se consigue que no pierdan la forma en que fueron colocadas inicialmente y evitan que se puedan caer.

Cada comensal dispone en la mesa de plato y servilleta, a excepción de Jesús, que únicamente tiene el cáliz frente a él.

La uva siempre se ha colocado en la parte delantera de la mesa, pero su disposición cambió hace unos veinte años, ya que antiguamente no colgaba, y después la actual camarera tomó la decisión de que los racimos colgaran de la bandeja de forma especta-

cular. El colocar uva blanca o negra indistintamente es una decisión personal de la camarera.

La sandía está cortada de una forma muy peculiar y va colocada junto a la uva, siendo esto motivo de agradables comentarios por parte del público que ve la procesión desde lo alto. Para los espectadores de los balcones y entresuelos contemplar el paso de *La Cena* se convierte en un auténtico privilegio.

El cordero adquiere un peso específico en la disposición final de la mesa, tal vez por su enorme tamaño o por el lugar que ocupa.

La posición recostada de San Juan habilita a los espectadores de ese lado para contemplar el cordero en todo su esplendor.

Un requisito importante a la hora de elegir el cordero es el de su peso; siempre se busca que pese más de ocho, pero menos de doce Kg. Su preparación es muy minuciosa, hasta el punto de lavarlo con champú; después de asado y puesto en su bandeja es cubierto con su propia piel, detalle que consigue dar un gran realismo a todo el conjunto la mañana de Viernes Santo. Cuando el “paso” se detiene y se calza con los estantes de madera, la mesa vibra y la cabeza del cordero se mueve de tal forma que parece que está vivo.

Antiguamente, el cordero se asaba en la Fonda Negra, pero después doña María Luisa Soubrier comenzó a llevarlo al restaurante Hispano, que es donde se asa actualmente.

Todo esto viene a confirmar que estamos ante el “paso” más difícil de preparar de la Semana Santa murciana y con el esfuerzo añadido por parte de todo un equipo humano que, junto a la camarera, trabaja sin cesar a lo largo de muchas horas, con la única intención de que *La Santa Cena* luzca majestuosa la mañana de Viernes Santo.

Los cuarenta nazarenos estantes de *La Santa Cena* te damos las gracias, Señor, al brindarnos la oportunidad un año más de llevar a hombros por las calles de Murcia esta joya de Salzillo.



Salves de pasión

Quisiera aprovechar esta oportunidad que nos ofrece la Cofradía de Jesús, por medio de la revista "Nazarenos", para enviar un saludo y homenajear a todas las campanas de auroros que existen en la Región de Murcia.

Como nazareno y como murciano me emociono cada año al escuchar sus salves de pasión en la tarde de Jueves Santo.

Aunque por amistad con algunos de sus componentes permítanme que dedique este artículo a la Hermandad de Nuestra Señora del Carmen de Rincón de Seca.

Comenzaba el mes de febrero del año de gracia de 1890; las cabañuelas de agosto habían pronosticado un tiempo revuelto para esta fecha, pero al haber sido enero un mes de lluvia y frío, y por aquello de febrero al revés de enero, los murcianos confiaban en una mejoría del ambiente. La noche del día primero, un grupo de rinconeros se reúnen al amor de la lumbré para dar forma y aprobar una serie de reglas que ordenaran la vida de la Hermandad. Tras el rezo del "Ave María" y una vez encomendados a la protección de la Santísima Virgen del Carmelo, aquellos huertanos se dieron con ahínco a la tarea de dar forma y poner por escrito los primeros estatutos de su asocia-



DETALLE DE NUESTRO PADRE JESÚS EN EL PASO DE LA CAÍDA



ción. Nació así aquel primero de febrero de 1890 la Hermandad de Nuestra Señora del Carmen de Rincón de Seca.

A pesar de los esfuerzos desplegados y del tiempo invertido, no ha sido posible determinar, ni siquiera de forma aproximada, el momento del nacimiento de la Hermandad. Sabemos que a final del siglo XVII los frailes dominicos establecidos en Murcia tenían por costumbre las noches de los sábados organizar procesión en honor a la Virgen María. Durante el acto se entonaban bellas y originales canciones muy del gusto de los feligreses, que en gran número acudían a aquellas celebraciones además de la gente de la capital y quizás en mayor número acudían huertanos, especialmente cuando había que rogar por buenas cosechas, por la salud afectada por las múltiples y cruentas epidemias tan corrientes en aquella época, por las riadas, plagas y cuantas calamidades afectaban a los hombres del campo.

Conociendo la afición y facilidad del hombre de la huerta por todo lo musical, y su arraigada piedad, no resulta extraño que se adoptara aquella costumbre, trasladándose de la capital a las pedanías adoptando canto y letras en un estilo peculiar y sencillo, y que este fuera el origen de lo que en la actualidad son las hermandades de auroros.

Con el transcurrir del tiempo se fueron depurando y añadiendo escritos, consolidando y modificando letras, estableciendo normas sencillas pero útiles para la normal actividad de asociación y asociados. Sepa el lector interesado que la Hermandad custodia celosamente actas, documentos y escritos referentes a su larga andadura, y que pueden ser consultados sin ningún tipo de restricción ni cortapisa.

Para atender a los gastos de la Hermandad: misas en sufragio de las almas de los asociados, función de iglesia, procesión y fiestas de la Virgen, contribución a obras de la parroquia, novenarios, adquisición de útiles, etc; era menester conseguir fondos; la primera y principal fuente de ingresos era la

tarifa que se cobraba a los asociados, los llamados hermanos de Tarja. El pago de la cuota era imprescindible para tener derecho a voto en las juntas. Se tiene noticia de la "limosna de panizo", que consistía en la recogida casa por casa del pueblo de dicho fruto, que una vez desgranado por los hermanos y sus familias era vendido a beneficio de la Hermandad. Se tenía asimismo por costumbre adquirir pollos pequeños que se repartían entre algunos vecinos para que cuidaran de su engorde, siendo el producto de su venta íntegro para la Hermandad. Habida cuenta del carácter altruista de los hermanos y vecinos, todas estas actividades suponían buenas fuentes de ingresos, imprescindibles para el desarrollo de la Hermandad.

En la actualidad, muchas de estas costumbres han desaparecido, quedando como fuente de ingreso para atención de los gastos las cuotas de los hermanos y las subvenciones de organismos e instituciones.

Sobre la antigüedad, las raíces y el canto de la aurora se ha escrito mucho y creemos que a pesar de ello aún no se ha dicho todo.

Para la ejecución de las salves, los hermanos se agrupan en dos coros, el primero llamado guía y el segundo coro llamado "respuesta", siendo éste el más numeroso.

Son muchos y variados los estilos utilizados por la Hermandad. El grado de dificultad de alguno de los estilos, o en algunos casos la falta de voces para ejecutarlo, ha hecho que en muchos sitios se dejaran de cantar. Relacionamos a continuación los estilos que en la actualidad son interpretados por la Hermandad de Nuestra Señora del Carmen de Rincón de Seca, que no cesa en su empeño permanente de rescatar estilos olvidados y perfeccionar cada vez más los usuales. Estas son, pues, las denominaciones de los diferentes estilos que se interpretan en la actualidad: ordinario del Carmen, Salerosa, de medio verso, Araña, Lugareña, Catalana, Aragonesa-Carmelitana, de la puerta de la iglesia, Corazón de Jesús



primero, Corazón de Jesús segundo, Ligera, Seguidilla de Bullas y de Lope.

No podíamos olvidar en este artículo la figura y el papel tan importante del hermano encargado de romper las salves. Además de ser un veterano profundo conocedor de todos y cada uno de los estilos, su mayor responsabilidad es la de escoger el tono en que va a romper, ni muy alto, por la dificultad para las voces altas que ello supondría, ni muy bajo, porque la salve saldría "deslucía". La salve se rompe como hay que romperla, "más ni menos".

La aurora se compone de cuatro tiempos o ciclos:

Ciclo de pasión: comienza al mismo tiempo que la cuaresma y dura hasta el Domingo de Resurrección. Las salves de pasión entonadas en las despiertas o en la tarde y la noche de Jueves Santo son de un fondo musical muy variado, de una gran calidad, refiriéndose su letra a la pasión del Señor.

Ciclo ordinario: el Sábado de Gloria, tras la despertar de Resurrección, comienza el ciclo ordinario. Las salves en este ciclo van dirigidas a la Virgen en sus distintas advocaciones, a los santos, a los enfermos, a los niños, y si la despertar llega a una casa donde ha habido un fallecimiento reciente, se canta una salve de difuntos. Catorce son los estilos musicales utilizados por la Hermandad y unas sesenta letras.

Ciclo de difuntos: comienza el Día de Todos los Santos y termina el día 7 de diciembre, víspera de la festividad de la Purísima Concepción.

Ciclo de Navidad: con la despertar de la Purísima, que se canta en la madrugada del día 8 de diciembre, comienza el ciclo de Navidad; es el más alegre de la aurora, puesto que coincide con el tiempo religioso de más gozo.

Durante el año, con independencia de los ciclos, existen algunas fechas que por su importancia para la Hermandad vamos a citar: 19 de marzo San José, la madrugada de este día tiene lugar la despertar de San José. Al terminar, un buen chocolate caliente con buñuelos entona los cuerpos de los hermanos cantores.

Jueves Santo: quizás sea la tarde de Jueves Santo cuando el auroro se siente más identificado con su vocación en la puerta de la iglesia de Nuestro Padre Jesús al entonar las salves de "la noche de la pasión", "estando en el huerto orando" o quizás "los siete dolores". Un algo especial sube por las gargantas de los hermanos cantores; es el momento más profundamente religioso de la Hermandad; el estilo, las letras y la fecha son a buen seguro elementos catalizadores de este estado emocional.



LOS AZOTES (LA FLAGELACIÓN)

El "paso" del *Cristo del Refugio* de la Procesión del Silencio, a su entrada a la calle Trapería, marca el inicio para romper una última salve de este día y de nuevo la emoción contenida se percibe tenuemente en ese punto más ronco de las voces de los hermanos.

Quiero agradecer a todas las campanas de auroros de la Región de Murcia su aportación al folklore y a la tradición de nuestra tierra e insistir una vez más en la tarde de Jueves Santo, donde los auroros nos deleitan con sus salves de pasión.



Mi amigo Ochando

Influenciado por mis tres hijos nazarenos y motivado por mi vinculación al “paso” de *La Cena* desde hace más de cuarenta años, me he animado a colaborar con la revista “Nazarenos” al celebrarse este año su quinta edición.

Este último invierno me senté y con lápiz y papel en mano decidí escribir un artículo y dedicárselo a mi buen amigo Antonio Ochando, nazareno del “paso” de *La Cena* durante más de cincuenta años.

El Jueves Santo del año pasado fui como todos los años a ver los “pasos” a la iglesia de Jesús; nuestra costumbre siempre ha sido la de llegar sobre las cinco de la tarde y disfrutar junto a nuestros amigos nazarenos hasta las ocho, que es cuando cierran la iglesia al público para proceder al arreglo de los tronos.

Después de casi una hora de conversación y acompañado por dos de mis hijos, salí de la iglesia, crucé la calle y me senté frente a la puerta del museo a fumarme un cigarro. Cual fue mi sorpresa cuando me encontré a Antonio Ochando, gran nazareno y mejor persona; él iba acompañado de su mujer, su nueva y su hijo Pepe, nazareno estante de *La Cena* junto a mi hijo Carlos actualmente. Mientras los jóvenes se entretenían hablando de la procesión del día siguiente, yo le dije a Ochando y a Ascensión, su mujer, de acercarnos

al Tío Sentao y tomar algo. Una vez en la taberna, Ochando y yo comenzamos a recordar viejos tiempos y anécdotas del pasado. Él rompió el hielo y comenzó la conversación.

Carmelo Barba tenía plena y total confianza en mí y por eso sólo me dejó cargar en el cepo el primer año, ya que el siguiente me dio la responsabilidad de la punta vara, honor que tuve hasta el año de mi jubilación.

Nací el 28 de agosto de 1917 y recién terminada la guerra debuté en el “paso” de *La Cena* sustituyendo a un antiguo nazareno que acababa de fallecer.

También recuerdo la época en la que empecé a cargar *La Dolorosa* del Domingo de Ramos. En aquellos años la Cofradía no disponía de túnicas y

salíamos en procesión vestidos de paisano con chaqueta y corbata. Por aquel entonces la Cofradía de la Esperanza sólo contaba con tres “pasos”: *La Dolorosa*, *San Pedro* y su Titular, el *Cristo de la Esperanza*.

Ante una tertulia tan agradable y distendida se nos olvidó llamar al camarero, pero en tal que tuvimos la ocasión, le pedimos unas cervezas, un agua mineral y algo de picar. Seguimos conversando y hablando de los dos años en los que la procesión de Viernes Santo no pudo salir a la calle por culpa de la lluvia, 1969-



ANTONIO OCHANDO, ESTANTE DEL PASO DE LA CENA



DETALLE DEL PASO DE LA CENA. JUDAS Y SIMÓN

70. Aunque dicen los supersticiosos que fue Antonio "el Chichones" el verdadero culpable, al ponerse de rodillas y decir: "¡Señor, si no salgo yo que no salga la procesión!".

"A partir de entonces, lo primero que yo hacía cada Viernes Santo era mirar al cielo", comentó Ochando.

Recordamos emocionados y con lágrimas en los ojos esos años en los que el bueno de Carmelo Barba organizaba aquellas comidas tan buenas y tan abundantes, tanto en su casa de la Senda Enmedio como en el Huerto de las Bombas, y de cómo la mujer de Carmelo, apodada "la Carmela", llenaba la mesa de cerveza, vino, perdices de lechuga, pan, pelotas de merluza y de un arroz y conejo que nunca más volví a comer tan rico,

Carmelo, prosiguió Ochando, recuerdo aquel año que mi hijo Antoñico me acompañó a una de aquellas comidas; yo le dije a "la Carmela" que echara en el mismo plato arroz y conejo para el crío y para mí.

Ella dijo que ni hablar, que un plato bien lleno para mí y otro más grande para mi hijo.

También recuerdo aquel año que fui a casa de doña M^a Luisa Soubrier para tapizarle varias sillas y ella, agradecida, permitió que me sentara en torno a su mesa para compartir el desayuno. Y la anécdota que protagonizó mi hija Mari, cuando un Miércoles Santo, a escondidas de su madre, cogió el cíngulo de mi túnica y lo hizo trocicos pequeños cortándolo en pequeñas tiras y haciéndolo bolicas. La cría, ante tal travesura, salió al comedor y le dijo a su madre: ¡Mamá, mamá mira, bolicas! Tuve que coger el Jueves Santo por la mañana, deprisa y corriendo, y comprar otro cíngulo en la tienda de Antonio Zamora.

Estoy muy orgulloso de mis tres hijos, los tres han seguido la tradición nazarena al igual que mis nietos; de hecho, José Antonio es desde el año 1.998 nazareno estante de *La Cena*.

Para mi mujer y para mí, el vestirse de nazareno ha sido siempre todo un rito: enaguas bien al-



midonadas, camisa limpia, esparteñas, medias de repizco y el pañuelo que Ascensión me colocaba siempre subida en lo alto de una silla. Una vez uniformado me iba andando hasta Murcia desde Santo Ángel, pueblo en el que vivíamos en aquella época.

Ascensión levantaba muy temprano a los tres críos y los llevaba a la plaza Santa Catalina, delante de "La Unión y el Fénix", donde una amiga de la familia les guardaba las sillas todos los años.

Recuerdo aquel año en que llevé a mi hija María casa de Carmelo Barba. Éste la bajaba al huerto y le daba flores de todo tipo. La cría ilusionada subía del huerto apresuradamente y me daba a oler todas las flores que le había dado el tío Carmelo.

La curva de la Lisona, de lencería a San Nicolás, era una maniobra muy difícil y complicada, al igual que las cuatro esquinas, donde en una ocasión me las vi y me las deseé porque tomé la curva hacia Platería totalmente solo en la punta vara, ya que no estaban ni el tronco ni el punta de tarima, cosa que a Carmelo Barba le sentó muy mal, ya que después pudimos comprobar que en esa tarima faltaban dos nazarenos más.

Hubo una anécdota muy graciosa el año que saqué a mi hijo Antoñico detrás del "paso" por primera vez; a mitad de carrera se me acerca un compañero del "paso" y me dice: "¡Ochando, tu hijo se está meando!". El crío se me acercó y me dijo: "¡Papá, que me meo!". Yo ni corto ni perezoso, llamé a Carmelo Barba y le pedí por favor que la próxima parada la hiciera junto a una boquera de alcantari-lla que había en Frenería. El crío, aprovechando la ocasión, se metió debajo del "paso", se arremangó la túnica y meó plácidamente; mirándome con cara de angelico, sonrió, ya que se estaba quitando un gran peso de encima.

Ascensión interrumpió la charla y nos habló de una anécdota que ella presencié un año en la plaza Santa Catalina. Un nazareno se acercó a una

mujer que estaba cuatro sillas más allá y le preguntó si era la mujer de Ochando. Ante mi asombro y el de mis tres hijos, la mujer contestó que sí, y todo por un puñado de caramelos. La verdad es que por no liarla preferí callarme. Yo sabía que ese nazareno intentaba devolver el favor a mi marido, ya que Antonio siempre le daba caramelos a su mujer y a sus hijos.

Ochando, tras la intervención de su mujer, continuó hablando y recordando viejos tiempos, como aquel año que salió en la procesión convaleciente de un esguince de tobillo y en la calle del Carril empezó a cojear. Finalmente, aún con el dolor, pudo aguantar toda la procesión.

Un año, Carmelo Barba se vio obligado a expulsar de la procesión a un sobrino suyo; cuando el "paso" de *La Cena* iba ya por la calle Vidrieros apareció por la puerta del bar Guinea "Pedro el relojero", borracho como una cuba; Carmelo, discretamente, se acercó a él y lo expulsó de la procesión, a la vez que le dijo: ¡jogaño no sales! al año que viene no sales.

Recuerda Ochando como si fuera ayer de cuando los "grises" salían en procesión escoltando al "paso" de *La Cena* y en Platería, aprovechando el poco público, se fumaban sus cigarrillos y llenaban sus cartucheras de los caramelos que les entregaban.

Hubo un año, afirmó Ochando, que se me hizo tarde y llegué a la iglesia con el tiempo justo; al acercarme a mi punta vara con el trono todavía en los banquillos, vi una almohadilla que estaba atada en mi sitio; la desaté, la tiré bien lejos y até la mía; dicen que el dueño de aquella almohadilla todavía la está buscando.

Tanto Ochando como yo deseamos que nuestros sucesores en el "paso", mi hijo Carlos, su hijo Pepe y su nieto José Antonio, lleven *La Cena* por las calles de Murcia con el orgullo y la satisfacción con la que durante tantos años lo hemos hecho nosotros, dos viejos que hoy cuentan sus batallitas, sentados tomando cañas, en la taberna del Tío Sentao.



De cómo convertir la plata en oro. Historia y técnica

Entendiendo el dorado de una superficie como el recubrimiento de ésta por una fina lámina de oro, intentaremos brevemente seguir la historia descubriendo modos y estilos de este difícil arte.

Desde la Antigüedad ha existido el gusto por enriquecer objetos de naturaleza más pobre mediante el laminado de este preciado metal; dado que el oro siempre ha sido caro, se aprendió pronto a estirar y adelgazar mediante laminación y martilleo para poder dorar cada vez superficies más grandes con la misma cantidad de peso de oro.

El oro se usa en aleación con otros metales como son la plata, el níquel y el bronce, que lo dotan de mayor dureza y, dependiendo del predominio de uno u otro, determinan su color.

El proceso para convertirlo en finas hojas, a grandes rasgos, ha sido siempre el mismo, manual y delicadísimo; en la Antigüedad se llevaba a cabo en los talleres de los batidores de oro. En Florencia en el Renacimiento, los "battiloro" utilizaban para conseguir la hoja de oro los sobrantes de la acuñación de los florines. Después de la fusión tenía lugar una primera batida (a base de golpes) del trozo de oro, que luego se cortaba en cuadrados de dimensiones establecidas y se introducía entre hojas de pergamino o piel, batiéndose una vez más hasta alcanzar la medida y espesor de hoja deseadas. Este procedimiento se ha usado



REINTEGRACIÓN DE FALTANTES SOBRE SUPERFICIE CORLADA CON PAN DE ORO FINO



ESTADO INICIAL DE LA SUPERFICIE. SE OBSERVA LA OXIDACIÓN DE LA PLATA POR LA PÉRDIDA DE CORLA



durante siglos, continuando incluso en nuestros días en talleres artesanos que afortunadamente mantienen viva esta tradición; indudablemente hoy contamos con la ayuda de máquinas que aceleran y abaratan el proceso.

El uso habitual de este metal como ornamento continuó hasta la Edad Media, momento en el que por razones esencialmente económicas comienzan a usar la plata (la fabricación del pan de plata es exactamente igual a la del pan de oro, con la única diferencia que al ser menos maleable la hoja resulta mas espesa) y el estaño en hojas, coloreándolo con un barniz de color amarillo transparente, obteniendo un resultado de color y brillo muy similar al oro; es lo que se denomina corla. En un primer momento su uso se limitó a molduras, pasando poco a poco a generalizarse en retablos, fondos, tronos, etc.

Para la simulación del oro se utilizan una serie de sustancias resinosas de origen vegetal y animal extraídas de raíces, cortezas y secreciones de plantas en su mayor parte tropicales. Las recetas varían enormemente en relación a períodos y lugares de uso, si bien la base son siempre colores mordientes solubles en alcohol (extraídos de las resinas), combinados con solución de goma laca que, junto con la función estética de imitación, actúa también como aislante de la hoja metálica impidiendo su oxidación.

Los colores base sobre los que se realiza la corla son el rojo, verde y amarillo; dependiendo de la maestría del artesano, se podía llegar a conseguir una tonalidad exactamente igual a la del oro fino. Un ejemplo de esto lo tenemos en el trono de *Nuestro Padre Jesús*: los dos pisos superiores muestran una corla tan exacta que permitió durante su restauración la reintegración de faltantes con el uso de pan de oro fino; este trono también nos sirve de ejemplo para observar otro tipo de corla más fría y amarilla en el piso inferior, resultado de la ampliación del trono para dar una mayor capacidad de estantes.

Las corlas pueden alcanzar una gran variedad de tonos en función del predominio de una u otra resina; igualar una corla es sumamente difícil, ya que, aunque contamos con numerosas recetas de la Antigüedad, cada maestro utilizaba sus propios "trucos". Incluso el modo de aplicación es todo un arte en sí. Corlar una superficie plateada incluso hoy día supone un reto para el dorador, entendiéndose claro está el querer conseguir un resultado cromático creíble y una superficie lisa y sin acumulaciones. El barniz corla debe tener buena flexibilidad, pero ser a la vez suficientemente denso, de forma que cubra y colorea a ser posible desde la primera pasada la hoja de pan de plata. Me remito nuevamente al trono de *Nuestro Padre Jesús* como ejemplo de máxima calidad.



DETALLE DE RESTAURACIÓN CON PAN DE ORO FINO DEL TRONO DE NUESTRO PADRE JESÚS



TRONO RESTAURADO



Recuerdos

El año 1982 había que empezar a organizar los actos del bicentenario de la muerte de Salzillo. Yo de verdad no me encontraba en condiciones de asumir todo el trabajo que dicha organización llevaba consigo, además de haberseme duplicado el trabajo en la Universidad con motivo de la nueva organización debido a la implantación de los ordenadores.

Para comenzar a programar los actos del bicentenario teníamos una reunión el 20 de enero de 1982. Yo pensé que si había de pedir el relevo, cuanto antes mejor, para dar tiempo al que me sustituyera a trabajar y programar los diferentes actos; por ello presenté esa tarde mi carta de dimisión. Ésta, un poco a regañadientes, fue aceptada. Por tanto estuve de secretario desde abril de 1971 a enero de 1982, casi 11 años.

Una tarde de enero de 1984 me paré a saludar a D. José Carmona y nuestro presidente, junto a la desaparecida Imprenta Jiménez en la plaza Fontes, donde yo iba a corregir unos impresos que me estaban haciendo. Nada más me acerqué y casi ambos al unísono me preguntaron si quería ser el secretario del Cabildo Superior de Cofradías, ya que Luis Baleriola había pedido su relevo como tal (Baleriola ha vuelto a ser secretario tras mi dimisión). Acepté, ya que mi vinculación nazarena casi me lo "exigía". Tomé posesión del mismo el día 22 de enero de 1984, cargo que he desempeñado hasta mayo de 1997, en que tanto Carmona como yo cesamos en los cargos de presidente y secretario. Al siguiente año, 1998, fui nombrado Nazareno del Año.



NIÑO PORTEADOR DE LA SECCIÓN DE BOCINAS



Hay en mi vida nazarena alguna anécdota que me gustaría fuese conocida.

Los años 1969 y 1970 llovió y no salió la procesión. Esos años, un murciano, Antonio García Jiménez, quería desfilarse en nuestra procesión sin seguir los obligatorios trámites para ello. Llegó ambos años a la puerta con túnica no reglamentaria y una cruz que él se había hecho. Arrodillado delante de la puerta pedía que lloviera más y más, ya que a él no le dejaban salir. Juan Hernández, nuestro cura Juan, trataba de hacerle entrar en razón, pero ni por esas; él se salió con la suya y tanto uno como otro año llovió.

A primeros del año 1971 vino a verme a mi oficina, me contó su historia, que quería ofrecer a su madre muerta ese sacrificio. Yo pensé que como mayordomo de promesas que era podía reglamentariamente solucionar su promesa. Así que escribí una petición de túnica en carta que él me firmó y de esta forma el Viernes Santo del año 1971, el primero de la fila izquierda y con cuatro cruces, Antonio García Jiménez, cumplió su promesa, siendo un día espléndido de sol en que una vez más se lució nuestra procesión. Así acabó lo que la gente ya decía que era la "maldición" de Antonio.

Recuerdo un año que, acabada la procesión, se me acercó una señora para pedirme unos dátiles de la palmera de la *Oración*. Se los pedí a nuestro amigo Pedro Zamora, se los di y me olvidé de ello.

Pasaron dos años y al entrar la procesión, alguien me avisó que había una señora que tenía mucho interés en saludarme. Me acerqué y una señora que había a su lado me mostró un bebé y me dijo que era el producto de los dátiles. Dándoles la enhorabuena me alegré mucho de ello.

Un día, Carlos Carrión (q.e.d.), siendo yo todavía secretario, me dijo que tenía que salir a buscar aros de espinas para ponerlos en la mano del sayón de *Los Azotes*, ya que los que tenía eran muy viejos y las espinas se estaban cayendo. Le dije que yo me ocuparía de ello y una tarde salí a buscarlos. En el ca-

mino de La Ñora a la Ribera de Molina vi un árbol que tenía las ansiadas ramas espinosas. Me acerqué y con los alicates que llevaba en el coche comencé a cortar algunas ramas. Apareció una señora y al preguntarme para qué eran las ramas y por qué las cortaba, le dije para qué eran y me contestó: "Pues sepa usted que lo íbamos a arrancar, pero se queda ahí para cuando venga usted otra vez". Ya no he vuelto.

El 17 de abril de 1971, Viernes Santo, estando el "paso" de *La Cena* parado delante de la puerta del Obispado, porque hacía unos minutos que había comenzado a llover, nuestro presidente citó verbalmente a cabildo allí mismo. Yo como secretario llamé y cité a los Sres. mayordomos de promesas y de la *Santa Cena* y presididos por el Sr. De la Peña se comenzó con el tradicional Padrenuestro, y cuando estábamos deliberando qué convenía hacer, se oyeron voces de "fuera paraguas" que ya no llueve y se acordó seguir la procesión, adelantándome yo hasta la Cuatro Esquinas, en donde estaba parado el estandarte mayor, dando la orden de seguir la carrera y entramos en Jesús con un espléndido sol. Cuento esto porque es posible que sea el único cabildo de Jesús que se ha celebrado en la calle y cuya acta consta en el correspondiente libro.

Y termino. El pasado año 1998 llegué tan contento y ufano a participar en mi procesión número 51, a las siete y cuarto a la puerta de Jesús, para dejar mi cetro y capuz en la puerta principal, desde donde por mi cargo de mayordomo regidor de estandarte mayor, debo a las ocho en punto dar la orden para que se abra la puerta. Alguien que estaba en la puerta del Museo me dijo: "Te has olvidado de ponerte el cingulo". En efecto, mi sorpresa y disgusto fueron mayúsculos. Menos mal, nuestro Padre Jesús siempre nos protege, que en ese momento llegó un coche que dejó a una nazarena, le pedí el favor que me llevase a mi casa y así pude participar correctamente en nuestra procesión.

Este artículo es continuación y final del publicado en el número tres de nuestra revista "Nazarenos".



Bajo un capuz “morao”

Papá, llévame a la procesión. Pronunciadas con cierto tono de súplica eran las palabras que yo más repetía cuando llegaba la Semana Santa. Hacía más de un mes que se escuchaba en las calles del barrio de Vistabella el eco de los ensayos de la escuela de tambores y carros-bocina de los 'coloraos'. Los redobles anunciaban la llegada de la Pascua, cuyo significado cristiano ya se había encargado don Roque, el párroco, de explicarnos los viernes de catequesis.

Conseguir que me llevaran a la procesión nunca fue tarea fácil. Mis padres echaban de menos su querida tierra, Águilas, y solían aprovechar las fiestas para hacer una escapada. (Querían reencontrarse con

el mar, responder a su llamada, algo que sólo comprendí más tarde, cuando descubrí el fuerte influjo que ejerce la mar si se ha nacido a su lado.) Tal vez por eso, y a medida que pasó el tiempo, mi frustración nazarena se acrecentó. Deseaba ponerme un capuz y recorrer mi ciudad. Llevar medias de repizco, preparar bonitas bolsas de tela con monas y huevos duros que atesoraría en mi buche, lleno a rebosar.

Con los años, ese deseo había persistido, aunque conseguía atenuarlo con ineludibles citas. Cada Jueves Santo presenciaba la Procesión del Silencio en la plaza de la Cruz. Mi cuerpo se estremecía cada vez que el Cristo pasaba delante de mí, con su rictus de dolor, mientras se escuchaba el cántico de una coral



DETALLE DE NAZARENO PENITENTE



o alguna saeta. El olor a incienso, el sobrecogedor recogimiento de los nazarenos vestidos de riguroso luto, la sombra de la cruz proyectada sobre una de las paredes de los soportales de la Catedral cuando el "paso" doblaba la esquina... Me era imprescindible repetir esa visión que me enmudecía cada año y me recordaba, en medio de mi conmoción, mi compromiso cristiano.

Por pura casualidad, alguien me propuso el año pasado ser nazarena. Por fin iba a tener la oportunidad de cubrir mi rostro con un capuz para procesionar el Viernes Santo por la mañana. Los hados se pusieron de mi parte para que yo pudiera cumplir mi sueño, ya que era el único día de la intensa y dilatada Semana Santa murciana que no trabajaba. (Sólo tres veces al año no hay periódico, y ése era uno de ellos.)

Debía encabezar la procesión de Nuestro Padre Jesús Nazareno en la Hermandad de Promesas. Llevaba un año escribiendo sobre fiestas y tradiciones, y quería saber exactamente qué es una procesión. También necesitaba respuestas. ¿Qué comparten miles de personas en Murcia para no faltar nunca a esta cita devocional? ¿Por qué se están revitalizando las cofradías cuando vivimos en una sociedad carente de espiritualidad y de valores humanos?

Debajo de un capuz se transforma la visión del mundo. Las dos exiguas aberturas para los ojos reducen tanto el campo de visión que la cabeza debe girar siguiendo el movimiento de los ojos para poder distinguir algo con nitidez. Cuando la tela te cubre el rostro, se inicia de inmediato una dimensión temporal distinta. Como si inconscientemente descubrieras su simbolismo y tu mente comenzara a reflexionar. La intimidad que adquieres bajo el capuz provoca la necesidad inmediata de comunicarte con tu interior. El aislamiento, el silencio (ese ensordecedor silencio, sí, porque su ausencia se convierte en presencia, por contradictorio y paradójico que parezca), te hacen entrar en una dimensión desconocida que se apode-

ra de tu alma durante todo el trayecto. Se escuchan los redobles del tambor (en el exterior). Hace algo de frío y mucha humedad. Los músculos ateridos agradecen el inicio de la procesión con las primeras luces del alba. Diez minutos más tarde, el cuerpo físico se rebela por el peso de la cruz sobre el hombro. (Alguien me aconsejó colocar una almohadilla para reducir el contacto entre la madera y la clavícula.) Olvido mis lamentos. Salgo del aturdimiento gracias a que un niño me requiere. Me dice que le dé "un caramelo". Al recibirlo se le ilumina la mirada y las zozobras se disipan milagrosamente.

Los minutos pasan, pero no tan rápido como una desearía. A cada paso, la cruz que parecía al principio tan liviana se ha transformado en un clavo que te atraviesa el hombro y llegas a cuestionarte la ligereza con la que aceptaste salir en la procesión. La desolación es momentánea. Bajo el capuz redescubres la belleza de Murcia. Su olor, su luz, el cariño de la gente que arropa siempre a los nazarenos en su soledad. Intuyes que esos niños han dado mucho la lata con el fin de que sus padres madrugaran para llevarles a la procesión de los 'salzillos'. Y te enterneces cuando escuchas a una abuela explicarle a su nieto quién es Judas y porqué está besando a Jesús. Y te asombras viendo a un nazareno delante de ti, descalzo, con tres cruces y con los pies ensangrentados.

El próximo Viernes Santo volverá a salir en procesión la Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno, como lo hiciera hace cuatrocientos años. Mil seiscientos nazarenos se echarán a la calle para preservar la tradición. La Semana Santa 2002 tendrá un significado muy especial. Los "pasos" del insigne escultor Francisco Salzillo saldrán de su nuevo museo, recientemente remodelado y preparado para una nueva época. Será también la primera procesión tras la reforma de las constituciones, adaptadas al Código de Derecho Canónico, y que permitirá que cualquier cristiano, sin distinción de nacionalidades, pueda, como lo hice yo, llevar un capuz "morao".





Imágenes para una procesión

Fotografiando la obra del escultor Salzillo

Con las primeras luces del Viernes Santo, Murcia amanece expectante, reviviendo el rito pasional de la crucifixión de Jesús. Las imágenes de Francisco Salzillo salen de su recogimiento anual en las capillas de la iglesia-museo y se reencuentran con la ciudad; que las recibe con el corazón abierto, vestida de primavera.

En el interior del templo, el sol al contraluz recorta la figuras de los nazarenos estantes, que van apareciendo en el claroscuro, como llegados de otras épocas.

El cortejo serpentea ya por las calles de la antigua ciudad. Los “pasos” procesionales parecen ir posando de uno en uno frente a los viejos edificios, evocando estampas del siglo XVIII. Comienza así el gran espectáculo visual, impregnado de una luminosa belleza.

Durante años, como fotógrafo, he vivido esos instantes con emoción, concentrado de principio a fin de la procesión, tratando de percibir cada detalle, cada momento; como en un trance personal, dejándome llevar por calles y plazas al ritmo jadeante de los nazarenos estantes.

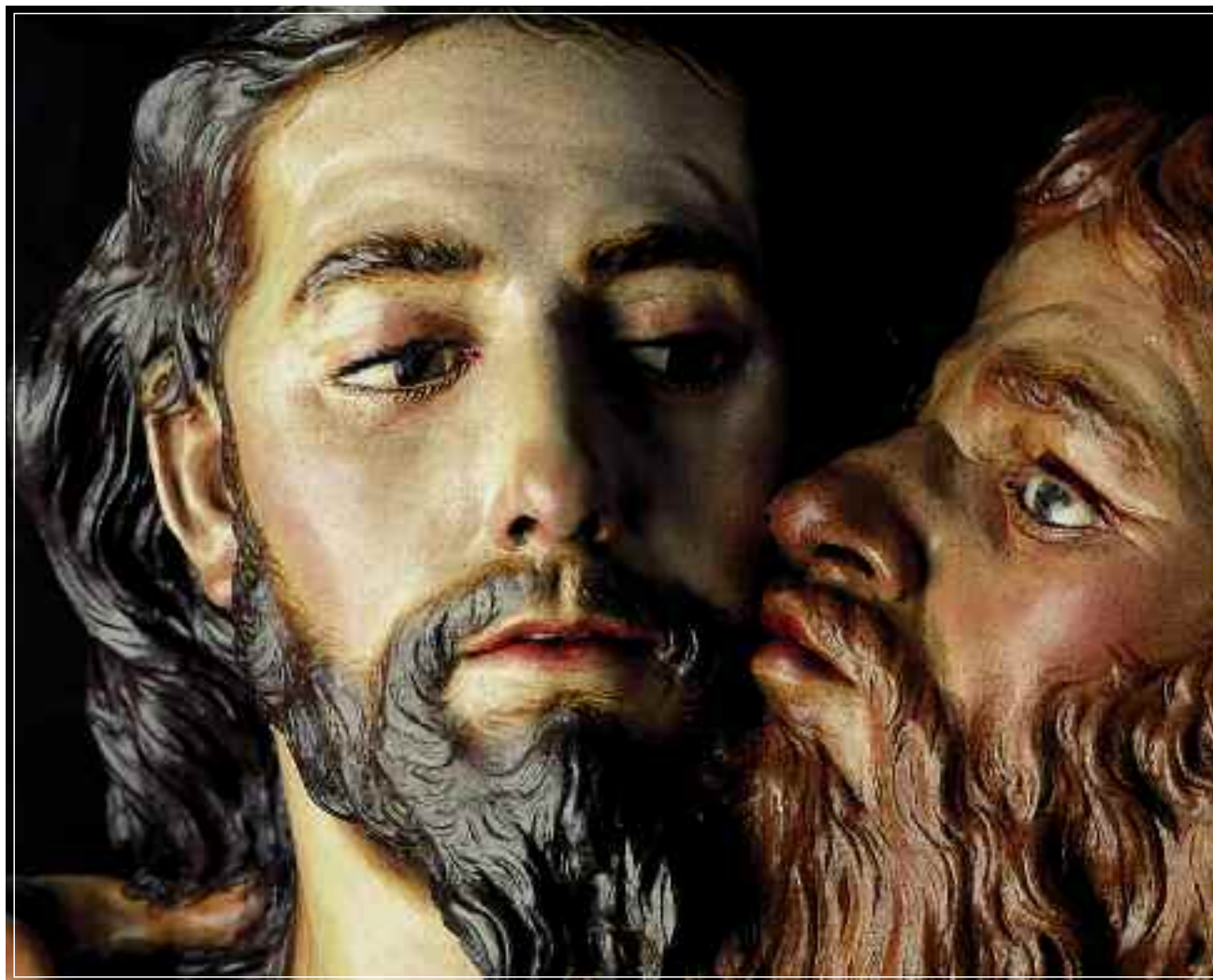
Las imágenes comparten el protagonismo con el público y la ciudad. Ciudad que se ha convertido para la ocasión en un gran escenario teatral; todo unido configura un gran mosaico, donde las policromías son como una prolongación del color y la luz de la ciudad huertana, y la escenificación barroca parece estar hecha a imagen y semejanza del temperamento apasionado y vital de sus habitantes.



VERÓNICA EN LA CALLE SALZILLO



CONTRALUZ A LA ESPERA DE LA SALIDA DE LA PROCESIÓN



EL BESO DE JUDAS. PASO DEL PRENDIMIENTO

Imágenes para un museo

La contemplación de las imágenes en el museo nos da una visión diferente, individualizada, lo que aporta a cada una un protagonismo especial, más allá del grupo del que forman parte.

Aquí la iluminación personalizada y el encuadre, permiten el estudio de los personajes. Cada gesto, cada emoción puede ser aislada y enfatizada con la fotografía. La tridimensionalidad de la escultura plantea la visión desde múltiples puntos de vista, que llegan a parecer infinitos. No se trata únicamente de conseguir una bella imagen de una bella escultura, sino de intentar comprender la intencionalidad

del escultor en ese personaje para tratar de expresarla con la mayor claridad.

Recuerdo algunos momentos, normalmente después de unos minutos de pausada observación, al conseguir la conexión con la obra, y percibir su sentido esencial, las lágrimas brotando de mis ojos, después de sentir una emoción intensa. Lo que me recuerda la dimensión espiritual y trascendente que encierra el arte.

Salzillo conseguía encarnar los estados del alma humana en sus esculturas y resulta muy evidente en la proximidad de muchas de sus obras la sensación de estar ante algo vivo, animado, que expresa una vivencia con intensidad.



El Convento Agustino de Murcia en el origen de la Cofradía de Nuestro Padre Jesús

Los orígenes de la Cofradía de Jesús de Murcia son atribuidos, a veces, a un desconocido precedente nazareno del que realmente nada hay documentado. Por el contrario, la influencia de los agustinos sí parece que fue directa, como en otras poblaciones, y éste va a ser el objeto de nuestro estudio.

De hecho, en una copia de las constituciones de la Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno¹, hecha por Damián Ferrer y Pedro Castaño, mayordomos en 1653 y 1654, se dice²: "Que los primeros cofrades de la dicha Cofradía los ha de escoger y nombrar el dicho Padre Prior, de quien se tiene toda satisfacción"; "los que hubieren de ser recibidos por cofrades para siempre jamás ha de ser en cabildo a voto y parecer del dicho Padre Prior", "y sean recibidos por votos secretos en manos del Padre Prior"; "y la dicha procesión se rija por los dichos mayordomos y no por otra ninguna persona, salvo el Padre Prior o el religioso que él ordenare". Entresaco estos textos porque muestran la unión tan grande que había entre la Cofradía de Jesús y el Convento de los Agustinos, ya que mi intento es precisamente el de analizar la influencia de los agustinos en la fundación de la Cofradía y su contexto histórico.

1- La difusión de las Cofradías de Nuestro Padre Jesús.

La copia que he mencionado de las constituciones fue realizada, curiosamente, al mismo tiempo que se tramitaba la fundación de otra Cofradía de Nuestro Padre Jesús, la de Mazarrón, con unas constituciones que debieron ser sacadas de las de Murcia³. Pero sucede, en realidad, que la fundación de la Cofradía de Jesús de Murcia se sitúa en una corriente específica

de difusión de cofradías nazarenas, a finales del siglo XVI y durante el XVII, diferentes de otros dos grupos de cofradías, las de la Preciosísima Sangre y las de la Vera Cruz, vinculadas asimismo a congregaciones religiosas⁴. Se trata, en definitiva, de "familias religiosas de cofradías", es decir, de grupos de cofradías vinculadas por una institución religiosa que las anima.

La fundación de la Cofradía de Jesús en Murcia, presidida por el prior del Convento de la Orden de San Agustín, coincidió con la de una Cofradía del mismo nombre en Valladolid, entonces (y hasta 1606) residencia de la Corte, y también en un convento agustino, ésta en 1596⁵. Por otra parte, de forma semejante la Cofradía de Jesús de Murcia se comprometió en sus constituciones a procesionar, además de una imagen o "insignia" de Jesús, con otra de San Nicolás de Tolentino⁶, un santo agustino a quien la Cofradía de Jesús de Valladolid nombró copatrono y celebraba su fiesta. No son casualidades, sino circunstancias que responden a una misma influencia, la de los frailes agustinos en ambas cofradías de Jesús.

2- La presencia de los agustinos en Murcia.

En 1579, los agustinos se instalaron en la Ermita de Nuestra Señora de la Arrixaca. Ésta tenía un gran arraigo en la historia de Murcia. La fundación del convento de frailes agustinos de Murcia⁷ se retrasó hasta 1514-1515, primero provisionalmente en la Ermita de San Sebastián. El *Alphabetum Augustinianum* de Tomás de Herrera, publicado en Madrid en 1664⁸, que constituye una fuente fundamental para la historia de las provincias agustinianas de Castilla y Andalucía, da quizá por error la fecha de 1541 y señala



NUESTRO PADRE JESÚS

su pertenencia a la provincia de Andalucía, en 1644, aunque esta provincia se constituyó definitivamente en 1582.

El traslado del convento Agustino de Murcia a la Ermita de la Virgen de la Arrixaca planteó el problema de la Ermita y Cofradía de San Sebastián, pues la Cofradía pretendió trasladarse con la comunidad de agustinos a la Arrixaca y la Ermita de San Sebastián quedó abandonada, por lo que muy pronto se acusó su deterioro, y a lo que se añadió la pretensión de los agustinos de venderla. Podemos aportar en apoyo de lo primero la información de otro documento, de 1581, por el que mayordomos y cofrades de San Sebastián daban poder a varias personas para que trataran con los agustinos el traslado de la Cofradía a la Ermita de la Arrixaca, pero bien situada⁹.

La experiencia del traslado pudo servir a los agustinos cuando en 1600 fue fundada la Cofradía de Jesús, pues las funciones atribuidas al prior del convento fueron notables, como la de nombrar a los primeros cofrades o la de que le fueran presentadas las propuestas de nuevos cofrades.

Esta fundación ha de relacionarse, además, con la aplicación del Concilio de Trento, a la que estuvo dedicada en la Diócesis de Cartagena la actividad del obispo Sancho Dávila con gran influencia, pues fundó el Seminario y aprobó las constituciones de la Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno¹⁰.

También en este contexto se comprenden los artículos de las constituciones de la Cofradía de Jesús que disponían que los cofrades confesaran y comulgaran en determinadas fechas en los conventos tutelares.

Muy relacionado con el impulso del movimiento contrarreformista estaría también la búsqueda de indulgencias mediante concesión pontificia. La Cofradía de Jesús la obtuvo al poco de su fundación, en 1602, según el auto de pertenencia de la Capilla de Jesús, y no en 1502, tal como alegaba la Cofradía en contestación al convento¹¹, pues en dicho año no existía ni el convento Agustino ni la Cofradía.



Esta bula distinguía también a la Cofradía de Nuestro Padre Jesús de otras cofradías, sobre todo de las antiguas, llamadas también "devociones", pues no eran auténticas cofradías, ya que no habían sido aprobadas por una autoridad eclesiástica superior. La bula, en este sentido, le daba mayor realce a la Cofradía, por todas las gestiones que había tenido que hacer en Roma para conseguirla.

3- La proyección del Convento Agustino: protección del canónigo Juan de Orozco, don Salvador Fajardo, Cristóbal Galtero y otros.

La fundación de la Cofradía de Jesús se dio en un período de prosperidad del Convento Agustino, es decir, supone en cierto modo la proyección de la acción espiritual de dicho convento, un patronazgo espiritual, lo que implica también una capacidad de maniobra, una cierta desenvoltura. A ésta pudo contribuir quizá la estabilidad y madurez alcanzada por el convento.

El Convento de San Agustín de Murcia no es conocido precisamente por sus grandes relaciones con la institución concejil de Murcia o con la oligarquía local de la ciudad, pero ello no significa que no las hubiera, e importantes.

Con el Concejo el Convento de San Agustín mantuvo las buenas relaciones que pueden dar a suponer las sucesivas concesiones de las ermitas de San Sebastián y, más tarde, de la Arrixaca. También confirman dichas buenas relaciones las limosnas que el Concejo concedió a veces a la comunidad agustina. Así la de 1578, relacionada quizá con el traslado a la Arrixaca, pero también se planteó dar con el mismo objetivo 100 ducados en 1580, una cantidad importante para la que el Ayuntamiento tuvo que pedir licencia real, "atento la pobreza del convento y que se ha de trasladar a la casa y ermita de Nuestra Señora de la Arrixaca"¹².

El convento hubo de vivir de limosnas y de rentas, como tantos otros. Las primeras debieron ser di-

fíciles de conseguir, pues estaban próximos otros conventos y las parroquias de San Antolín y de San Andrés. Todo parece indicar que hacia 1580-1585, es decir, en torno al traslado desde la Ermita de San Sebastián hasta la de la Arrixaca, los agustinos dependían aún grandemente de la limosna y quizá poco o menos de las rentas y las propiedades, aunque poco después, en 1586, recibía legados de doña María de Bobadilla y de Cristóbal Galtero¹³.

Por contraste, veinte años más tarde, cuando fue fundada la Cofradía de Jesús, la situación económica parecía haber cambiado. En el mismo año 1600, el Convento de San Agustín arrendaba o alquilaba varias casas. Una, por ejemplo, a Martín de Alca y Azorero, feligrés de San Antolín, en la calle de la Sal, por catorce ducados anuales¹⁴.

4- Las relaciones de los agustinos con la oligarquía: problemas con los Molina y el Patronato de los Marqueses de Espinardo.

En la fundación de la Cofradía de Jesús se puede observar la ausencia de miembros de la oligarquía murciana¹⁵. Lo mismo podemos decir respecto a las personas que ayudaron al Convento Agustino con pías memorias y censos, con la excepción de los Fajardo del mayorazgo del Palomar o del canónigo Juan de Orozco.

El traslado del convento a la Arrixaca no fue problemático únicamente por el abandono en que quedó la Ermita y la Cofradía de San Sebastián, sino que hacia finales del siglo XVI don Antonio de Molina Carrillo entablaba un pleito con los agustinos, reclamando su derecho de entierro en el lado derecho del altar mayor de la Ermita de Nuestra Señora de la Arrixaca, como lo habían tenido su padre, Francisco de Molina; su abuelo Alonso de Molina y su bisabuelo Diego de Molina. Alguno de sus antecesores había entablado pleito con el deán y cabildo de la Catedral por el mismo derecho, obteniendo sentencia favorable en 1553, y él la obtuvo también en 1600¹⁶. El



pleito se alargó durante todo el siglo XVII y parte del XVIII, entonces ya con los marqueses de Corvera, con quienes el convento de los agustinos llegó a una concordia en 1713¹⁷, tras otra previa con don Pedro Molina Junterón y Carrillo, marqués de Corvera, en 1678¹⁸.

En un sentido totalmente contrario, otro derecho de entierro, el del canónigo don Juan de Orozco, concertado a finales del XVI y denegado por entonces por los Molinas, pasó poco después al marqués de Espinardo, título nobiliario de principios del siglo XVII, y supuso en realidad una especie de patronazgo protector sobre el Convento de San Agustín.

La presencia del canónigo Juan de Orozco se explica porque fundó un mayorazgo que unió al instituido por su abuelo (Alonso de Tenza), en 1548, a favor de su hermano (don Alonso de Tenza Pacheco) y de sus sucesores (don Luis Fajardo, primer marqués de Espinardo). El canónigo favoreció cuanto pudo al Convento de San Agustín, por medio de donaciones y pías memorias¹⁹.

La relación con los Fajardo del mayorazgo del Palomar, luego señorío temporalmente, al principio del reinado de Felipe IV, fue menor, pues se redujo a la concesión de una renta en 1593, un censo en este caso, a favor del convento, por don Manuel Fajardo y doña Beatriz Fajardo, su mujer, consistente en 8 ducados anuales, pagaderos en el día de San Juan de junio, y de otros, procedentes quizá de don Salvador Fajardo, antecesor de los ya mencionados don Manuel y doña Beatriz, de 100 y 112 ducados, respectivamente, de principal y 33 reales y 33 reales y 33 ma-

ravedís de pensión. En los documentos relativos a esta renta se hace referencia a su pertenencia al "patronazgo de Espinel", aunque este apellido era en realidad el de sus sucesores posteriores, ya avanzado el siglo XVII o del XVIII²⁰.

5- El patronazgo del convento de los agustinos sobre la Cofradía de Nuestro Padre Jesús.

La relación entre el Convento de San Agustín y la

Cofradía de Jesús podríamos compararla a la de otro patronazgo. Si las relaciones del convento con la oligarquía murciana a finales del XVI vemos que fueron difíciles por un lado, bien podríamos considerar que esa situación inclinaría al prior del convento a mantener todo el control que pudiese sobre la Cofradía fundada en 1600 radicada en el convento. Esto es precisamente lo que llama la atención en las constituciones de la Cofradía: las prerrogativas tan grandes concedidas al prior y la vinculación de los religiosos del convento a la procesión del Viernes Santo.

La historia de esta relación es

también comparable a la de la vida humana: dependencia durante los primeros años de vida, distanciamiento a partir de una determinada época y separación definitiva al final. Para la explicación de las dos últimas se podrían articular algunos elementos de influencia, que se exponen en el siguiente epígrafe.

6- La Cofradía de Jesús y la institución de la procesión del Viernes Santo.

En las alegaciones y supuestos del pleito entre la Cofradía y el convento que se desató a partir de 1718,



NUESTRO PADRE JESÚS CON LA TÚNICA DE "BAILÍO DE LORA"



aproximadamente, se hace referencia a una fundación de la Cofradía que, aunque presidida por el Prior, no anularía una cierta entidad propia a la voluntad y exención de los cofrades fundadores: "Algunos fieles cristianos, movidos de devoción, tenían tratado instituir y fundar en dicho su Convento (el agustino) una nueva Cofradía con invocación de los Nazarenos".

La Cofradía de Jesús Nazareno introducía la gran novedad de la procesión del Viernes Santo, con intervención en ella de los agustinos, lo que le hacía depender litúrgicamente de ellos. Y lo mismo se podría decir, en cuanto a la dependencia, de la situación de su capilla en el convento. Sólo la ampliación y la remodelación de la capilla (a partir de la donación de la capilla de las Once mil vírgenes en 1626²¹ y con mayor efectividad a partir de la iniciativa de los cofrades de Jesús en 1670²², que culminaría con su finalización en 1696) daría a la Cofradía una cierta conciencia de autonomía, que no se conseguiría hasta la segunda mitad del siglo XVII. Muestra de ello sería la negociación entre el convento y la Cofradía sobre el pasadizo entre aquél y la Capilla de ésta, ya en 1694, o la habida en 1713 con el marqués de Corvera, que se negó a alargar la medianera de su capilla, cuando mandó hacer un arco de escalera con empuje a la pared de la capilla de la Cofradía²³.

La Cofradía de Jesús introdujo un nuevo tipo de procesión, más cuidada litúrgicamente, en este caso por el convento de agustinos de la Arrixaca, en el contexto de una cierta magnificencia en la celebración, que destaca en otros actos, como la celebración de la recepción de la bula, en 1602, con corrida de toros y fiesta de moros y cristianos²⁴, y que se incrementaría aún más a finales del mismo siglo XVII con incorporación de gremios a procesionar con determinadas imágenes o la introducción de otros elementos estéticos²⁵.

La iniciativa que suponía la introducción de estas medidas estéticas fue paralela con el afán de engran-

decir no sólo la procesión, sino también la capilla, como se manifiesta sobre todo con las ampliaciones y remodelaciones de la segunda mitad del siglo XVII, entre 1670 y 1696. Estas últimas serían las que darían conciencia a los mayordomos de la Cofradía de la importancia de su iniciativa, de las aportaciones de los cofrades, que fueron las que permitieron la construcción de la nueva iglesia de Jesús, y, a la larga y en definitiva, de la posibilidad de su independencia del Convento Agustino.

1. Abreviaturas: ACNPJN: Archivo de la Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno (Murcia); AHPM: Archivo Histórico Provincial de Murcia; AMM: Archivo Municipal de Murcia; APAF: Archivo de la Provincia Agustina de Filipinas.

2. ACNPJN, Libro de Actas de la Cofradía, n. 1, Constituciones, artículos 1,2 y 4.

3. Publiqué las constituciones de la Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno de Mazarrón en "Los archivos y los documentos de las cofradías", en *Cuadernos del Estero: Revista de Estudios e Investigación*, n. 4, Cartagena, 1990, pp. 99-120.

4. MONTOJO MONTOJO, V. "Las cofradías pasionarias de Murcia en la Edad Moderna: aproximación histórica", en *Revista Murciana de Antropología*, n. 2, 1995, pp. 229-249, cfr. 230.

5. GARCÍA MARTÍN, E. "Una cofradía en el convento de los agustinos de Valladolid: La penitencial de Jesús Nazareno", en *Archivo Agustinianno*, vol. LXXIX, n. 197, 1995, pp. 3-28, cfr. 7-11.

6. *Documentos nazarenos* (publicación de la Real y Muy Ilustre Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno), año 2, n. 2, Murcia, 2001.

7. TORRES FONTES, J. "De la ermita de San Sebastián a la ermita de Jesús", en *Nazarenos*, n. 1, Murcia, Real y Muy Ilustre Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno, 1998, pp. 70-73.

8. HERRERA, T. *Alphabetum Augustinianum, in quo Preclara Eremitici Ordinis germina, virorumque et faeminarum domicilia recensentur*. Tomo 2. Madrid: Tipografía de Gregorio Rodríguez, 1644.

9. AHPM, Protocolo n. 533, 28-12-1581, fs. 330v-331r.

10. CANDEL CRESPO, F. *Un obispo post-tridentino, don Sancho Dávila y Toledo (1546-1625)*, Ávila: Instituto Gran Duque de Alba y Diputación Provincial, 1968.

11. APAF, legajo 837, documento n. 6, punto o pieza 1.

12. AMM, Actas Capitulares 1578-1579, 13-12-1578, f. 158r, y 1580-1581, 30-7-1580, f. 19v.

13. APAF, legajo 801, documentos nn. 3 y 26.

14. AHPM, Protocolo n. 115, escribano Juan de Cisneros, 3-1-1600, f. 105.

15. Real y Muy Ilustre Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno. *Cuatrocientos años...* (reproducción facsímil del primer cabildo de la Cofradía de los Nazarenos, 3 de septiembre de 1600), Murcia, 2000.

16. APAF, legajo 801, documento n. 5.

17. APAF, legajo 801, documento n. 22.

18. APAF, legajo 801, documento n. 18.

19. APAF, legajo 801, documento n. 19, y legajo 807, n.1.

20. APAF, legajo 816, documentos 212-213, 1591-1714.

21. APAF, legajo 837, documento n. 6, punto 9.

22. APAF, legajo 837, documento n. 6, punto n. 38 in fine.

23. APAF, legajo 837, documento n. 6, punto n. 42.

24. APAF, legajo 837, documento n. 6, punto n. 81.

25. MONTOJO, V. "Formación de la procesión barroca murciana de Nuestro Padre Jesús", en *Murgetana*, 92, 1996, pp. 45-59.



Nuestro Padre Jesús, historia viva de Murcia

Desde aquel lejano año de 1600 en el que se firmaron las primeras constituciones de la Cofradía de Nuestro Padre Jesús por el obispo D. Juan de Zúñiga, dando carácter oficial a una Cofradía penitente –que sin duda existía con anterioridad y cuya sede canónica estaba en la antigua Ermita de la Arrixaca bajo los auspicios de las agustinas–, han pasado cuatro siglos en los que se han ido forjando una tradición, un sentimiento y un rico patrimonio artístico.

Más de 400 años contemplan la historia de nuestra Cofradía, que se funde con la propia historia de nuestra querida Murcia, siendo depositarios de uno de los tesoros artísticos más importantes de España, dándole sentido al Viernes Santo murciano, de murcianía manifiesta, de fe y de devoción en nuestro venerado Titular de blanco y dolorido rostro, de dulce mirada y que se ha convertido en el "nazareno de los nazarenos".

A lo largo de los años, nuestra Cofradía, fiel a los principios constitucionales, ha ido adaptándose a los tiempos, creciendo en devoción y sorteando obstáculos. Desde sus inicios, cuando se procesionaba en horario nocturno, hasta que fue prohibido en 1774 y pasó a ser el primer encuentro del vía crucis murciano con el sol de la mañana del Viernes Santo, se ha ido construyendo una parte de la historia de Murcia.

No hay que olvidar que hasta primeros del siglo XIX eran los gremios de la ciudad quienes apadrinaban los diferentes "pasos" de la procesión: sastres *La Cena*; hortelanos, *La Oración en el Huerto*; pañeros, *El Prendimiento*; tejedores en lienzo, *La Verónica*; carpinteros, *La Caída*; zapateros, *San Juan* y alfareros-ropeiros, primero *Las Angustias* y posteriormente *La Dolorosa*, lo que remarca la perfecta incardinación de la Cofradía en la vida social de aquella Murcia que se fue. El Ayuntamiento, en 1675 autorizó y cedió des-



DETALLE DE LA CAÍDA



NUESTRO PADRE JESÚS SALIENDO EN PROCESIÓN



pués la antigua Ermita de San Sebastián, que dio paso a la construcción de la iglesia de Jesús junto a la Ermita de la Arrixaca, hoy capilla en la iglesia de San Andrés.

Nuestra querida Semana Santa no puede entenderse sin la mañana del Viernes Santo. Murcia no sería la misma si las imágenes de Salzillo no recorrieran nuestras calles, mostrándonos la pasión de Jesucristo según la entendió el genial artista. Este monumental museo que un día al año sale a las calles para realizar una ejemplarizante labor catequista y subyuga a quienes desde primeras horas de la mañana la esperan año tras año.

La Santa Cena, La Oración en el Huerto, El Prendimiento, Los Azotes, La Verónica, La Caída, Nuestro Padre Jesús Nazareno, San Juan y La Dolorosa, nos hacen revivir los momentos más emotivos de nuestro particular vía crucis en la Jerusalén murciana.

¿Quién no se ha visto desbordado de emoción al ver pasar ante él una de las escenas de la pasión, escenificadas con tal esmero para que no se escape detalle y haga surgir de lo más profundo del corazón las emociones más intensas que nos conmueven?

A Murcia se la puede querer de muchas maneras, pero hacerlo desde la tarima o varas de uno de los "pasos" con el sentimiento de llevar la túnica de nuestra Cofradía o portando un cirio, un cetro o una cruz, es algo inigualable. Bien lo saben los cientos de cofrades que, cada Viernes Santo, cuando el más increíble de los museos andantes se pone en marcha desde la iglesia de Jesús., muestran la pasión según se entiende en Murcia.

La entrega de la medalla de oro –el mayor reconocimiento que puede ofrecer una ciudad a las instituciones, asociaciones o personas que, de una u otra forma, han destacado y han contribuido a engrandecer el nombre y la historia de Murcia– supuso para esta Cofradía y para sus integrantes un gran honor. Asimismo, el paño de la Verónica realizado por Pe-

dro Cano ha sido, entre otros importantes acontecimientos, un hecho de transcendental relevancia que ha marcado el año 2001, pero el más importante, creo que ha sido la aprobación de nuestras constituciones el pasado octubre.

Quiero destacar la gran labor desarrollada en este año y medio por Ricardo Martínez-Moya y por José Alarcón y por la junta particular. Ellos han desarrollado jornadas duras de trabajo abnegado y sacrificado con el único objetivo de servir a Jesús y a nuestra Cofradía, para cumplir con el mandato de nuestro querido obispo, D. Manuel Ureña Pastor. En todas esas actuaciones, al menos bajo mi humilde punto de vista, siempre ha habido un único objetivo: hacer las cosas con rectitud y eficacia; eso me atrevería a calificarlo como trabajo sincero, honesto, honrado y sacrificado a veces. Aunque arreciaran "tormentas" provocadas por "intereses equivocados" y ajenos a nuestro espíritu religioso, se han sorteado para dar siempre lo mejor de todos en beneficio de nuestra Cofradía. Por eso y sólo por eso, GRACIAS a todos. Ha habido mucha paciencia y concentración en el objetivo, para enfocar todas las cuestiones correctamente, y quiero referirme en especial a la labor desarrollada por los miembros de la comisión redactora de nuestras constituciones, en las que he tenido el honor de participar y muy especialmente con la de Rafael Cebrián, quien ha sabido aunar criterios, bajo la imperturbable dirección de nuestro presidente. Así tienen cabida de una forma decidida en nuestra asociación de fieles (mujeres y hombres) todos los cofrades, penitentes, estantes, músicos y mayordomos, cargos y oficios de nuestra querida Cofradía para ejemplo y reflejo de nuestra única y querida Semana Santa murciana, en la que, como hijos de la Santa Madre Iglesia, nos debemos distinguir y esmerar en la práctica de las virtudes cristianas como devotos de Nuestro Padre Jesús Nazareno en los misterios de su pasión.



La restauración del retrato de Francisco Salzillo

Son pocos los retratos conocidos de Francisco Salzillo. Junto al popular dibujo realizado por Joaquín Campos, en el que se representa al imaginero murciano en avanzada edad, será el lienzo de D. Juan Albacete el que servirá como modelo para algunas representaciones posteriores. Esta obra ya aparece en el libro de D. José Sánchez Moreno (1945), "Vida y Obra de Francisco Salzillo", donde se recoge: "Uno hecho por el mismo escultor, a lápiz, que Baquero reprodujo al frente de sus -Profesores-

y Fuentes y Ponte en su biografía del artista. Sobre él hay que tener en cuenta lo dicho al hablar de los dibujos y bocetos que salieron de sus manos. Se le representa joven, con casaca cerrada, pelo negro y la venera de la Inquisición sobre el pecho, añadida posteriormente según consigna Baquero en su obra tantas veces aludida. El martiniqués D. Juan Albacete y Long tomó del anterior dibujo el retrato al óleo que pintó para la Real Sociedad Económica de Amigos del País, durante su profesorado en aquel centro; es un cuadro correcto y no sin habilidad colorista. El pintor D. Antonio Meseguer, sirviéndose del mismo



RETRATO DE FRANCISCO SALZILLO. JUAN ALBACETE

modelo, hizo otro retrato que figura en el paraninfo del Instituto de segunda enseñanza, entre otros representativos de Murcianos ilustres.

La obra de D. Juan Albacete representa a Francisco Salzillo vistiendo casaca, chaleco con bordados de flores y peluca. En sus manos sostiene un boceto o talla, haciendo clara alusión a su oficio artístico.

Tras un primer examen del retrato, en el que se detectaron graves alteraciones, se procedió a realizar un estudio de superficie con luz ultravioleta, cuya propiedad de

modificar temporalmente ciertos cuerpos nos permite observar alteraciones, repintes y reformas que se aprecian claramente como manchas más o menos oscuras. Bajo la luz ultravioleta, la presencia de repintes se hizo evidente en un 95% de la superficie; las zonas oscuras se alternaban con gruesos barnices que, bajo los filtros adecuados, aparecían con fuertes tonos amarillentos.

El estudio estratigráfico de dos micromuestras de capa pictórica descubrió el origen de los profundos deterioros que se habían observado. En el análisis del chaleco blanco se llegaban a contabilizar hasta diez ca-



pas de distinto espesor y tonalidad que nos hizo considerar la existencia de una policromía subyacente. Esta apreciación se vería confirmada en la segunda micromuestra, ya que el estudio del fondo mostró siete capas, entre las cuales aparecía un material de relleno o una nueva imprimación.

El lienzo (100 x 75 cm) presentaba una completa oxidación, con la consecuente pérdida de sus cualidades mecánicas de tensión y resistencia. Pequeñas faltas, junto a grandes cercos de humedad mostraban un soporte textil muy deteriorado, insuficiente para asegurar la continuidad de la obra. El contacto con humedad produjo el encogimiento de la tela y la formación de arrugas. En el reverso, refuerzos parciales o parches antiguos de tela cubrían roturas junto al bastidor, cuya madera se encontraba alabeada por causa de la humedad y carecía de travesaño central.

La distinta naturaleza de los pigmentos puede dar lugar a peligrosas reacciones durante el secado o por interacción de las capas. La alteración de los materiales constitutivos, junto al encogimiento del soporte textil, provocó irreversibles procesos de deterioro en la película pictórica. Ésta presentaba un craquelado generalizado, con alternancia de acentuadas crestas y profundos valles.

Las intervenciones anteriores trataron de esconder los desniveles ocasionados por los encogimientos. Para ello, se rellenaron los valles con estuco y, posteriormente, se repintó sin criterio toda la superficie. Dichas intervenciones no están documentadas.

Otros daños tuvieron su causa en la cercanía a focos de calor, que produjo la aparición de pequeñas ampollas en la superficie. Las pérdidas puntuales de color y la acumulación desigual de barnices amarilleados por oxidación, impedían la correcta lectura estética de la obra.

La amplia presencia de repintes, opacos y faltos de transparencia, terminaba de dar un aspecto desigual y confuso al conjunto, por lo que fue motivo de refle-



FIGURA 1: MICROFOTOGRAFÍA REALIZADA A 280 X DE LA MICROMUESTRA N.º1. EL ORDEN NUMÉRICO QUE SE INDICA ES EL QUE APARECE EN LA TABLA CORRESPONDIENTE.



FIGURA 1: MICROFOTOGRAFÍA REALIZADA A 140 X DE LA MICROMUESTRA N.º1. EL ORDEN NUMÉRICO QUE SE INDICA ES EL QUE APARECE EN LA TABLA CORRESPONDIENTE.

xión a la hora de abordar su posible eliminación durante el tratamiento de limpieza.

Tras realizar un empapelado de protección con papel japonés y cola proteica, la restauración comenzó con el sentado y fijación de escamas y levantamientos de color. Aprovechando la leve humectación del sentado y simultaneando presión y calor controlado, se corrigieron suavemente los encogimientos, arrugas y craquelados de superficie. Este tratamiento, debido al grosor de las numerosas capas y estucos subyacentes, sólo pudo realizarse de forma parcial.

Una vez realizada la limpieza mecánica del reverso y eliminados los refuerzos antiguos del soporte textil, se realizó el reentelado del lienzo con una tela nueva de lino, a la que previamente se había eliminado el apresto, recuperando la tensión original. El adhesivo empleado fue una resina sintética termofundible.



LUZ ULTRAVIOLETA / FILTRO. PROCESO DE LIMPIEZA.



DETALLE INICIAL. LAS INTERVENCIONES ANTIGUAS HABÍAN ENMASCARADO LOS PERFILES ORIGINALES.



ESTUDIO DE CATAS DE LIMPIEZA CON LUZ ULTRAVIOLETA. 1. REPINTE CON SUCIEDAD SUPERFICIAL. 2. CATAS DE LIMPIEZA, DONDE SE APRECIA LA POLICROMÍA CON MOTIVOS VEGETALES. EL TONO AMARILLENTO CORRESPONDE A ACUMULACIONES DE BARNICES, SIENDO LAS MANCHAS OSCURAS LOS REPINTES MÁS SUPERFICIALES.

Se sustituyó el bastidor antiguo por uno nuevo, con el tamaño y resistencia adecuados, y un travesaño central de refuerzo.

Alcanzar los niveles de limpieza idóneos es siempre problemático. Hasta dónde llegar durante este proceso es una elección que la obra nos fue indicando. Realizada la investigación científica que permitió descubrir la existencia de policromías subyacentes, identificadas las distintas capas, tras una larga reflexión se decidió conservar el original, eliminando los elementos ajenos, la suciedad superficial, los barnices oxidados y repintes que entorpecían la contemplación de la obra.

La importancia que el tiempo otorga a determinadas intervenciones las hace formar parte de la memoria histórica de la obra, condicionando la restauración de la misma.

En el rostro de Salzillo, los repintes habían enmascarado deterioros irreversibles, tratando de ocultar daños. Bajo criterio de profundo respeto, tras el estudio detallado de las catas, la eliminación de repintes se hizo de forma gradual y selectiva, eliminando únicamente aquellos que impedían, por su opacidad, apreciar la transparencia y equilibrio cromático del conjunto.

El proceso de limpieza de los repintes descubrió nuevos perfiles en la chaqueta, los botones, el boceto que sostiene en su mano, recuperando un nuevo color y luminosidad hasta ahora desconocida. Bajo los burdos repintes del chaleco mostraron su color nuevas flores y hojas.

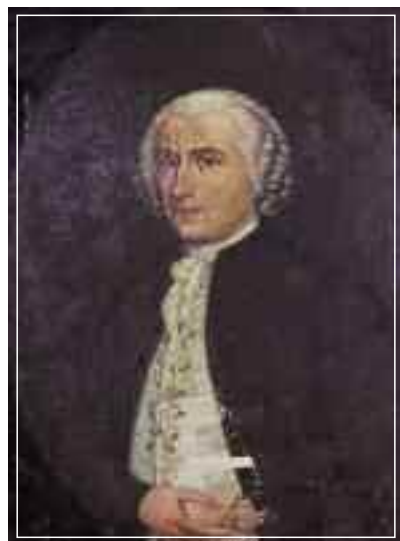
Una vez estucadas las fisuras y pequeñas faltas, la reintegración cromática se realizó mediante un sistema diferenciado de la pintura original, acabando con una protección final con barnices naturales.



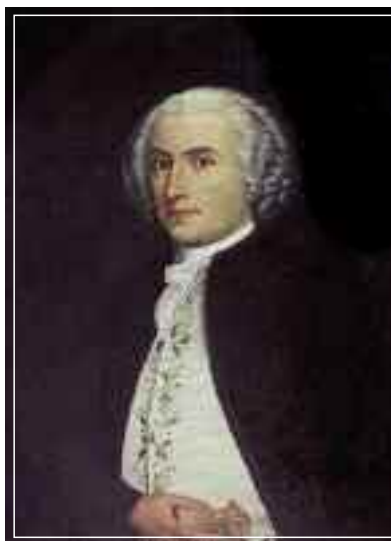
SENTADO Y FIJACIÓN PUNTUAL DEL COLOR.



ELIMINACIÓN MECÁNICA DE ESTUCOS DE RELLENO, SUBYACENTES AL REPINTE.



ESTADO INICIAL. LOS DETERIOROS Y ALTERACIONES PRESENTABAN UN PÉSIMO ESTADO DE CONSERVACIÓN, IMPIDIENDO LA CORRECTA LECTURA ESTÉTICA DE LA OBRA.



ESTADO FINAL



TESTIGO DE LIMPIEZA. ACUMULACIÓN DE BARNICES OXIDADOS.

El marco de madera tallada que acompaña al lienzo está terminado con plata corlada, actualmente en avanzada oxidación. El remate superior representa una paleta de pintor y en la zona inferior, una cartela recoge el nombre de Salzillo, junto a las fechas N° 1707 / M° 1783.

Los trabajos de restauración se finalizaron en el mes de enero de 2002.

Conclusiones

En la siguiente tabla se resumen los materiales identificados en las micromuestras realizadas:

Materiales		
Color	Pigmentos	
	1ª ejecución	2ª ejecución
	albaya	albaya
blanco	carbonato cálcico	carbonato cálcico
	blanco de bario	•
	blanco de zinc	•
amarillo	tierras (ocre)	•
rojo	tierras ricas en	tierras ricas en
	óxido de hierro	óxido de hierro
pardo	tierras de sombra	•
azul	•	azul ultramar
negro	negro de huesos	negro de huesos

Materiales orgánicos

Aceite secante: aglutinante de las capas de pintura.

Cola de origen animal: empleado como adhesivo entre la primera y segunda ejecución y, además, mezclada con yeso en la capa n° 5.

Tal como se plantea en la solicitud de análisis existen capas de pintura subyacentes a la que aparece en la superficie. Las mismas se encuentran bajo un estrato de yeso que puede corresponder a un material de relleno (estuco) o a una nueva imprimación.

A continuación se exponen los espectros más significativos obtenidos a partir de los análisis por dispersión de energías de rayos X:

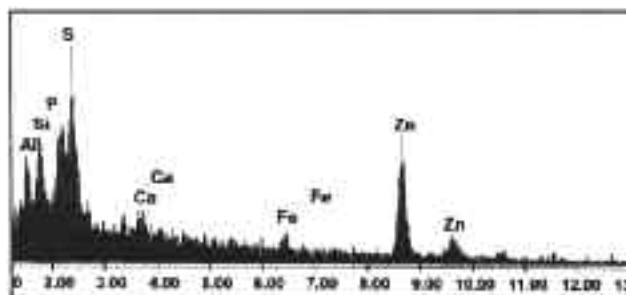


FIGURA 2: ESPECTRO EDX OBTENIDO DEL ANÁLISIS REALIZADO SOBRE LA CAPA DE COLOR PARDO AMARILLENTO (CAPA 5) DE LA MICROMUESTRA N°1.



Como recuerdos de años pasados...

Es un privilegio de los mayores tanto el tener achaques como recuerdos. La pasada Navidad, cuando recibí la llamada de Ricardo invitándome a participar en nuestra revista, la verdad, no sabía de qué escribir. Yo, como persona de verbo no fácil, en principio decliné la invitación. ¿Qué voy yo a contar? –pensé– y al tiempo de colgar el teléfono y desearle al presidente y a nuestra Cofradía un venturoso año, me vino la idea, que deseo llevar a estas líneas, no mi etapa como dirigente, sino la más lejana, mi primera procesión. Por ello me gustaría contaros cómo era la Cofradía cuando la mayoría de vosotros ni siquiera había nacido.

Estoy convencido que yo era nazareno antes de nacer. Parece difícil, pero es el caso de la mayoría de todos nosotros. A la Cofradía nos trae nuestra familia, nuestros padres, y quiso mi madre que al fallecimiento de su padre, dado que me había bautizado con su nombre, tomara el relevo de mi abuelo en esta Cofradía, siguiendo una inveterada costumbre que debemos esforzarnos en mantener. Así, el 31 de marzo de 1932, y siendo un niño, ya figuraba como mayordomo de Jesús. Hoy, gracias a Dios, son centenares de niños, hijos y nietos de mayordomos y cofrades, quienes pertenecen a nuestra Cofradía.

De mis primeros años como mayordomo el recuerdo más vivo que conservo es la vinculación a la Cofradía, tanto en mi vida personal como religiosa. Primero, porque como mayordomo desde el primer día había que cumplir como tal, siendo un compromiso gustosamente aceptado, y participaba tanto en cabildos como en cultos, donde siempre conté con el apoyo y respeto de aquellos auténticos señores, que, a pesar de la diferencia de edad, y mi pantalón corto,

me acogieron entre ellos con el cariño propio de quienes compartimos la Cofradía. Segundo, porque para mí la iglesia ha sido siempre la iglesia de Jesús, hasta el punto que un día de San Jerónimo, en el mes de San Miguel, como dice el recordatorio, junto a mi hermano, tomé la primera comunión en nuestra iglesia. Hay que alentar en las generaciones futuras esa vinculación y compromiso, saber que nuestra Cofradía está muy cercana y que es un instrumento poderoso para nuestra religiosidad.

También recuerdo de mis primeros años las penurias, que como al resto de la ciudad también afectaban a nuestra Cofradía. Era entonces una procesión menos numerosa, pero igualmente hermosa. La participación en la procesión de los mayordomos no era limitada, pero existía la costumbre de ingresar en la Cofradía y debutar rigiendo siendo ya algo mozos, en torno a los dieciocho años. En eso nuestra Cofradía andaba por delante, pues se consideraba mayores de edad a todos los mayordomos sin excepción desde que se les admitía y sin embargo la mayoría de



SECCIÓN DE BOCINAS EN LA PROCESIÓN DE VIERNES SANTO



edad civil era a los veintiuno. Siendo niño, mi madre, como todas las madres nazarenas, y con el fin de hacer crecer en mí la semilla morada, me llevaba a la iglesia tanto para ver los preparativos como la procesión. En aquellos años, en la que hoy es la plaza de San Agustín, se disponía por parte de la Cofradía de unos sillones o sofás morados, donde los mayordomos que no regían y las familias presenciaban la procesión. Pero mi sitio preferido, que supongo por mi corta edad me dieron el privilegio de tener, era en los púlpitos de la iglesia; existían entonces a ambos lados de la capilla de nuestro Titular los púlpitos para la predicación, y aprovechando la circunstancia de que estaban vacíos durante la procesión, me instalaba en ellos. Desde esa pequeña atalaya veía partir a nuestros nazarenos a primera hora, con los rostros ilusionados, y después, tras cinco horas de espera, volvían a aparecer en el quicio de nuestra puerta uno a uno los “pasos”, irrumpiendo en el interior de la iglesia, con el estruendo de los toques de los cabos de andas desde la luz de la primavera exterior, como llegados del Cielo mismo, y en las caras de nazarenos y mayordomos, tal como ahora, se reflejaba la satisfacción del deber cumplido.

Las túnicas de penitente se recogían en la iglesia, bien cuidada por nuestros inolvidables “Carriones”, y los mayordomos teníamos entonces para repartir tres túnicas, que don Ceferino Brugarolas, desde su establecimiento de la calle Sociedad, nos entregaba. Eran pocas túnicas y había tan poca tela para reemplazarlas que hasta el año 1948 no tuve la suerte de poder adquirir la necesaria para confeccionarme la túnica. Fue en ese año cuando participé por primera vez en nuestra procesión, recién cumplidos los 17, delante de *Los Azotes*, lugar que me asignaron en el cabildillo, y recuerdo con cariño que aquel año debutamos José Mariano González Vidal, Pedro Campillo, Emilio Díez de Revenga, Adolfo Virgili y mi entrañable Juan Antonio Martínez Meseguer, amigo y compañero tanto en *La Verónica* y Promesas, donde

los dos, como únicos mayordomos, teníamos encomendada la labor de regir, como después en la junta particular y el Cabildo Superior de Cofradías.

Es también necesario recordar que en aquellos años y a través de las novísimas constituciones, se formaron las hermandades con cofrades fijos, accediendo a nuestra Cofradía por primera vez, y en calidad de cofrades, las mujeres, que, junto con otros muchos hombres, reforzaban de esta manera su vinculación a la misma. También fueron años de transformación de nuestra Semana Santa en general y vimos crecer el número de hermandades y cofradías. Se fundaron en Murcia, El Silencio, El Rescate, se reconstituyeron La Salud, La Esperanza y El Resucitado, y junto con El Sepulcro, El Perdón, La Sangre y nosotros, formamos la Semana Santa antes de la década prodigiosa. Eran tiempos difíciles, pero poder participar en nuestra procesión superaba cualquier dificultad. Miré los púlpitos antes de salir, recé ante Nuestro Padre Jesús y participé en mi primera procesión.

Después, como he dicho, vinieron muchas procesiones, junto a mi amigo Juan Antonio, primero en *La Verónica*, después en Promesas, esa Hermandad que a la antigua usanza reparte túnicas todos los años entre los murcianos devotos a Nuestro Padre Jesús, donde, al igual que ahora, teníamos a bien tomar en el Bar Monterrey, lugar de cita obligada y tempranera, antes de participar en la procesión. Ahí comentábamos las vicisitudes, recordábamos anécdotas e incluso nos repartíamos el trabajo, después en las calles de Murcia, el gozo de regir en el Viernes Santo; por último, despedirnos deseándonos encontrarnos el próximo año. En fin, nada que no sepáis ya.

Y así durante veinte años, cuando fui llamado por don Emilio Díez de Revenga a hacerme cargo de la comisaría de estantes. Pero esto es otra historia, otra etapa, ahora que me toca el retiro, que una nueva generación de mi familia toma el relevo de su abuelo, volveré a disfrutar de la procesión como cuando era niño. Lástima que ya no estén los púlpitos.



Un Ángel de altos vuelos

Repercusión artística de *La Oración en el Huerto de Salzillo*

Acostumbrados como estamos a contemplar la serena belleza del Ángel salzillesco en la mañana del Viernes Santo; habituados a admirar el rostro dolorido de Jesús y el sueño de los apóstoles, puede que no reparemos en la enorme trascendencia de la sublime creación en el mundo del arte.

Dicen, quienes de este asunto entienden, que Salzillo aportó, ante todo, una nueva concepción del misterio de la Oración de Nuestro Señor en el Huerto de los Olivos. Al margen, pues, de la calidad estética de la obra, del magistral modelado, de la sabia encarnación, del acierto en la concepción por parte del escultor murciano del misterioso ser alado al que se refiere el evangelista San Lucas, el imaginero replanteó el momento, y para poner más énfasis en la circunstancia de que el enviado celestial tuvo por misión confortar al Redentor en tan espantoso trance, colocó al ángel en el mismo plano, sosteniendo a ese Cristo desmadejado que suda sangre al contemplar el simbólico cáliz de la amargura en lo alto de la imprescindible palmera.

Hasta entonces, el ángel se situaba frente al Señor, en pie o arrodillado sobre una nube, mostrando el cá-

liz o la cruz, símbolos de la pasión. Aparte de resolver el evidente inconveniente de que el ser celestial avanzaba en procesión de espaldas al espectador, Salzillo otorgaba al alado efebo un mayor protagonismo, más acorde con el relato evangélico.

El misterio de *La Oración en el Huerto* que procesiona el Jueves Santo en Sevilla responde a la primitiva concepción aludida, como corresponde a

la fecha de su realización, pues se

ha documentado como obra

de Pedro Roldán en

1675. El ángel, que

aparece revestido

con una túnica

blanca, se en-

cuentra arro-

dillado sobre

una nube en la

delantera del

“paso”, dando

frente al Cristo

y de espaldas al

espectador. En la

mano derecha lleva el

cáliz y en la izquierda,

una cruz plateada. En la tra-

sera del “paso”, tras la imagen genu-

flexa del Señor, hay un olivo, bajo el cual duermen

Pedro, Santiago y Juan, tallas para vestir realizadas

en 1950 por Castillo Lastrucci para sustituir a las de

Roldán, perdidas en la Guerra Civil.

Valladolid, por citar la otra gran capital de la Semana Santa española, ofrece una solución similar.

Bajo un olivo se sitúa Jesús, imagen de talla comple-





ta que se presenta de rodillas, como corresponde al hecho de que se encontrara en oración. El ángel, también de talla, está en pie frente a Cristo, y muestra, al contrario que el sevillano, el cáliz y un paño blanco en la mano izquierda y una sencilla cruz de madera dorada en la diestra. El “paso” vallisoletano es aún más antiguo, pues ha sido datado en 1627 y se considera obra de Andrés de Solanes, discípulo del gran Gregorio Fernández. No hay más personajes en este grupo, aunque según diversos autores debió llevarlos en origen, y participa en dos procesiones: el Lunes Santo en el Rosario del Dolor y el Viernes Santo en la célebre Procesión General de la Pasión.

La importancia y repercusión de *La Oración en el Huerto* salzillesca en la Semana Santa española se comprende mejor aún si comprobamos las numerosas imitaciones que se han realizado del singular grupo escultórico, y no sólo dentro de las fronteras regionales.

Si Sevilla y Valladolid cuentan con procesiones de enorme prestigio, Málaga no les anda a la zaga, y en la bella localidad costera encontramos un paso de *La Oración en el Huerto* claramente inspirado en la obra de Salzillo. Sale en procesión el Domingo de Ramos, y la imagen titular es un hermoso Cristo debido a la gubia del malagueño Fernando Ortiz y estrenado en el año 1756, sólo dos años después que el “paso” murciano. En el año 1949, el imaginero sevillano Castillo Las-trucci, al que ya nos hemos referido, labra una imagen de talla que copia al Ángel de Salzillo. Aparte otros detalles, la obra de Castillo difiere de la del genio barroco en un asunto de suma importancia: el manto con que se envuelve la alada aparición le cubre por completo las piernas, lo que va en detrimento de la esbeltez y el movimiento que Salzillo supo imprimir a su imagen. Aunque nos apartemos momentáneamente de la cuestión que nos ocupa, valga la anécdota de que el mismo escultor copió en 1956 la Dolorosa para otra cofradía malagueña, la del Rescate, pero con el tiempo, la Virgen de Gracia, que esa es su advocación, fue transformándose de Dolorosa murciana en andaluza

y viéndola hoy nadie diría que alguna vez se pareció a la insigne creación salzillesca.

Otro buen ejemplo de la traslación a algunas de las principales capitales andaluzas del modelo creado por Francisco Salzillo lo encontramos en Granada, donde cada Lunes Santo parte del popular barrio del Realejo la Cofradía de la Oración de Jesús en el Huerto y María Santísima de la Amargura, cuyo “paso” titular, realizado por el escultor Domingo Sánchez Mesa en 1944, reproduce fielmente el esquema trazado por nuestro imaginero, incluyendo los apóstoles durmientes. La historia de la creación del “paso” es curiosa, pues en un principio fue adjudicado a Espinosa Cuadros, pero finalmente recibió el encargo el citado Sánchez Mesa, que presentó dos bocetos. En uno, siguiendo los deseos de la corporación pasionaria, planteaba una réplica de la versión salzillesca. En el otro, se inspiraba más bien en Alonso Cano y la solución ofrecida respondía más a la inspiración del artista. Finalmente, triunfó la primera tesis, que encontró el respaldo del cardenal Parrado, a la sazón arzobispo de Granada. El Cristo es de talla y luce una túnica ricamente estofada. El grupo se complementa con el tradicional olivo, pero falta la palmera, con lo que pierde todo su significado el gesto del ángel indicando con el dedo índice de la mano derecha un cáliz en este caso inexistente.

Pondré término a estas líneas con un nuevo testimonio sobre la evidente repercusión de la obra salzillesca en general y del grupo de *La Oración en el Huerto* en particular, pero en este caso, la reproducción de la magistral creación no se hace en madera, sino en vidrio. Si el lector gira visita alguna vez a la hermosa Catedral de Palencia, podrá comprobar que la vidriera situada a los pies de la nave derecha, sobre lo que debió ser en tiempos una de las puertas de acceso desde la fachada principal, tiene como luminoso motivo decorativo *La Oración en el Huerto de Salzillo*, de lo que da fe la fotografía que ilustra el reportaje. Es, sin duda, la enésima muestra de los altos vuelos del Ángel salzillesco.



La luz en Murcia

Es difícil rehuir los tópicos cuando se menciona la luz de Murcia. Reino iluminado, que diría Alfonso X el Sabio. Tan especial, tan mediterránea y a su vez tan particular, que sólo se puede encontrar en zonas muy precisas de ese ámbito geográfico, como son algunos lugares de Grecia, en Túnez y sobre todo en la Italia del sur: Nápoles y Sicilia, espacios éstos con los que tuvo Murcia relaciones culturales y políticas y que de alguna manera también influyeron en una concepción sensorial y artística como es la escultura viva de Francisco Salzillo.

El padre del artista, Nicolás Salzillo, trajo de su Italia natal, a finales del siglo XVII, el cromatismo y una concepción vital que en tierras murcianas se desarrollaron plenamente a través de las obras que salieron del taller familiar y que se extendieron por la región y territorios colindantes, creando escuela.

El gusto por cierta estética tan metida en el sentir murciano viene marcado de alguna manera por la influencia italiana que se manifiesta en sus altares, procesiones y belenes.

Así, la luz cobra una significación destacada durante el desfile de los “pasos” de Salzillo con las primeras luces de las mañanas de Viernes Santo. En esos momentos, el color con todas sus sintonías y matices explota en la ciudad en una magnífica conjunción con el vivo cromatismo procedente de la huerta que la envuelve y enmarca.



ADORNOS FLORALES CON LA LUZ DE VIERNES SANTO

La luz de Murcia, tan especial y entrañable, tan aplanadora en el silencio de las siestas y en el bullicio de las mañanas invernales, y de la que tengo un recuerdo muy vivo, debió influirme en mi trayectoria artística, mediante la creación pictórica, y más especialmente en mi actividad de restaurador de pinturas murales, y que tuve la satisfacción de desarrollar recientemente en la obra de Pablo Sirtori en el Museo Salzillo. Las pinturas murales del interior, realizadas por este autor en 1792, acompañan y envuelven en una perfecta conjunción la estatuaria sacra del genial escultor murciano.

El colorido de las construcciones con sus tonos dorados en las piedras y ladrillos, las fachadas pintadas en tonos vivos, las procesiones deslumbrantes de Semana Santa, el colorido de los trajes huertanos y del Entierro de la Sardina, la Batalla de las Flores y otras manifestaciones, se potencian de manera exuberante por esa especial luz de la que tanto se ha hablado.

En este contexto, donde pasé mi segunda infancia de los tres a los quince años, pude sentir e imbuirme de todos estos aspectos sensoriales que de alguna manera influyeron en mi trayectoria profesional; y así, cuando don Ricardo Martínez-Moya, presidente de la Cofradía de Nuestro Padre Jesús, me propuso que escribiera un texto, me sentí ilusionado y pensé reflejarlo con la LUZ como protagonista esencial de la cultura, el arte y, en definitiva, en el sentir murciano.



En torno a los rostros salzillescos: impresiones de un pintor

No es la primera vez que por buenas relaciones de amistad intervengo en tan importante revista, que cursa su contenido en realzar y dar constancia de tan entrañable y fecunda muestra del arte y de la devoción murciana. Y es de tal guisa, porque quienes me conocen saben de mi buena disposición para fundirme en temas de tanta belleza y profundidad mística, como son las costumbres murcianas pegadas a fervores procesionales que cargan su acento en la marca identificadora de cofradías que, como en el caso que nos ocupa, sirven para marcar a la ciudad del barroco, en la cima de lo sutil y elegante, del orden estético de más catadura y en la savia de algo que nos nutre de seña y casta...

Murcia es, desde luego, un haz de estilos que convergen con el típico engarce del barroco dieciochesco, sin desdorar sus anteriores brotes renacentistas, cuya "huella" queda patente en su misma evolución estética; algo que nos llevaría a elucubraciones diversas, que no son del caso, desde perspectivas pictóricas y escultóricas. La presencia incluso de lo arquitectónico nos sume en la explosión de su evento, como decoración típica que retorna aquella galanura y gusto por el espectáculo engarzado en la calle, por los festejos que se iban desgranando en la calle, como momento cabal de su mejor sentido y de ahí la serie de autos sacramentales o de perfiles engendrados por acontecimientos y onomásticas principescas, etc., lo que supondría un desarrollo de esta característica festiva y su emulación idílica.

Qué duda cabe, si pensamos con Chueca Goitia, que ello viene a ser muestra de lo que significa la idea de la perspectiva urbana, confabulada para tales

realidades festivas desde la apoteosis y la cumbre del encuentro. Todo esto nos sumerge en un ámbito dieciochesco de batahola y parafernalia sintonizada con los giros soturnos de algo que va enraizado en el alma del pueblo murciano, donde las hermandades y cofradías, engullidas por los gremios, acusan su engarce con el alma pasionaria que se abre en la ciudad.

Desde este ámbito cabe afrontar la petulancia y el acierto de los mayordomos cofrades, impulsores de la marca murciana por antonomasia, de su instinto estético enraizado en los vuelcos napolitanos, que Francisco Salzillo retoma y ubica en esta ciudad, tan bella como Nápoles o Milán, en ese tiempo, recogida entre callejas y nobles edificios marginados por el río, que sitúan su entorno en tramos apacibles, desgarrados ahora con su decrecimiento y empaque urbanístico de nueva catadura. Para el artista, quienes buscamos la huella y la señal, aquel momento supone la garra y el deleite y aún nos arrebuja en el solar rotundo de su espasmo, desde sus éxtasis temporales. Y es que la Murcia procesional que destaca desde el siglo XVII con encarnaduras de sangre sigue su buen caminar en lo que podemos llamar la peripécia de las tallas salzillescas que aglutinan remaneros y llenan huecos en la Cofradía de Nuestro Padre Jesús, que hace aflorar el ambiente en la mañana del Viernes Santo murciano.

Traer a colación la vida y obra de nuestro sin par tallista, compresiva de los años 1707-1783, como dar datos ya utilizados y marcadamente renombrados, con su encaje en la tragedia y su presencia destacada en la cultura murciana del momento, desgastaría el tono y nos haría partícipes de otras mentes estudiosas como Cassou, Bagú, Almansa, Tejera, C. Almela,



hasta llegar a la obra de C. Belda en su más acabada dimensión, necesaria para la comprensión de su biografía y obra, pues qué duda cabe que diversos estudiosos de Salzillo y sus discípulos tratan de encajar su latido en la otra dimensión europea, dejando su calidad y empaque a la altura de los maestros. Tenemos ya las fuentes necesarias para su comprensión y tratamiento difusivo que nos enlaza con tiempos estéticos europeos del barroco grandilocuente, pero firme en su localización, como si el autor de la Dolorosa sentara sus propios criterios vertidos en su taller murciano, tan elocuentes como los estilados en Alemania. Es cierto que se habla, desde su elocuencia, de sus etapas diversas, como de la forma de trabajar; de su naturalismo y de su amor al entorno como algo que le acumula valores, pese a que otras versiones discrepen en maneras de hacer en las llamadas imágenes "de vestir", como secuencia de los austrias, muy utilizada, o en los rasgos de la manera de "estofar" y policromar las efigies que, naturalmente, se encaraman a las "insignias" o "pasos", llevados por los tradicionales "portapasos" como viejos templarios acusadores de sus penitencias. Caben los riesgos de enjuiciar, a modo de crítica, los ropajes y atavíos envueltos en cierta anacronía, relatos de formas y conjeturas que nada aportan, a no ser menudencias, como la versión dilatada de leyendas en torno a sus rostros magníficos, que nos envuelven en románticas pulsiones de rai-gambre popular y catadura etnográfica, sin más re-



ACUARELA "LA ORACIÓN EN EL HUERTO"

nuencias, porque lo esencial, lo radical y profundo radica en lo "expresivo y concienzudo", en el arte espiritual que conlleva esta "PASIÓN SEGÚN SALZILLO" como señala Belda, este conjuro a la verdad y al dolor, que nutren sus "imágenes", como las de Santa Inés por ejemplo, con la franquicia de su "valentía naturalista", que dijera B. Almansa en el instante de fecundia y ardor religioso, desde el trance de la guerra sucesoria y la acústica de nuestro C. Belluga con



sus pastorales dispuestas al polemicismo. Pero desde ahí mismo la gubia magistral del maestro nos va informando de su vocacional sentido de la concepción barroca; de su engarce de pliegues que nos evocan al pintor F. de Champagne por ejemplo, como la delicadeza y nostalgia de sus ritmos en sus manos, dedos, en la curvatura de sus ángulos desde los rostros envueltos en la neblina de la categoría espiritual que enlaza con lo levantino que, lejos de ser dulzón, aporta sugerencias de dolor arropado por la amargura del instante. Tratamiento distinto al recio feísmo castellano, con sus Cristos yacentes y Vírgenes de soledades que se disuelven en amplias llanuras. El goce del esteta levantino asiste a la envoltura de la luz del Mediterráneo desgarradora, como manera de paliar el magno luto de dimensiones incalculables...

Creo que para un pintor nutrido por el aporte y el legado murciano, con su esteticismo (en el que creemos frente a tendencias dispares) singular que se remonta a Juan Manuel o se instala en un Orrente y sigue con Medina Vera, etc., estos "rostros" de Salzillo que caminan por la ciudad en la mágica mañana del Viernes Santo, tan cabal y pura, sirven de atención y da para un tratamiento de tesis, cuando el artista es capaz de vibrar con cada una de las tallas que comprenden la madurez del escultor y aun, diría, con las posteriores, tratadas en instantes de amargura y ancianidad, concretadas a las iniciadas en los "pasos" del *Prendimiento*, continuado con su San Antón para su ermita famosa, y sobre todo los referidos a partir de 1752 y siguientes, teniendo en cuenta que algunas de sus imágenes, encargadas ya –al parecer–, en su madurez, no conocemos. De éstas tenemos conocimiento por documento que se encuentra en el Archivo de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando', de Madrid, procedente del Memorial de don Antonio Sanz, donde hallamos un comentario a la vida y obra de "D. Francisco Salzillo y Alcaráz/Escultor murciano", en el que se referencia una imagen del Niño Dios, cuya procedencia de

su hija María Fulgencia se considera... "el más precioso", como otras tallas ubicadas en la iglesia del eremitorio de la Luz... "distante una media legua corta al medio día", como un San Antonio Abad y un San Pablo de "bastante mérito", como un San José en la iglesia de Algezares, como también en *La Alberca*, en la Era Alta, Nuestra Señora de la Arrixaca. Y la Virgen de los Dolores y San Antonio de Padua. A este respecto se dan datos de los encargos que se hicieron en momentos de vejez del tallista por parte de la Cofradía de la Aurora, de Alcantarilla; lo que se supone por la presencia en 1780 de la misma, pues se concreta una "Virgen de la Aurora, como un San José y Jesús Nazareno" y "para la de Religiosos Mínimos de la misma, San Francisco de Paula...", de la que se dice en el citado documento que es "digna de un admirable estudio...", algo que para quienes nos sentimos identificados con esta villa cercana a Murcia, resulta de un alto interés, más aún porque incrementa el acervo cultural de Alcantarilla en su relación con la eminente Cofradía, que en siglo XVIII integró con su carácter y dimensión fervorosa a sus habitantes. En este sentido y teniendo en cuenta el célebre interrogatorio de 1755, se nos confirma que en Alcantarilla existe un convento de religiosos mínimos de San Francisco de Paula, con presencia de doce sacerdotes y veinte legos...

Naturalmente, el documento deja sin aclarar la relación del maestro Salzillo con la villa en cuestión, desconociéndose el contrato por el que el imaginero pergeña, en ese momento, las obras citadas, cuatro efigies de indudable valor. Lo que sí conocemos es el Libro de la Fundación de la Cofradía de la Virgen de la Aurora, Hermandad de Nuestra Señora del Rosario con título de Aurora, que se venera en una de sus capillas del templo de San Pedro, y que se la fecha en 1780, momento en el que el escultor frisaba los setenta y tres años, por lo que le quedaban tres de su vida y contaba con discípulos como Roque López, amén de beneficios económicos y excelente patrimonio. La



verdad es que ubicar la imagen de la Aurora a la creada Hermandad alcantarillera puede ser de cierta lógica, lo que no es óbice para remarcar su presencia y posibles relaciones, aunque la lectura de los estatutos de la misma, que por cierto son legalizados por el sin par obispo Rubín de Celis, siendo cura párroco D. Juan Fajardo, y sus miembros fundadores Agustín Franco García y José Loasa y Arnau, entre otros, no dan señales de la imagen ni de acontecimientos posteriores relacionados con esta presencia salzillezca.



DETALLE DE LA ORACIÓN EN EL HUERTO

A nosotros nos encanta este tiempo pasional murciano provisto con la categoría de su empaque religioso y donde la urbe monumental y clasista delata su llamado "espíritu nazareno", como síntesis de un hacer irrevocable que luce en los detalles de los templos y en las tallas de nuestros imagineros, aunque las del italiano engarzan con su magisterio de ornato y temperatura sublime que se ensalza en la tonalidad de la calle, como diorama básico para su apostura. Toda la garra, la gracia y el donaire de su gubia quedan desarrolladas con profusión en los "pasos" que los nazarenos de túnica morada destacan en su figura locuaz y pagana al mismo tiempo. El nazareno acumula el relato de este estilo procesional desde su rasgo temperamental, en sus trazas arabescas y el color que exhala espiritualidad. Sus rostros combinan con los de las tallas y ahorman su empaque. Se instalan en la energía de su carnosidad, donde el aliento fluyente de su estigma propaga una estética de sabor a la tierra, de captación de la huertanía que ostentan las efigies del gran imaginero.

La pasión azota cada mirada del murciano. Mucho se escribe, se dibuja y pinta sobre lo procesional, desde la misma cumbre de su éxtasis, y de ello da constancia la paleta variada y briosa de nuestros artistas desde el XIX, con sus encuadres y sus gestos vibrantes y barrocos. Mucho se siente y se resbala al asombro de los nazarenos con sus curvadas panzas repletas de viandas, como nota y signo; pero es el talante y la raíz de lo "nuestro", de algo que se identifica como remate de cultura y sentido, desde la tesis de Tylor. Cada Viernes Santo mañanero es un texto de fascinación plástica de entonación salzillezca, imbuido de contrastes y remarques desde el colosal rosario de rostros que encajan la plegaria y el misterio de la Redención, asimilando esquemas de huerta y paisaje, en un contorno urbano de desenvoltura rítmica, desde que, con los primeros rayos del sol mediterráneo, se inicia el desfile de los cofrades de Nuestro Padre Jesús, en su enigma y contagio estético.



co masivo. Surge entonces la embaucación y la fascinación por el color y el movimiento; danza que se satisface en el caminar y en la luz somática, sensual, de las encarnaciones de las caras y figuras. Recreación rítmica en los vestidos, como paños y ordo floral que enaltece este mundo de figuras a la hechura de la gubia del maestro, en su italianizante y levantina forma, manera de diestro encaje y ordenada, mensurada realidad plástica... Reconozco que me entusiasman estos rostros pasionarios desde el nivel tangible, espiritual y de éxtasis que proclama la nervatura somática y tierna de los de Cristo y de la Virgen, Dolorosa, con lágrimas que exhuman nitidez y categoría etérea, como miradas que resbalan este mundo para hundirse en la gloria eternal... Me acostumbro a estos encuentros desde la calle, frente al "paso", untando la paleta y dibujando el perfil en abocetado empaque, sin destrezas manieristas, pero con el corazón rozando sus costados y me embelesan los escorzos de los apóstoles en el "paso" de *La Cena*; puñado de luz en la paleta de líquidos enjuagues, como pinceladas sueltas en los puntos básicos, donde la mano de San Pedro acusa su sangre viva y se mecén los ojos hacia el maestro. San Juan adormecido en el costado de Cristo con sus manos cuajadas de ternura, mirándonos en la suavidad hábil de sus contornos. La mano de Simón añade en su dedo una alegoría, como de tratado de conocimiento humano, semejante al otro dedo hacia lo alto, del ángel de *La Oración en el Huerto*, cuyo Cristo es el más sublime y edificante, de cuantiosa purificación estética. El Apóstol Santiago sostiene con su mano el rostro apagado pero firme en su talante, en tanto que San Pedro sueña con reinos que no son de este mundo, mientras que en su otra mano guarda la espada de su arrepentimiento, quien le negara tres veces al maestro. San Juan dormita como luciendo su plegaria y testamento de silencios de paraíso... en tanto que Cristo suda su pasión en el huerto de la espera, dejando su rostro cargado de dolor y dudas, de soli-

loquios con el Padre... Están los otros rostros de la fealdad trazados con un naturalismo radical, desde el contacto del escultor con la gente conocida, con la masa, el populacho, las figuras del retablo de la vida, cuyas manos se ensucian con el trabajo de cada día, con la quejumbrosa y baldía humanidad que se forja en el yunque del sudor desde el huertano, como berrugo hiriente o facha del soldado anónimo, en tanto que Judas Iscariote presta su semblanza colosal, como un dibujo de Rembrandt, desencajándose en su ademán, y en el Beso se forjan los contrastes del bien y el mal, como engarzando el episodio de la misma vida humana; la pasión dura que termina en el aliento final de resurrección. *El Prendimiento* es conjunto de plástica impresionante, desde la pura belleza y la contradicción. Junto a lo bello en su nitidez de antología se estruja y anuda lo enigmático, como fragmento de la negrura y fealdad de la pasión, relatada en el sayón que flagela al tierno cordero. Es importante admirar y estudiar este rostro de gestualidad tremebunda, recia y de atisbos geniales goyescos que irrumpen en la formidable tramoya de esta imagería y donde la textura carnal luce entre el vestido, color amarillo, de Van Gogh, como mieses en el campo, con suaves entonaciones carmines que se hacen gesta viva en el temple de San Juan, como cumbre y guía, ejemplo y permanencia. Cabe todo, incluso el entusiasmo de quien se arrima a saborear en cada efeméride la señal de este estilo propio, piedra angular del amor hacia nuestra Murcia que es barroca, como esta marca noble y sutil, encantadora, como la misma Semana Santa murciana, enraizada en la fe y en la plástica del inmortal Salzillo...

1. Dicho documento me lo ha entregado mi reconocido amigo el dramaturgo M. Muñoz Hidalgo, encontrado con motivo de sus investigaciones sobre la vida de Salzillo, que incluye en su versión teatral en torno a nuestro gran imaginero levantino, gloria de Murcia y del mundo, para cuyo tratamiento le hemos dado algunas indicaciones requeridas, que enriquecerán su trabajo tan esperado. Este documento se me ha hecho llegar por mi amigo Ángel Riquelme, director del Museo de la Huerta.



Historia y presente

Durante un largo período de tiempo –realmente insólito– participé como estante en la procesión de Viernes Santo, caminando y portando el “paso” de Nuestro Padre Jesús Nazareno por las calles de Murcia, siempre teniendo presente que la Semana Santa no sólo es recuerdo y ejemplo, sino también silencio personal durante largas y cansinas horas y silencio del alma rememorando y siempre presente la meta a escoger. No vale la pena pensar en ese camino del Calvario, en que los nazarenos indirectamente participamos en su representación bajo la imagen divinamente humana de Jesús Nazareno, si nuestra mente no apunta que tras el Calvario llega la Resurrección y por tanto intentar ser ese teológico “Homo Viator”, quien superando las dificultades del camino marcha seguro hacia la Eternidad.

Y, en tanto que llega la Semana Santa y la procesión de Viernes Santo vuelva a recorrer las calles murcianas, también el recuerdo y la Historia se conjuntan en revivir aspectos del pasado conocidos personalmente y otros que los documentos nos facilitan. Un pasado que no tiene plena continuidad, pues tiempo y circunstancias conllevan cambio y adecuada adaptación a necesarias innovaciones. Una referencia de estos cambios, sin mucha trascendencia que he vivido de un pasado lejano que los documentos nos cuentan, es precisamente lo que sucintamente voy a tratar.

La procesión forzosamente hacía un alto en su recorrido, que se mantuvo hasta 1945 inclusive. Detención porque los tres últimos “pasos”, con Nuestro Padre Jesús a la cabeza, entraban en la Catedral por la puerta de San Juan Bautista, y en su interior, por la



NUESTRO PADRE JESÚS EN LA PLAZA DE BELLUGA

derecha, se dirigían hacia la capilla de los Vélez. Ante ella, sobre bancos adecuadamente dispuestos para su mayor seguridad, los tres “pasos” eran depositados durante un tiempo no superior a quince minutos. Era entonces una pausa, un descanso, una reminiscencia del pasado. En tanto, desde el coro nos llegaba el amortiguado son del oficio de Semana Santa,



maitines y laúdes que allí se rezaban... La salida por la derecha y misma puerta de San Juan Bautista para reintegrarse a la “detenida” procesión.

Al recuerdo sigue la Historia. En el siglo XVIII, todas las procesiones y sus correspondientes “pasos” entraban en la Catedral, aunque hubo años que no salieron por diversas circunstancias, a veces singulares. Inesperadamente surgió una novedad y es que Francisco Salzillo, a quien se le había encargado la renovación del “paso” de *La Cena*, la entregaba en los comienzos de 1761 –su coste 27.749 reales–, pero su tamaño creó un problema a la Cofradía. Y hubo de recurrir al cabildo la necesaria comprensión para resolver su problema y no romper la normal marcha de la procesión. Y el martes 17 de marzo de 1761, día de San Patricio, en el cabildo se leyó un memorial de la Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno que recojo en mis “Efemérides Murcianas (1750-1800)” y en que solicitaban su autorización para que “el paso nuevo de la Cena, que se ha construido éste año, por su magnitud entrara con dificultad y peligro por la puerta acostumbrada de la procesión del Viernes Santo, pueda pasar *solamente* por la mayor llamada de los Perdones –Perdón– en atención a la obligación que *todas* las procesiones de Semana Santa tienen de pasar por dentro de esta Santa Iglesia Catedral”. El cabildo, por unanimidad, acordó que “abrirá la puerta sólo a éste paso, sin que sirva de ejemplo a otros”¹.

Hace ya bastantes años que en un artículo propio de Semana Santa me preguntaba: ¿Cómo verían la Semana Santa de esta tierra esos hombres tan distantes ya, pertenecientes a otras provincias del tiempo, pero apoyados en estos mismos trazos de realidad, con los montes azulando bajo el sol de abril y el reflejo blanco de la luna llena en las aguas *limpias y caudalosas* del Segura? Pregunta que hoy vuelvo a hacer y con una interrogación más personalizada. Pero antes precedente y es que los devotos y curiosos que acuden la mañana del Viernes Santo a presenciar el comienzo de la procesión, muchos de ellos

prestan especial atención a la “difícil” salida –más que a la entrada– del “paso” de *La Cena* por la insanchable puerta de su iglesia. Y en este mismo orden, ¿qué haría Francisco Salzillo ese Viernes Santo en que “estrenaba” su “paso”? ¿Estaría allí para presenciar su entrada en la Catedral? ¿Cuál sería su impresión? Aquí la respuesta parece segura: alegría y satisfacción. ¿Y cómo recordaría el “paso” de *La Cena*, obra de su padre, al que había sustituido. Cabe pensar que siempre tendría presente y agradecido a las enseñanzas de su padre. Realmente, Salzillo no innovaba, no suponía ruptura con el pasado, sí perfecciona y la efectúa con plena identificación con cuanto presenciaba en el mundo murciano circundante. Una realidad. Y en ella ese juego de manos y la diversidad tan expresiva de rostros, todos bajo la misma impresión.

Y como estamos con la Historia y el presente, bueno es recoger la nota que nos proporcionan las actas capitulares pocos días después, concretamente el 17 de abril, en que dicen: “El Señor Prieto, Fabricero Mayor, dio cuenta al Cabildo de haberse robado a Nuestra Señora, la titular de ésta Santa Iglesia el collar de oro con la cruz que de él pendía y un anillo de esmeraldas que tenía puesto y no haberse echado de menos hasta el sábado 11 del corriente, en que se vio a sí mismo que de la claraboya que hay sobre la puerta claustral estaba pendiente una soga por donde se sospechaba haber entrado y subido por la verja de la capilla mayor. No se ha podido descubrir nada”. La Historia no se repite, pero algunos hechos ofrecen amplia semejanza, porque con amplitud mucho mayor este hecho volvería a producirse no hace muchos años. Y con igual resultado.

1. Lo señalado en cursiva es mío. Sánchez Moreno, en su obra sobre Salzillo, señala la fecha de su construcción en 1763. Los estudiosos de Historia del Arte que lo aclaren.



Semana Santa en los 60

Recuerdo aquellas **Semanas Santas de los** años 60. Vivíamos en la calle Aguadores, desconocida Gómez Cortina, situada en el barrio San Nicolás. En el edificio habitaban tres familias de arraigadas costumbres nazarenas: los Navarro-Nuño de la Rosa, pertenecientes a la Cofradía de Nuestro Padre Jesús; los Castañer-Salvador, pertenecientes a la Cofradía del Cristo del Perdón, y nosotros, nuestra familia, "colorá" hasta la médula, como bien saben ustedes.

Rivalizábamos la chiquillería sobre cuál de las tres procesiones era la mejor. Miguelito Navarro

aducía que en su procesión desfilan las imágenes de Salzillo y que tenía mayor recorrido que ninguna. Yo le reconvenía esgrimiendo que mi procesión era organizada por la Cofradía más antigua de Murcia y una de las más antiguas de España y que, además, tenía mayor número de "pasos" que la suya. Antón Castañer terciaba reprochándonos nuestra infantil disputa: "Siempre estáis igual y os olvidáis de que la Cofradía del Perdón es tan antigua como la vuestra y, además, tiene uno de los más impresionantes crucificados que procesionan en Murcia".



CONVOCATORIA EN LA MAÑANA DEL MIÉRCOLES SANTO



Ya han pasado muchos años desde aquellas Semanas Santas entrañablemente vividas en familia.

Hoy, los hijos de Miguel Navarro también pertenecen a la Archicofradía de la Sangre; los de Castañer, a la Cofradía de Nuestro Padre Jesús, y yo tengo el inmenso honor de cargar sobre mis hombros el "paso" del Santísimo Cristo del Perdón.

Hoy, desde nuestra madurez, nos recreamos y emocionamos en la vieja plaza, cuando al filo de la media noche el Santísimo Cristo del Perdón se despidе del sanantolinero barrio y las puertas del templo se cierran cual telón que cae sobre el escenario de la vida. Nos emocionamos y nos recreamos cuando vemos al Santísimo Cristo de la Sangre bajar el Puente Viejo, con los pies desclavados del madero, an-

dando sobre su propio Calvario, con los brazos abiertos para abrazar a toda la ciudad de Murcia.

Nos emocionamos y recreamos en la impresionante mañana de Viernes Santo, cuando Nuestro Padre Jesús camina lentamente, entre olor a cera, incienso y flor, hacia su iglesia privativa. Son momentos en los que todo se detiene y apenas se escucha una oración contenida por la inmensa emoción que impregna el ambiente.

Emoción y sentimientos que compartimos todos los murcianos o, lo que lo mismo, todos los nazarenos, sin distinción de colores ni cofradías; no obstante lo cual, y como dice un viejo refrán, "más vale ponerse una vez colorao que ciento morao", como yo les recuerdo, cuando todavía bromeo, a mis viejos amigos.



CONVOCATORIA EN EL JARDÍN DE FLORIDABLANCA



LA CONVOCATORIA ANTE EL CRISTO DE LA SANGRE

Tratamiento de desinsectación de los “pasos” procesionales y esculturas del Museo Salzillo de Murcia

La infestación de bienes culturales por insectos xilófagos es un aspecto complejo que afecta principalmente a museos, archivos y bibliotecas situados en regiones de clima húmedo y templado. En el caso de obras de arte como las esculturas policromadas, los soportes más sensibles al ataque de insectos corresponden a las peanas, debido a que en muchas ocasiones fueron construidas con maderas blandas en cuyas grietas se instalan coleópteros adultos para la puesta de huevos. Posteriormente, las larvas pueden pasar a infestar la madera de la escultura aprovechando en primer lugar el soporte sin policromía y finalmente atacando la totalidad de la obra. Las policromías poseen en su composición metales, substrato indeseable como nutriente para los insectos xilófagos. Las larvas originan galerías que siguen la dirección de la de la fibra de la madera. En la superficie, se producen orificios de salida de los adultos.

Las causas que producen una infestación, están ampliamente relacionadas con las condiciones ambientales y con la problemática estructural del edificio



NUESTRO PADRE JESÚS NAZARENO

donde se exhiben los objetos artísticos. Las filtraciones de agua de las cubiertas, las humedades por capilaridad en zonas bajas del edificio, la acumulación de pol-



PASO PROCESIONAL, LOS AZOTES. ALTERACIONES EN LA BASE PRODUCIDAS POR ANÓRIDOS



PREPARACIÓN DE PASOS PROCESIONALES PARA EL MONTAJE DE BURBUJAS DE PLÁSTICO DE BARRERA.

vo sobre los objetos y la escasa ventilación, propician el asentamiento de plagas en el maderamen tanto del edificio como de los bienes culturales que albergan. Asimismo, las características del entorno con presencia o ausencia de arbolado, zonas ajardinadas, el nivel freático, unido a la tipología del clima, hacen que la infestación pueda ser un problema recurrente si no se aborda de forma coordinada e integral.

En el Museo Salzillo de Murcia, se detectó la presencia de diferentes tipos de insectos xilófagos en los “pasos” procesionales y esculturas en madera policromada de Francisco Salzillo y de Juan Aguilera.

A partir de los exámenes realizados, se detectaron deterioros producidos por insectos, tanto en las

esculturas como en las bases de corcho y en la madera de los troncos de los “pasos” procesionales. El resultado de los análisis entomológicos mostraron la presencia de larvas de insectos coleópteros correspondientes a la familia Dermestidae y Anobiidae principalmente. También se observaron galerías y orificios con un diámetro en un rango de 1-3 mm aproximadamente. En ellos había restos de excrementos y serrín de diferente tipología. Sólo se detectó la presencia de un insecto adulto, *Anthrenus*, sp. (Dermestidae) en los textiles de la imagen de Nuestro Padre Jesús de Juan de Aguilera. La tabla 1 indica la localización de insectos en los objetos inspeccionados.



PASO PROCESIONAL, LA CAÍDA. ALTERACIONES EN LA BASE PRODUCIDAS POR ANÓRIDOS Y DERMESTIDOS.



EQUIPO DE DESINSECCIÓN POR GASES INERTES. GENERADOR DE NITRÓGENO, COMPRESOR DE AIRE Y PULMÓN.



TABLA 1
Infestación en “pasos” procesionales y esculturas
del Museo Sazillo

Escultura infestada	“Paso” procesional	Insecto deteriorante	Localización
Jesús			
San Pedro			Esculturas
San Bartolomé		<i>Anobium sp.</i>	
San Mateo			
Santo Tomas	<i>La Cena</i>		Sillas
Santiago el Mayor		<i>Lyctus sp.</i>	
San Juan			
San Andrés			Peanas
San Simón			
San Judas			
San Felipe			
Jesús	<i>La Oración</i>	<i>Anobium sp.</i>	
Santiago	<i>en el Huerto</i>	<i>Lyctus sp.</i>	Esculturas
San Pedro			
	<i>La Caída</i>	<i>Anobidos</i>	Corcho
	<i>Los Azotes</i>	<i>Anobidos</i>	Corcho
		<i>Anthrenus sp.</i>	
Malco	<i>El Prendimiento</i>	<i>Anobium sp.</i>	Escultura
Jesús		<i>Lyctus sp.</i>	
La Dolorosa		<i>Dermestes sp.</i>	Textiles
		<i>Anobium sp.</i>	
La Verónica		<i>Xestobium sp.</i>	Escultura
		<i>Anobium sp.</i>	
San Juan		<i>Xestobium sp.</i>	Escultura y base
Jesús Nazareno (Juan Aguilera)		<i>Attagenus sp.</i>	Textiles

Para erradicar las infestaciones de obras de arte, se han venido utilizando insecticidas tóxicos aplicados por gas en cámara de fumigación, inyección o imprimación. No obstante, la mayor parte de los productos empleados para desinsectación de madera,

son tóxicos y producen alteraciones de las propiedades físico-químicas de los soportes tratados.

Con objeto de eliminar la infestación en las imágenes del Museo, se optó por un tratamiento con gases inertes, nitrógeno de alta pureza. El nitrógeno es un componente del aire atmosférico cuyo porcentaje en este medio es del 80% aproximadamente. Debido a su naturaleza es un gas que no reacciona con los componentes de los soportes artísticos. No es tóxico para las personas que lo aplican ni para el medio ambiente.

Las esculturas se instalaron en burbujas fabricadas con plásticos de baja permeabilidad. En el interior de las burbujas el aire atmosférico se sustituyó por nitrógeno hasta alcanzar un porcentaje de oxígeno inferior al 0.5%. A partir de ensayos de laboratorio, se ha demostrado que los insectos xilófagos comunes, anóbidos, lictidos, dermestidos, termitas, son eliminados en cualquier fase de su ciclo biológico cuando son expuestos a una atmósfera con bajo contenido de oxígeno, a una temperatura entre 22-30°C y humedad relativa del 45-60% durante 3 semanas. En la desinsectación de las obras del Museo Salzillo, la humedad relativa estuvo controlada 60 + 2% durante el proceso de desinsectación para evitar alteraciones estructurales de la madera.

Descripción del tratamiento de desinsectación

a) La Sagrada Cena

Este “paso” posee 13 esculturas situadas sobre una base de corcho. Las obras están sujetas a la base por medio de tornillos. Para su desinsectación se procedió a desmontar las imágenes para separarlas de su trono procesional. Las obras se distribuyeron formando grupos para ser introducidos en bolsas de plástico de baja permeabilidad. En total se construyeron tres bolsas de plástico de 6,29, 1,50 y 2,10 m³, que contenían 4 y 8 esculturas las dos primeras y la tercera bolsa la imagen de Cristo en su trono. A continuación, dentro de las bolsas, el aire atmosférico se sustituyó



por nitrógeno hasta alcanzar una concentración media de 0.07% de oxígeno. La fuente de gas inerte procedía de cilindros de nitrógeno con una pureza de 99,999%. El flujo de gas fue de 2 litros / minuto. El tratamiento de anoxia duró 15 días.

La Cena es el “paso” procesional de mayor tamaño, su dimensión aproximada es de 5,00 X 2,50 X 2,00 m³ incluida la base.

b) “Pasos” procesionales y esculturas

Posteriormente, se procedió a la desinsectación de los cuatro “pasos” procesionales y las cuatro esculturas restantes. Debido a la imposibilidad de separar las esculturas de sus bases, se procedió al tratamiento de las imágenes distribuyendo las obras en dos grandes grupos, las cuales se introdujeron en burbujas de gran formato. Para esta desinsectación se utilizó como fuente de gas un generador de nitrógeno VELOXY® acoplado a un compresor de aire.

Dimensiones aproximadas de las obras.

“Pasos” procesionales:

<i>La Oración en el Huerto</i>	425 x 248 x 270 cm
<i>Los Azotes</i>	255 x 238 x 280 cm
<i>La Caída</i>	380 x 225 x 290 cm
<i>El Prendimiento</i>	215 x 325 x 280 cm

Las esculturas a tratar incluían:

<i>La Dolorosa</i>	175 x 175 x 300 cm
<i>San Juan</i>	190 x 170 x 260 cm
<i>La Verónica</i>	160 x 160 x 270 cm
<i>Nuestro Padre Jesús</i>	220 x 230 x 320 cm

Debido al elevado peso de los “pasos” procesionales, y con objeto de proceder a su manipulación, cada uno de ellos se instaló sobre un soporte metálico móvil de 1 m de altura aproximadamente, debido

a lo cual cada “paso” incrementó su altura alcanzando una media de 4 m.

El procedimiento seguido para erradicar los insectos se describe en los siguientes puntos:

- Se construyó una macro burbuja de 3 X 11 X 4 m. (132 m³) con plástico de barrera de baja permeabilidad, Saranex®. En su interior se depositaron tres “pasos” procesionales:

La Caída

Los Azotes

La Oración en el Huerto

- Asimismo, se construyó una segunda burbuja de 2.50 X 10 X 4 m (88 m³) con plástico de barrera VELOXY® (R.G.I). Dentro de ella, se instaló:

El Prendimiento

La Dolorosa

San Juan,

Nuestro Padre Jesús

La Verónica

- Con objeto de minimizar los espacios vacíos correspondientes a los huecos de los carros metálicos, se situaron bajo ellos textiles, pequeñas esculturas en madera con y sin policromías y todos aquellos objetos con posible ataque de infestación.

- Para facilitar el descenso de la concentración de oxígeno, se depositaron en el interior de cada burbuja, absorbentes de oxígeno, Ageless (sales de hierro)

Las burbujas se conectaron en serie por medio de un tubo de 0.7 mm. Como fuente de nitrógeno se utilizó un equipo VELOXY® acoplado a un compresor de aire. El equipo funciona a partir del compresor que toma aire del interior de una de las burbujas y pasa al equipo VELOXY®, en el cual el oxígeno del aire queda retenido en un sistema de membranas. El nitrógeno liberado accede a la segunda burbuja; de ese modo, se estableció un circuito continuo de gas



DESINSECTACIÓN DE PASOS PROCESIONALES CON GASES INERTES. BURBUJA DE PLÁSTICO DE BARRERA SARANEX®.



DESINSECTACIÓN DE ESCULTURAS CON GASES INERTES. BURBUJA DE PLÁSTICO DE BARRERA R.G.I.®

nitrógeno a través de las burbujas. El equipo, se mantuvo trabajando aproximadamente 10 horas diarias durante 32 días. El caudal del gas fue de 500 litros/hora.

Condiciones ambientales del tratamiento.

Temperatura en el exterior de la burbuja al inicio del tratamiento	24.5 °C
Humedad relativa en el exterior	68%
Temperatura al final del tratamiento	19.5 °C
Humedad relativa en el interior de la burbuja 1	62%
Humedad relativa en el interior de la burbuja 2	60%
Concentración de oxígeno en la burbuja 1	0.5%
Concentración de oxígeno en la burbuja 2	0.4%
Tiempo de tratamiento con flujo continuo de nitrógeno	32 días

Transcurrido el tiempo de tratamiento, se desconectaron las burbujas, se eliminaron los plásticos y tanto los “pasos” procesionales como las esculturas se trasladaron a su lugar original en el Museo. Durante los 2 meses transcurridos después del tratamiento, no se ha detectado actividad alguna de insectos en los materiales desinsectados.

La rehabilitación y ampliación del Museo Salzillo, incluyendo la instalación de sistemas de control microclimático, favorecerá la conservación de las obras de arte desinsectadas. No obstante, hay que considerar que las esculturas que conforman este tipo de “pasos” están expuestas a serios deterioros. Por ello sería adecuado contemplar unas pautas de conservación de las imágenes cuando procesionan por la ciudad en Semana Santa. Es preciso tener en cuenta que depositar alimentos en los “pasos”, conlleva un riesgo potencial de infección-infestación que induce el desarrollo de microorganismos e insectos capaces de volver a deteriorar las esculturas.

Es importante también diseñar nuevos sistemas que minimicen las vibraciones y el impacto físico que sufren las obras de arte durante su recorrido procesional. La adaptación de sistemas utilizados por los medios de transporte de obras de arte serían beneficiosos para salvaguardar la integridad de este rico legado histórico.

Agradecimientos

Se agradece la colaboración de D. Fernando Suárez (IPHE) en la documentación fotográfica de este trabajo. También se agradece a SIT Transportes Internacionales y al personal del Museo Salzillo su eficaz trabajo en el montaje y control de los tratamientos de desinsectación.





Recuerdos de ayer y hoy. La mañana del Viernes Santo. Día de Pasión.

Recuerdo con algo de nostalgia y siempre con cariño aquellos años 40, cuando yo todavía era un niño.

Sí, recuerdo aquel año cuando de nuevo salió por nuestra Murcia la procesión de Jesús; había terminado aquella fratricida guerra española, cuando los hombres dejaron de hablar y sonaron los tiros, la guerra y la muerte.

Murcia volvió a sonreír y a confiar un poco más en Dios y en su Semana Santa, fiel exponente del sentir "nazareno murciano", heredado de nuestros padres y abuelos, porque esa ha sido "casi siempre" la fe del murciano.

Y cómo no, ¡es que yo me voy a olvidar de Jesús, jamás!.

En aquellos años 40, Murcia era otra cosa bien distinta a la de hoy. Todos o casi todos, nos conocíamos; Murcia capital era... como un pañuelo, calles y callejones en torno a nuestra Catedral.

No habían tribunas ni sillas por alquilar, a pie firme veíamos la procesión, o si acaso te querías sentar, salías de tu casa con tu silla y a ver tanta maravilla y tanta belleza de la que es difícil de relatar, pero... lo intentaremos:

Comentario:

La Cena.

Ver esta hermosa mesa, tan completa y tan rellena, cuando en Murcia, en aquella época, había mucha hambre y el pan faltaba en la mayoría de los hogares, brillando, ¡cómo no!, por su ausencia.

Una delicia contemplar al Maestro, a los discípu-

los y a Judas el Traidor; era la última Cena, antes de decirles Jesús adiós.

La Oración.

El Ángel señalando el sitio, aquel cáliz que tomaría Jesús; y el Maestro oraba en aquella noche amarga, mientras Juan, Santiago y Pedro dormían plácidamente, a pesar de la recomendación del Señor.

Nunca salió de la mano de un artista tanta belleza para describir a un ángel del Señor; dicen... que dormido Salzillo, este Ángel del cielo bajó, para terminar... lo que el escultor empezó.

El Prendimiento.

Y aquel beso traicionero, por treinta monedas nada más, ¡Qué poco valoró Judas al Rey de reyes y Príncipe del Amor!

Un beso y una vil traición; el amor que le dio el Maestro, Judas confundió, creyó que Jesús se salvaría, pero... Él vino con otra misión, entregar su vida al mundo y ver el pago que se le dio.

La Flagelación.

Prendido Cristo, por una falsa acusación, sin piedad fue azotado y de espinas coronado.

¿Quién fue el cobarde que sus espaldas flageló? Sería algún sicario, por las acusaciones de hombres del Sanedrín, hombres sin conciencia, que extorsionaban al pueblo, en nombre... ¡No sé... de qué dios!

Y Jesús no abrió la boca y aguantó su dolor.

La Mujer Verónica.

A tu encuentro fue una santa mujer, con lágrimas en los ojos, ante tu cansino caminar; enjugó tu Divi-



no Rostro, de sangre y dolor; una sonrisa te dio Cristo, y en un paño su Rostro imprimió. Gracias, Señor: por todas esas damas generosas que suelen limpiar las lágrimas y el dolor.

La Caída.

Nada hay más impresionante que esta Caída de Jesús, en su triste camino del Calvario. Su rostro, de una belleza impresionante, y de una dulzura sin igual, dirige su mirada al Padre, en un momento de desfallecimiento ante el abrumado peso de la cruz.

El Cirineo ha sido obligado a prestar ayuda, a concluir el recorrido hacia el Monte de la Calavera, donde será crucificado Jesús; el Cirineo cargará con la cruz, pero ésta, no será muy pesada, porque la pesada la lleva Cristo Jesús.

Gracias, Señor, por todos los que de una manera o de otra prestan ayuda y servicio al necesitado.

Jesús Nazareno.

El Señor, Eterno Caminante, con paso lento y cargado con nuestra cruz; en su rostro sangrante, se acentúa el dolor, su meta está cerca, donde terminará su vía crucis.

Es el Titular de los nazarenos, a quien nadie se atrevió a suprimir ni suplantar; el mismo Salzillo, se negó rotundamente e incluso, en más de una ocasión, oró y suplicó gracia y devoción.

San Juan.

Detrás viene un joven, de nombre llamado Juan. ¡Es el Hijo del Trueno, que nunca de su lado se apartará!

Señala con su graciosa mano el sitio y el lugar; es un día triste para Juan, él ama tanto a su Maestro, al que le dará larga vida, para escribir su evangelio y alguna carta más.

María Dolorosa.

El cortejo termina, y la procesión se va, la Madre se quedó la última, pero con su Hijo llegará hasta el final.



MALCO. PASO DEL PRENDIMIENTO

María, Madre Dolorosa, de belleza sin igual, tu rostro es un poema, de angustia, pena y soledad.

Delante llevan a su Hijo a crucificar y entre dos ladrones entregará su vida, para salvar a toda la humanidad.

Esto sucedió... hace ya muchos años y yo de niño pude presenciar, de pie o sentado en Platería, en las Cuatro Esquinas y en algún sitio más; pasaron más de sesenta años y hoy vuelvo a presenciar. Reconozco públicamente que soy un enamorado de Cristo muerto y resucitado, porque es verdad que resucitó, así lo dice San Pablo... ¡Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra fe!

No puedo terminar sin expresar mi admiración y entusiasmo al inmortal don Francisco Salzillo y Alcaraz, murciano como el que más. A él mi respeto y agradecimiento por todo lo que le dio a su tierra murciana, admiración de los de aquí y de los de allá.



Un Viernes Santo sin túnica

Fue el día de **Viernes Santo de 1985, con diez** años de edad, la primera vez que me puse la túnica morada para salir en la procesión de Jesús. Desde entonces y de manera ininterrumpida, hasta el año 1999, no he dejado de procesionar en el “paso” de *La Cena*.

Todas las procesiones han sido siempre muy emotivas y gratificantes, pero con el paso del tiempo, poco a poco, iba descubriendo que vivía la experiencia de la procesión de Jesús sólo en parte.

Siempre en Viernes Santo, durante la comida, el obligado tema de conversación era la procesión, y

siempre escuchaba de mis padres y hermanos los comentarios acerca de la forma en que iba arreglado Nuestro Padre Jesús, cómo llevaban los estantes el “paso” de *La Oración*, de qué manera habían sonado las bocinas y tambores o quién componía la presidencia. Estos comentarios me hacían ver que la procesión era mucho más de lo que yo había vivido. Me daba cuenta de que al salir en la procesión eran muchas las cosas que no había visto. De esa manera fue anidando dentro de mí una sensación de vacío, hasta que en el año 2000 decidí ver la procesión.



SECCIÓN DE BOCINAS DESCANSANDO



No pensaba madrugar, pero a las siete ya estaba en pie. Mi hermano se vestía de nazareno y quería ver cómo se ponía la túnica. Finalmente quise acompañarlo hasta la iglesia de Jesús con la idea de volver a casa, pero el propósito fue imposible de cumplir. Decidí meterme entre los cofrades de la Hermandad, que ya estaban formados, y tras saludar a unos pocos me fui a la fachada de la iglesia para ver salir *La Cena*.

Las puertas de la iglesia se abrieron y *La Cena* salió, pero no tenía suficiente, me quedé y también vi salir *La Oración*, *El Prendimiento* y *Los Azotes*.

Las túnicas moradas me cautivaron, y también las coloridas medias, los sonidos de las trompetas, de los tambores, de los estantes contra el suelo, de las marchas pasionales. La mañana iba elevando su temperatura. No me podía marchar.

Tras la salida de *Los Azotes* seguí lentamente la carrera de la procesión, avanzando por San Antolín a la par de los nazarenos. De repente me descubrí con el brazo extendido y la mano abierta esperando un caramelo, era un niño más no había duda. Una gran satisfacción me invadió al verme correspondido por un cofrade que no se quiso identificar. Aunque no procesionara, ya me sentía parte del desfile.

Desplazándome junto al cortejo aparecí en la plaza Belluga, coincidiendo con la entrada de *El Beso*. Fue allí cuando me estremecí al contemplar la máxima expresión del Barroco que supone la fachada de la Catedral y la extraordinaria belleza del Palacio Episcopal. No obstante, dicha estampa resultaba engrandecida con la presencia del “paso” y de ese brazo de San Pedro que, como siempre, desprendía energía y parecía estar a punto de moverse.

Otro sitio emblemático de la procesión de Viernes Santo es, sin duda, la plaza las Flores. Así que hasta allí llegué; esta vez los protagonistas fueron la luz y el color. Se acercaba el mediodía y el sol decidió acompañar a los nazarenos, realzando aún más el entorno. El color morado serpenteó frente a los tonos

amarillentos de la fachada de San Pedro, el color verde de los naranjos y el fucsia de los geranios que había en los balcones. Este espectáculo de luz y color contrastaba con la devoción y respeto que flotaba en el ambiente.

Un punto culminante de mi particular procesión fue, sin duda, la esquina entre las calles Jiménez Baeza y San Nicolás, donde me encontré con otros compañeros estantes que, entre el público, se habían colocado para observar el trazado de la curva que realizaban los distintos tronos. Éstos eran el jurado de una “competición” de la que según el volumen de los aplausos emitidos *La Oración en el Huerto* salió triunfante. Esos estantes de otras procesiones no sólo juzgaban a los estantes de Jesús, sino que también les hacían de improvisados aguadores al conocer en sus propias carnes el sufrimiento que supone el transporte de “pasos” tan pesados como los nuestros. Tras la curva, los tronos iban desapareciendo por la calle San Nicolás bajo las banderas de España que colgaban de los balcones.

Volví a encontrar la procesión, de nuevo, en la plaza San Agustín. Esta vez, las sudorosas caras de los nazarenos reflejaban la dura jornada de penitencia. La procesión entraba, las dos filas se deshacían, las cruces caían por las rampas a los bajos de la iglesia y las imágenes entraban de nuevo en sus capillas.

Ese fue el momento más triste, los “pasos” desaparecían bajo el umbral de la puerta para no salir más. Esos “pasos” que habían llenado Murcia de sonidos, luz, color, pasión y penitencia, eran encerrados para la eternidad, eternidad que en ese momento me parecían los 365 días que faltaban para el nuevo Viernes Santo.

Desde entonces no he visto la procesión desde fuera, he vuelto a salir en ella, y sin duda lo volveré a hacer en los años venideros. Pero dentro de unos años volveré a experimentar la sensación que tuve aquel día de Viernes Santo del año 2000, sensación que recomiendo a todos los nazarenos.



Auroros en Jesús

Campaneán las tres de la tarde en el reloj de la antigua iglesia del Rincón de Seca. Por la esquina de la plaza aparecen los dos primeros auroros. Al dar el cuarto se han juntado más de quince. En El Cañota toman el primer café, algunos con unas gotas de anís seco para quitarle el amargor.

El segundo lo consumen en alguno de los bares de la murciana plaza San Agustín. En el Bar Salzillo alguien habla del dátil de la palmera; cada año, al término de la procesión, un estante del *San Juan* lleva al bar un dátil de la palmera. La casa invita a unas cañas y, después, el dátil queda en lugar preferente hasta el siguiente año, que será relevado por un nuevo fruto.

Hace calor. Este año Jueves Santo ha caído tarde, en abril. Muchos no saben el porqué de estos cambios de fechas. Pesa la chaqueta, habrá que llevarla al brazo.

El hermano mayor está reunido con los otros hermanos mayores. Ordenan la actuación de las seis campanas. Son las que quedan de las muchas que fueron. A través de los años han mantenido, con esfuerzo e ilusión, la antigua tradición del canto de la aurora. Esa tarde, la tarde de Jueves Santo, vienen a la capital desde: Rincón de Seca, Javalí Viejo, Javalí Nuevo, Santa Cruz y Alcantarilla para honrar a Jesús y a su Santísima Madre, rezando de la manera que estos auroros saben, entonando antiguas y hermosas salves.

La gente poco a poco llega a la plaza. Hasta que comiencen los guías a “romper” visitan Jesús. Algunos “pasos” han abandonado sus capillas y todos esperan las manos de los artesanos para recibir el ador-



NUUESTRO PADRE JESÚS CON LA "TÚNICA DEL BAILLO"



no floral que realzará la belleza de las imágenes a su paso por las calles de Murcia.

El hermano guía de la campana del Carmen del Rincón de Seca habla con los hermanos. Cantan los terceros. “Si en medio de una salve empiezan a arbolear las campanas de San Andrés paramos el canto.”

Desde hace unos años, a las seis de la tarde, el párroco pone en marcha las campanas para anunciar los oficios. No debe ser el cura muy partidario del canto de la aurora o nadie le ha dicho lo que allí sucede la tarde de Jueves Santo desde hace más de tres siglos.

Los auroros hacen corro, dos como manda el canto. La gente los rodea, se aprestan las cámaras de vídeo, las máquinas de fotos y las grabadoras. Se hace el silencio. Rompe el guía la salve, “La noche de la pasión...” suena la campana, entran tronco, segunda y quinta, luego bajo y cuarta. De nuevo la magia del viejo canto, el tiempo se detiene. Siguen las estrofas. “...antes de la madrugada el Hijo de Dios Eterno un convite celebraba. Mandó llamar a sus gentes a sus discípulos llama y así que los tiene cerca les dice en estas palabras, cual de vosotros amigos moriréis por mí mañana.”

Termina una salve, descansa una campana, otra le toma el relevo. “El primero Madre mía os causó mucho dolor al oír la profecía del anciano Simeón.” Letras viejas, sencillas, recitadas por hombres sencillos. Los mismos tonos, los mismos versos, el mismo marco, la misma hora; año tras año, siglo tras siglo. Es la aurora que viene a recordar a los creyentes lo que sucedió en Jerusalén hace dos mil años.

Declina la tarde. La última campana ha terminado de entonar su segunda salve. Nadie se mueve de la plaza. Cuatro auroros de la campana del Carmen de Rincón de Seca se colocan frente a frente. La voz del bajo rompe el silencio. Sobre su nota sostenida entran las otras tres voces.

“Jueves en la noche fue.” Es la Correlativa, el más antiguo y hermoso canto de pasión. Más de treinta años perdida desde que los auroros de Monteagudo dejaran de cantarla y hoy felizmente rescatada.

Los mayordomos de Jesús han terminado su tradicional reunión de la tarde del jueves. Algunos salen a

la plaza a invitar a los auroros a cantar en la iglesia. Bajo aquel soberbio decorado del maestro Sistori, rodeados por las imágenes del sin par Salzillo, hay que hacer un gran esfuerzo para arrancar una nota de las gargantas cerradas por la emoción. Se cantan tres salves, “Estando en el huerto orando” frente al Ángel. “La



DETALLE DE MANO. APÓSTOL DEL PASO DE LA CENA

noche de la pasión” ante Jesús Nazareno y “Los siete dolores” frente a la Dolorosa. Tristeza en el recuerdo de tanto padecer. Alegría en la contemplación de tanta belleza. Emoción con la armonía del viejo canto.

Ya es de noche cuando los auroros vuelven al Rincón. La tradición se ha cumplido, y ellos, como sus padres, y sus abuelos, y los abuelos de sus abuelos, han honrado a Jesús y a su Dolorosa madre; y mañana, “Mañana de Viernes Santo la más hermosa de todas”, en Verónicas, o la Glorieta, o Santa Catalina, o San Nicolás, entre “paso” y “paso”, mientras se endulzan con algún caramelo o pelan un haba tierna, no se darán cuenta que, merced a sus salves, a Jesús le pesa un poco menos la cruz y a la Dolorosa le corre por su mejilla una lágrima menos.



Solidaridad nazarena

A veces es totalmente imposible, a la hora de ponerse a escribir sobre la Semana Santa murciana, descargarse de un sin fin de emociones, por más que uno quiera, y deba hacerlo. Por eso, hoy, al contar lo que caracteriza al estante de la Cofradía de Nuestro Padre Jesús, y en especial a los que portan sobre sus hombros *La Oración en el Huerto*, se tiene

que dejar paso al hombre, al ser que siente y padece con ellos, compartiendo todo el año alegrías y sinsabores; siendo la única forma de que, junto a la irrenunciable verdad, aparezca el derecho y el deber de amarla solidariamente.

Ya ha aparecido, casi sin querer, la palabra clave que explica la personalidad del nazareno estante murciano: SOLIDARIDAD. En los momentos fáci-



LA ORACIÓN EN EL HUERTO ENTRANDO A LA GLORIETA. FOTOGRAFÍA DE ÉPOCA



PREPARANDO LA PALMERA PARA EL PASO DE LA ORACIÓN EN EL HUERTO

les de la alegría, y en los duros y pesados de la tristeza; siempre en el tiempo, y sin reserva en los hechos. ¿Que cómo se consigue eso? Es muy sencillo, sobretodo para un estante de *La Oración*. No tiene más que mirar arriba y fijarse en el "paso" que lleva encima; allí aparece uno de los árboles más fuertemente unido a la idea de la alegría: la palmera, símbolo del agua en zonas desérticas y árbol de

formas gráciles y estilizadas como ningún otro. La palmera del "paso", que se ha hecho, en realidad, la tarde antes, la del Jueves Santo, rodeada por los hombres que la llevarán al día siguiente y con el fondo de las oraciones cantadas al son de una campana, por la Hermandad de Auroros Virgen del Carmen, de Rincón de Seca; aunque, simbólicamente, se viene confeccionando, por los propios estantes, porque son ellos los que forman el núcleo estable y permanente de su Hermandad, los que sacan a costa de sus fuerzas físicas los "pasos" que mueven nuestra devoción, pueden reunirse y trasplantar en esa palmera todas las alegrías del año que ya pasó, y las esperanzas del que, para todos nosotros, empezará solamente unas horas después. Pero juntamente con el árbol de la alegría, y pensando en los tiempos algo más duros, llevan un olivo. Éste es el árbol de la paz, la que ha de ser mantenida, por encima de todas las adversidades posibles, consigo mismo y con todos los demás, por el bien de nuestra Cofradía. Alegría en la prosperidad y paz, con nosotros y con los demás, en las dificultades: ¿Habrà algo más valioso

en la vida terrenal del hombre?

Al llevar todos ellos sobre sus hombros penas y alegrías empiezan a ser normales hechos que nos parecerían raros en otras circunstancias, incluso extraordinarios; pero esos hechos son siempre fruto de una solidaridad muy específica: ¿Qué importancia puede tener que veintiocho hombres recios, soportando durante cinco horas un peso abrumador,

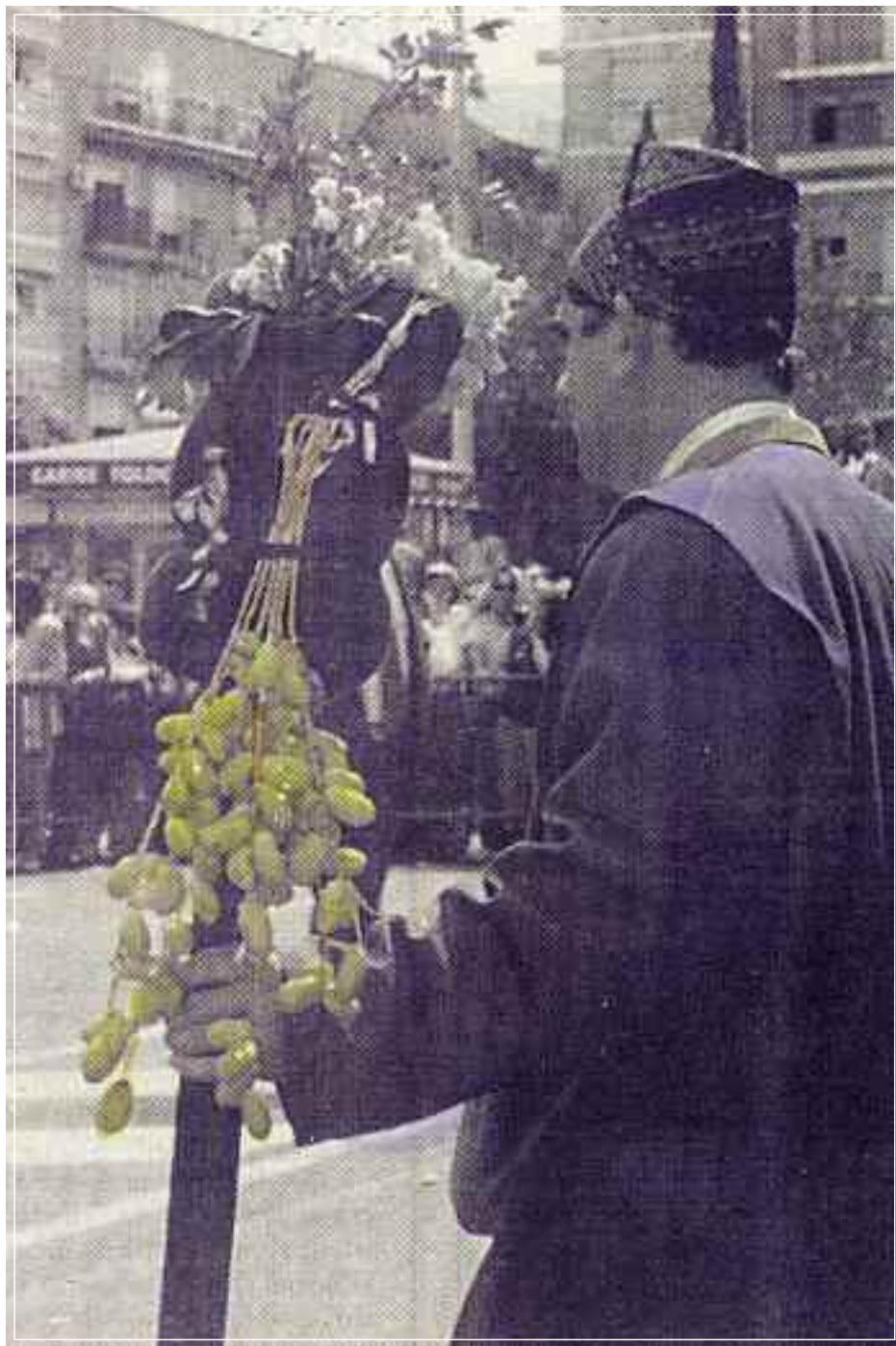


se dejen conducir al golpe seco del estante de su cabo que hace retumbar la iglesia de Jesús, cuando aún tililan en sus ojos las lágrimas por los compañeros perdidos, por el padre fallecido, por el amigo ausente? La solidaridad se convierte en finura y empaque, como si quisieran demostrar que los estantes desaparecidos aún están hombro con hombro con ellos. La solidaridad con un patrimonio artístico que ha recibido esta generación no sacando su esfuerzo del "paso" ante una dificultad, y todavía puede, como siempre, quitarse el capuz, meterse debajo de su trono y arrancarle a la gente, que ha aguantado horas para ver meter *La Oración*, el último aplauso de la mañana metiendo el "paso" a la iglesia de un tirón y sin que la palmera roce la gran araña central.

Todas esas penas y sacrificio se han olvidando al mismo salir de la iglesia, llevando como emblema de su solidaridad unas flores y unos dátiles atados a su estante. Sólo les queda el recuerdo de haber ejercido solidariamente, de murcianos en la sin par mañana de Viernes Santo, luminosa, mediterránea y barroca como ninguna otra.

Mi gran esperanza, querido amigo, es que tú, nazareno de silla, al verlos en

la mágica mañana morada, no te quedes sólo en pedirles un caramelo o una mona, sino que pienses que esos hombres, murcianos de recia fe, los nazarenos estantes, aportan a la celebración de la Semana Santa su palmera y su olivo: la plenitud de sus vidas; y por ahí, también es posible llegar a Dios.



RETORNO DE LA PROCESIÓN



Sangre morada

Nunca me atreví a contar o escribir mi vida nazarena, que es lo mismo que decir mi vida morada. Siempre pensé que los sentimientos eran cosas muy personales e íntimos. No me decidía a hacerlo. Fue mi padre quien me animó a que contara mis vivencias aprovechando la oportunidad que me ofrecía la revista "Nazarenos", de nuestra Cofradía. También me animó un proverbio chino que leí hace poco y que dice: "No os preocupéis nunca de lo que vuestro corazón ha dicho".

Nací en un hogar nazareno, en el seno de una familia con tradición de siglos en la Cofradía de Nuestro Padre Jesús, ya que junto con mi hermano Pedro somos la sexta generación de cabos de andas del trono de *La Oración en el Huerto*, ostentando el cargo de ayudante del cabo titular.

Salí por primera vez en la procesión en el año 1980, cuando sólo contaba 3 años de edad, acompañándome mi hermano que tenía 11; íbamos detrás de nuestro "paso". Pero mis primeros recuerdos, pese a mi corta edad, vienen a mi memoria al año siguiente, sobre todo en dos escenas que impactaron sobremanera en mi mente. La primera fue cuando nos pilló la lluvia a la altura del Hotel Victoria y un nazareno (José Serrano "El Danone"), fallecido el pasado año, se subió para tapar las imágenes con los plásticos que iban debajo del trono. Creí por un momento que era uno de los apóstoles que se levantaba para huir de la lluvia. El otro momento crucial para mí fue cuando se rompió la palmera, momentos más tarde, en la Gran Vía Salzillo, ¡qué ironía!, a la altura del extinto Banco Exterior. Recuerdo el suelo lleno de dátiles y el cáliz en dos piezas, y a un nazareno en el sue-

lo, Antonio Mora, al que le había caído encima y le había conmovido. Luego otro estante llevándose a hombros la palmera, enterándome años después que se guardó en casa Bonache, el de los pasteles de carne, yendo a recogerla después.

Dos años más tarde se acordó por la junta particular que los niños no fueran alrededor de los "pasos", por lo que a unos primos míos, a Rafael Pardo (hijo) y a mí nos dijeron que teníamos que irnos al principio de la procesión; aunque por poco tiempo, pues nos escondimos en el mercado de abastos del Plano San Francisco, en un acto de rebeldía juvenil, y cuando pasó el mayordomo que nos había echado nos volvimos a nuestro "paso"; si regresaba nos volvíamos a esconder y así toda la carrera. Por cierto, un año me perdí y tuve que estar toda la procesión en el pelotón infantil hasta que al final me encontré mi hermano.

Al ser un niño, mi madre sólo me echaba en el seno uno o dos kilos de caramelos, los que me duraban hasta San Antolín, pues a niño que me encontraba caramelos que le daba, y claro, se terminaban enseguida. Debía encontrar una solución, ya que prácticamente quedaba aún todo el recorrido. Pensé que como mi padre era el "jefe", si les pedía a los nazarenos me darían. Dicho y hecho, me dirigí a Rafael Benedicto (también fallecido el pasado año) y le dije que me diera caramelos o le diría a mi padre que salía del "paso". Recuerdo que el bueno de Rafael, siguiendo la seriedad del acto, me llenaba el seno diciéndome: "Por favor, Óscar, no le digas nada a tu padre". Me di cuenta que había descubierto un filón y había que explotarlo. Más tarde lo volví a intentar con Paco Solís, pero éste me contestó que se



lo tenía que ordenar mi padre, por lo que me vi pillado. Reaccioné y dirigiéndome a mi progenitor le pregunté la hora, cosa que ignoraba el estante en cuestión, por lo que creyó que al mirarle mi padre se lo ordenaba, eso creí yo. La verdad es que ambos me seguían el juego.

Muchos son los recuerdos y vivencias que se han dado durante 21 años saliendo en la procesión, pero tal vez hay dos que alteraron sobremanera mi sangre morada. Uno fue cuando, siendo todavía un chaval, mi padre me dijo que le diera al "paso" para que avanzara. No me lo creía, yo darle al "paso". Tal temblor sentí en el cuerpo que no logré atinar en la chapa y golpeé la madera. Aún fue mayor mi emoción cuando años después saqué *La Oración* a la calle. Por poco me ahogo al mismo tiempo que corrían lágrimas por mi rostro. Ese momento es único.

Otro momento, y para mi bastante doloroso, fue cuando en el año 1995 se aprobó el reglamento de estantes, en el que sólo se autorizaba a salir a personas que hubieran cumplido 18 años y, casualidad del destino, yo sólo tenía 17. Por lo que ateniéndome a la norma no pude salir ese año después de estar haciéndolo durante trece anteriormente. Aquel año, de nefasto recuerdo para mí, fue de doble sufrimiento. Por un lado, el mío propio y, por otro, el ver a mi padre y mi hermano lo mal que lo estaban pasando de verme llorar vestido de paisano. Seguí a *La Oración en el Huerto* durante toda la carrera acompañado por varios nazarenos ya jubilados y que me ani-



PASO DE LA ORACIÓN A SU SALIDA DE LA IGLESIA DE JESÚS

maban y consolaban a pasar lo mejor posible ese trago. Debo decir que también los que salieron ese año me animaron, recordando con especial cariño las palabras de José Manuel Hernández Castellanos: "Óscar, este año te dedicamos a ti el recorrido". Se cumplió, pues precisamente ese año fue premiado todo el "paso" por la junta particular con la distinción de estantes distinguidos.

Aquella amarga experiencia propició aún más que mi amor por la Cofradía fuera en aumento.

NAZARENOS · n° 5 · Año 2002

EDITA: Real y Muy Ilustre Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno.

CONSEJO EDITOR: José Alarcón Ros, Rafael Cebrián Carrillo, Francisco Flores Arroyuelo y José Ramón Díez de Revenga.

FOTOGRAFÍAS: Carlos Moisés García, José Cabañas Navarro, Antonio Martínez Mengual, Tomás Lorente,
José Ramón Díez de Revenga, José Alarcón Ros, Antonio Rubio Pacheco y Manuel Ródenas.

PORTADA: Carlos Moisés García • DISEÑO Y COORDINACIÓN EDITORIAL: Promociones y Producciones s.l.

IMPRIME: A.G. Novograf, S.A. • DEPÓSITO LEGAL: MU-597-1998 • ISSN: 1579-2269

© TEXTOS: Real y Muy Ilustre Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno y autores • © FOTOGRAFÍAS: Los autores.

Los textos de esta publicación pueden reproducirse en todo o en parte, transmitirse por cualquier medio siempre y cuando se cite su origen y sin autorización del editor. Las fotografías son propiedad de los autores y quedan sujetas a lo que la Ley de la Propiedad Intelectual establece para su reproducción y transmisión.

Con nuestro agradecimiento a:



AYUNTAMIENTO DE MURCIA
Concejalía de Cultura y Festejos



CAM

Caja de Ahorros
del Mediterráneo

OBRAS SOCIALES

ANGELITO DEL PASO DE LA DOLOROSA

CONTRAPORTADA: REPRODUCCIÓN DE LA INSIGNIA DE NUESTRO PADRE JESÚS NAZARENO